



DOÑA LUZ.

XIV.

SOLUCION DE LA CRISIS.

DON Jaime seguía observando siempre la misma conducta respecto á doña Luz. Sus atenciones no podían ser más delicadas ni más respetuosos sus requiebros. En alguna ocasion creyó advertir doña Luz que D. Jaime se animaba demasiado, pero el orgullo de ella acudía al punto á refrenar la lengua del galanteador, para lo cual bastaba un leve gesto de impaciencia ó de disgusto ó una mirada severa.

Así se pasaron dos dias de los tres que D. Jaime tenía que estar en Villafría, y amaneció el dia tercero y último. A la madrugada siguiente D. Jaime debía salir para Madrid. Eran las ocho y doña Luz estaba ya levantada y vestida como para ir á la calle. Aquel dia, con más sentimientos religiosos que de ordinario, ántes de ir á la iglesia adonde pensaba ir y oír misa, abrió el cuadro del Cristo, se arrodilló delante de él y se puso á rezar con devocion grandísima.

Había dicho á su doncella que no entrase hasta que ella llamara. Doña Luz se creía completamente sola.

En aquella soledad y excitada por el rezo, quién sabe qué ideas melancólicas atravesaron por su mente, ni qué amarga ternura hirió su corazón; ello es que exhaló un profundo suspiro y dos gruesas lágrimas brotaron de sus hermosos ojos y se deslizaron por sus frescas y sonrosadas mejillas.

La hija del médico, única persona que podía penetrar hasta allí sin permiso de nadie, había entrado, sin que doña Luz, embebecida en sus devociones, notase su presencia.

Doña Manolita contempló, pues, á todo su sabor el ferviente rezo de su amiga y la efusión de suspiros y de lágrimas con que hubo de terminarle. Entonces, sin detenerse más, se arrojó en sus brazos y enjugó con besos las lágrimas que humedecían su rostro.

—¿Qué es esto? ¿Por qué lloras así? dijo doña Manolita.

Y sin contestar á la pregunta, preguntó á su vez doña Luz.

—¿Cómo te has entrado hasta aquí? ¿Qué te trae á verme tan de mañana? ¿Por qué me has sorprendido?

—Perdona que te haya sorprendido; perdona que haya interrumpido tus oraciones. Ya sabes tú que yo no madrugo para tí sino cuando tengo que comunicar contigo algo de muy importante. Quizá desde el día en que te dí parte de mi proyectada boda con Pepe Güeto, no he usado hasta hoy de la licencia que tengo de venir aquí de mañana.

—Así es la verdad, pero yo no me quejo de que vengas. Yo me alegro de que hayas venido. Lo que hago es extrañarlo, por lo mismo que de mañana no vienes nunca. ¿Qué nueva, pues, no ménos importante que el anuncio de tu boda, puede hoy moverte á visitarme tan temprano?

—Vengo aquí de embajadora: te traigo un recado que arde en un candil.

—¿De quién es el recado?

—Del Sr. D. Jaime Pimentel; dijo doña Manolita.

—El rubor coloró el semblante de doña Luz, quien no acertó á disimular con su amiga íntima el contento y la satisfacción de amor propio que aquello le causaba.

—¿Qué recado, qué embajada me traes? ¿Es alguna burla tuya, ó de D. Jaime Pimentel?

—Nada de burla. Esto va de veras y muy de veras. Don Jaime te idolatra.

—¿Y por qué no me lo ha declarado? ¿Tan tímidos son en el día los caballeros cortesanos que no se atreven á declararse ellos mismos?

—No le culpes. Don Jaime no peca ciertamente por timidez. Él lo explica todo de un modo satisfactorio. Dice que una declaracion directa de su parte requería mucho más tiempo; no podía ser tan brusca y repentina. Era menester espíar la ocasion, preparar tu ánimo sin valerse de precipitados galanteos que tu severidad rechaza, y en tres dias, por bien que él los aprovechara, no cabían tantos trámites y preparaciones. Por esto me ha buscado á mí. Anoche, al salir de tu casa, me acompañó hasta la mia, y tuvo conmigo una larga conferencia. Bien te lo había yo pronosticado. Le diste flechazo. Está loco de amor por tí, y me pide que por él interceda.

—¿Qué delirio es ese? exclamó doña Luz. ¿Lo ha reflexionado D. Jaime? ¿Sabe que con un corazon como el mio no se juega? ¿Ha pensado bien que yo no puedo ser objeto de un capricho efímero, sino de una pasion que decida del porvenir de la vida toda?

—Si D. Jaime no lo supiera, no hubiera acudido á mí. Si no hubiese formado un propósito para toda la vida, propósito cuya realizacion de ti sólo depende, no vendría yo á hablarte en su nombre.

—¿Sabe D. Jaime que soy pobrísima?

—Conoce con exactitud los bienes que posees.

—Es singular, dijo doña Luz. Te lo confieso: yo tenía de mí misma y de los hombres mucha peor opinion. No me sentía capaz de inspirar amor tan desinteresado á quien la ambicion seduce y sonríe, halaga la fortuna, y quieren y miman en Madrid, á lo que aseguran, las más altivas y bellas mujeres. No pensaba yo tampoco que así, de repente, pudiese enamorarse un hombre con tal desinterés.

—Pues no lo dudes: D. Jaime te ama de esa manera. Dime tú si le correspondes.

—No sé qué contestar. Mi gratitud es inmensa. Antes de la gratitud, ántes de que hubiese motivo para tenerla, ¿por qué ocultártelo? la elegancia de D. Jaime, su discrecion, su fama de valeroso soldado, la noble gallardía de su persona, todo me inclinaba á quererle bien y mucho; pero el recelo de no ser amada sublevaba mi orgullo, y mi orgullo há hecho cuanto es posible para ahogar esta inclinacion naciente.

—Y ahora que sabes ya lo bien pagada que es tu inclinacion, ¿qué sientes? ¿qué piensas de D. Jaime?

—Siento y pienso... que no debo dar en seguida un sí de que tal vez no haga él mucho aprecio si con tal facilidad le obtiene. Además, no basta ser amada. Es menester pensar en el término de estos amores.

—¡Hija mia! ¿qué otro término pueden tener sino el de que os case el cura?

—Es cierto; y eso precisamente me obliga á meditar mucho. Yo soy muy rara de carácter. No quiero que nadie me ame por conveniencia, y me repugna tambien que álguien imagine que la conveniencia influye en el amor mio. Si yo me casase con D. Jaime, pobre como soy, ¿no podría álguien imaginar que me excitaban á este enlace el afan de salir de Villafría é ir á Madrid, la posicion del novio, sus grandes esperanzas, y hasta las mismas ventajas materiales de que ya goza? Él, por otra parte, no es rico para nuestra clase, y preveo los apuros, las dificultades económicas, la horrible prosa del hogar doméstico, sin recursos suficientes. Esto me arredra. Y no me arredra por mí, si atiendo sólo al bienestar material, sino porque me sonrojo de pensar que pueda yo ser causa de que un hombre viva lleno de ahogos. Si él se quedase conmigo aquí, me sacrificaría su ambicion, su carrera, su porvenir. Si él me llevase á Madrid en su compañía, viviríamos muy mal, haría yo acaso muy triste figura en las sociedades que él frecuenta, y ¿quién sabe si esto le movería á que dejase de amarme? ¿quién sabe si cansado de mí acabaría hasta por cobrarme odio?

—Veo que alambicas demasiado y te complaces en atormentarte y en crear obstáculos para lo que más deseas.

—¿Y quién te afirma que lo deseo? Yo misma lo ignoro;

tengo mis dudas: no veo claro en el fondo de mi alma. ¿Será la vanidad satisfecha, será el pueril contento de verme querida de persona de tanto valer, lo que me induce á pensar que yo tambien la quiero? ¿Qué es amor? ¿Es amor esto que siento en mi alma y que me lleva hácia ese hombre? Mira, Manuela, ¿por qué no decírtelo todo? Todo esto es tenebroso y confuso. Hay otro hombre de cuyos labios estoy pendiente cuando habla, cuyo talento me asombra, cuya superioridad intelectual me subyuga, cuyas virtudes me llenan de maravilla y de entusiasmo, cuyo fondo de bondad altísima percibo claramente allá en las profundidades de su corazón, y ya sabes mi enojo, mi repugnancia á que se piense que ni un solo instante puedan confundirse con algo parecido al amor los sentimientos que ese hombre me inspira y que yo le inspiro sin duda. Con D. Jaime ocurre lo contrario; apenas le conozco; no sé si es bueno ó si es malo; su entendimiento me parece de ménos quilates, y sin embargo, me siento arrastrada hácia él. ¿Amo acaso en él el amor que muestra y que tanto me lisonjea? ¿Lo que en el otro me repugna, lo que mata el amor es sólo el respeto á las leyes que le prohíben?

—No te comprendo; interrumpió doña Manolita. Ya no eres tan criatura que no sepas lo que es amor, ni atines á descubrirle en tu pecho. ¿No es brioso, bello, valiente, pulcro y discretísimo D. Jaime? ¿No es libre? ¿No te ama? ¿No te da pruebas de amor, decidido, como está y como me ha dicho, á casarse contigo? ¿No es un caballero bien nacido y honrado? Pues entónces ¿á qué todas esas quintas esencias y marañas sutiles con que te devanas los sesos? Dile que sí; ámale; cástate con él y verás cuán dichosa eres. Da esperanzas al ménos de que le amarás, si no quieres dar un sí completo y redondo desde el principio. Con estas esperanzas, él lo promete, no se irá á Madrid y permanecerá en Villafría. Buscará un pretexto plausible para no irse. Dirá que se queda para comprar quince aranzadas de olivar, que lindan con las tuyas, y para cuya compra está ya en tratos.

—Lo que me aconsejas es vulgar; perdona mi crudeza de expresion: es feo. Yo no debo dar esperanzas de una cosa de que yo misma no esté segura. Y si estoy ya segura de ello,

es artificio ridículo ocultarlo y dar esperanzas, é ir descubriendo poco á poco mi corazon. Si no amo á D. Jaime, no debo engañarle con esperanzas inciertas. Preténdame él y trate de conquistar mi voluntad y de rendirme, sin que yo le aliente con esperanzas. Y si le amo, debo ser franca y decírsele luégo, ya que me ama él. Aunque dé poca estimacion á un sí tan fácil y tan pronto, debo darle ese sí.

—Soy en todo de tu opinion. Dale ese sí: que le oiga de tu boca y será el más feliz de los mortales.

—¿Y cuándo? ¿Y de qué suerte? No; no le digas nada. Tengo vergüenza. Cállate; cállate por piedad. Que se vaya y me deje tranquila en mi retiro.

—Ea, mujer, no seas desatinada. ¿Cómo se ha de ir sin contestacion, despues del paso que ha dado?

—¿Y qué le contesto, si no sé qué contestarle? ¿No crees tú que va á arrepentirse no bien le diga que sí? ¿Crees tú que me ama de veras, con todo el ser de su vida como yo necesito ser amada; como yo le amaría si me amase?

—Vaya si lo creo. Sus palabras infunden la creencia en el entendimiento más inclinado á dudar. Óyele, y quedarás convencida. Quiero atreverme á decírtelo. Por Dios, Luz, no te enojas. No he sabido resistir á sus ruegos. Le he traído en mi compañía. Está aguardando en la cuadra alta. Voy á llamarle volando.

Antes de que doña Luz consintiese, su amiga, ligera como una corza, había salido en busca del diputado brigadier.

Doña Luz no sabía lo que le pasaba. Estaba agitadísima. Era la primera vez que se iba á ver á solas con un jóven enamorado, en aquel púdico retiro, donde había vivido los más floridos años de su juventud. Todos los vagos ensueños de amor, todas las palabras dulces, todos los regalos del alma se ofrecieron de repente á su fantasía, no ya cifrados en un sér ideal y aéreo, creacion imaginaria, sino aplicados y consagrados al amor de una persona real y llena de vida, cuyas excelentes prendas se complacía en reconocer y cuyo afecto hacía ella adulaba su orgullo.

La sombra melancólica del P. Enrique cruzó por su mente, entristeciéndola. Miró la imágen del Cristo muerto y

se le antojó que se parecía al P. Enrique. Era de día claro. Entraba el sol por la ventana, y sin embargo, sintió cierto temblor al mirar el Cristo. Acudió á él precipitadamente y le cubrió con el otro cuadro.

Como para apartar de sí toda imágen tétrica se miró entónces al espejo. Se vió hermosa, gallarda, toda lozanía, juventud y elegancia, y halló natural, casi forzoso, que D. Jaime la amase.

Después pensó de nuevo en el P. Enrique, pero de otra manera. El mismo amor de ella hácia D. Jaime aclararía lo que en su inclinacion hácia el Padre podía haber de ocasionado á dudosas interpretaciones. Esto la impulsaba á creerse y á sentirse enamorada de D. Jaime. Amando á D. Jaime desaparecía á sus ojos todo lo que hubiera podido tener de raro su amistad con el misionero. Lo ridículo que en aquellas relaciones había creído entrever á veces, desaparecía ya, y todo se explicaba.

Esta serie de pensamientos pasó en un instante por el alma de doña Luz. Un instante no más fué lo que tardó D. Jaime en aparecer á la puerta del saloncito que doña Manolita había dejado abierta.

No tuvo D. Jaime que hablar palabra para obtener el permiso de entrar en el saloncito. Ella le aguardaba; ella le vió venir y le recibió sin cumplimientos ni ceremonia.

Doña Manolita se quedó fuera y D. Jaime entró solo.

Llegó precipitadamente donde doña Luz estaba de pié; hincó en tierra ambas rodillas, y dijo con acento conmovido.

—Ya lo sabe V. De V. depende mi dicha ó mi desdicha. Aquí aguardo mi sentencia.

Todo discurso más prolijo hubiera sido absurdo en aquella ocasion; toda arte vana; toda precaucion chocante.

La puerta del saloncito había quedado de par en par y don Jaime estaba de rodillas á los piés de doña Luz. Se diría que se acababa de entregar á discrecion, que todo por su parte estaba dicho, y que á ella tocaba sólo hablar é imponer condiciones.

El orgullo de doña Luz se sentía vivamente lisonjeado. Aquel *dandy*, aquel valiente, aquel hombre de porvenir y de

carrera, estaba allí postrado ante su hermosura, sin más resorte para tanto rendimiento que el repentino y ardiente amor que ella había sabido inspirarle.

Doña Luz enmudeció: no acertó á decir palabra alguna; pero en su rostro, donde no cabía el disimulo y donde se reflejaban todos sus sentimientos, se pintaban el júbilo, la emocion afectuosa y la agradable sorpresa.

Como tal vez las nieves detienen y con la misma detencion prestan más brio á la virtud germinal de la primavera, la cual aparece de súbito y da razon de sí cubriendo los árboles de verdura y los campos de flores, así el anhelo de amar, y todo el sér apasionado del vírgen corazon de nuestra heroína despertaron de repente, reprimidos hasta entónces por la prudencia, y como dormidos hasta los ventiocho años. Doña Luz sintió nacer en su espíritu la primavera de la vida; oyó cantar las aves; vió, como en espejo mágico, el paraíso; aspiró el perfume embriagador de rosas hadadas; y pensó que se extendían por su seno el calor suave y la luz dorada de un sol ideal, iluminando y vivificando un mundo bellissimo, recién creado y oculto en su alma.

Temió luego que tan rica creacion se desvaneciese, que se disipase como si fuera soñada, y exclamó al fin con extraño candor:

—¿No me engaña V. ? ¿ Es cierto ? ¿ V. me ama ?

—Con todo mi corazon, contestó D. Jaime tomando la linda mano de doña Luz y estampando en ella un beso.

—No sea V. loco. Levántese V.; dijo doña Luz, retirando con suavidad su mano de entre las de D. Jaime.

—No me levantaré, replicó éste, hasta saber si V. me corresponde.

—D. Jaime, por Dios, ¿ qué quiere V. que yo le diga ? Yo no sé si le amo á V.: pero si el contento que me causa el creerme amada y el temor de perder esta creencia son síntomas de amor, me parece que le amo.

Doña Luz se sonrojó como nunca al pronunciar tales palabras, y D. Jaime se levantó mostrando en su semblante la gratitud y la alegría que la confesion de doña Luz le causaba.

Despues dijo :

—Deseche V. todo temor, y conserve la creencia de que la amaré siempre, y de que mi amor hácia V. sólo puede compararse con el respeto y la profunda admiracion que usted merece.

Llegadas á este punto las explicaciones, y yendo por camino tan llano, todo quedó tácitamente concertado en aquella entrevista, que duró poquísimo.

Doña Luz estaba turbada y conrusa, pero la majestad severa de su rostro y ademanes hubiera contenido al amator más audaz.

Don Jaime se creyó amado, y ni siquiera con otro beso en la mano de doña Luz se atrevió á manifestar que amaba á su vez, y que estaba agradecido.

En suma, dado el modo de ser de doña Luz, y despues de declarado de ambas partes el amor, no había trámite, ni coloquio tierno á solas, ni dilacion que valiera. Las bodas tenían que venir á escape.

Doña Luz era harto vehemente para hablar con serenidad y con frialdad de otro cualquiera asunto, y á solas, con el hombre á quien casi acababa de decir: te amo; y era tan casta y tan pura, que helaba todo deseo y mataba toda esperanza de obtener de ella la más inocente anticipada caricia ó de adelantarse á hacerla sin exponerse á su enojo.

De aquí el grande embarazo en que se vieron doña Luz y su amante apénas se dijeron que se querían. Doña Luz, sobre todo, no sabía qué hacer. Se sentía avergonzada de lo que había dicho, quería huir de las miradas de aquel hombre, y no se resolvía á huir, temerosa de que su fuga pareciese artificio ó ridícula puerilidad impropia de una mujer de veintiocho años.

Por fortuna, doña Manolita presintió por instinto aquella situacion difícil, y libertó de ella pronto á su amiga, presentándose otra vez en el saloncito.

Ya, más tarde, durante el almuerzo, en medio de los convidados, á la vista de D. Acisclo y del P. Enrique, y despues de haberse serenado y repuesto de la primera emocion, doña Luz habló á D. Jaime con reposo; le halló dispuesto á todo, y como ella no tenía padre ni madre á quien consultar, ni él

tampoco los tenía, ambos determinaron casarse sin ruido ni aparato, y lo más pronto posible.

A fin de no dar parte en seguida, sin que nadie extrañase la prolongación de su estancia en aquel lugar, D. Jaime dijo que se quedaba una semana más para ver si compraba el olivar que tenía en tratos.

XV.

PRIMERA TRAZA DE UN IDILIO MATRIMONIAL.

Difícil es tener nada oculto en un pueblo pequeño. Todo se sabe en seguida, aún cuando importe que no se sepa. La proyectada boda de D. Jaime y de doña Luz, que nada importaba que se supiese, no es de extrañar, pues, que llegara al punto á noticia de todos en Villafría.

La detención de D. Jaime se atribuyó desde luego á su verdadero motivo, y nadie juzgó sino pretexto lo de la compra del olivar.

Aquel caso de amor fulminante y sobre todo aquel tan improvisado consorcio, dieron muchísimo que decir, comentar y murmurar.

En los lugares andaluces, nada hay que pascal tanto como una boda repentina. Por allí todo suele hacerse con mucha pausa. En parte alguna es ménos aceptable el refrán inglés de que *el tiempo es dinero*. En parte alguna se emplea con más frecuencia y en la vida práctica la frase castiza y archi-española de *hacer tiempo*; esto es, de perderle, de gastarle, sin que nos pese y aburra su andar lento, infinito y callado. Pero donde más se extrema en Andalucía el *hacer tiempo*, es en los noviazgos. Contribuye á esto, por un lado, la prudencia que, reconociendo lo grave y trascendental del matrimonio, nos aconseja de continuo: *antes que te cases, mira lo que haces*. Y contribuye mucho más, por otro lado, que este *mirar*

lo que se hace es sumamente divertido; es el mejor modo de matar ó de hacer tiempo; es una grata ocupacion, que se proporciona quien no tiene ninguna, y que no bien se casa se queda sin ella.

De aquí sin duda los interminables noviazgos de mi tierra, en los cuales además se dan los más bellos ejemplos de firme constancia que pueden registrar las historias de amor. Noviazgos hay que empiezan cuando el novio está con el dómine aprendiendo latin, pasan á traves de las humanidades, de las leyes ó de la medicina, y no terminan en boda, hasta que el novio es juez de primera instancia ó médico titular. Durante todo este tiempo, los novios se escriben cuando están ausentes; y cuando están en el mismo pueblo, se ven en misa por la mañana, se vuelven á ver dos ó tres veces más durante el dia, suelen pelar la pava durante la siesta, vuelven á verse por la tarde en el paseo, van á la misma tertulia desde las ocho á las once de la noche, y ya, despues de cenar, reinciden en verse y en hablarse por la reja, y hay noches en que se quedan pelando la pava otra vez, y mascando hierro, hasta que despunta en Oriente la Aurora de los dedos de rosa.

En comprobacion de esto se cuenta de cierto novio antequerano, que al fin tuvo que casarse á los ocho años de ser novio; y que, no bien se casó, se mostraba afligidísimo por no saber qué hacer de su tiempo. De otro novio, natural de Carcabuey, he oido yo tambien contar, como testimonio de lo arraigada que está la idea de que el matrimonio exige mucha calma ántes de llevarle á cabo, que su futura suegra, considerando que su hija llevaba ya trece años de hablar con aquel novio, sin que llegase él á pedirla, y que ella se iba ajando y marchitando un poco, se resolvió á preguntar al novio qué intenciones traía. Y habiéndose armado de resolucion y hecho la pregunta, el novio contestó muy sorprendido y un si es no es contrariado:—¡Válgame Dios, señora! ¿Es esto puñalada de pícaro?

Prevaleciendo y áun privando en Villafría tan sanas doctrinas acerca de la longevidad de los noviazgos, ya se hará cargo el lector del asombro que produciría aquel arrebató, aquella impremeditacion con que doña Luz se decidió.

—Esto es un escopetazo: decía uno.

—Vamos, decía otro: todo se comprende bien: si ella aseguraba que no pensaba en casarse, era por vanistorio; porque desdeñaba á los lugareños; pero, apénas llegó por aquí un currutaco de la corte, cayó sobre él y le atrapó, como la araña atrapa la mosca.

Los pretendientes desdeñados, que ántes lo llevaban todo con resignacion, dando por supuesto que los consolaba, que los desdenes de doña Luz nacían de su amor á Dios y al cielo, cuando supieron que doña Luz gustaba tanto de la tierra y de otro hombre como ellos, no la perdonaron tampoco, y censuraron su ligereza.

—Se ha echado en brazos del primer venido, exclamaban, sin amor, sin estimacion, porque ni el amor ni la estimacion nacen tan de súbito. La ha seducido el afan de ir á brillar en los Madriles.

Hasta la jitana buñolera que se ponía á freir y á vender sus buñuelos en la esquina de la casa de D. Acisclo, jitana muy sentenciosa, llamada la Filigrana, más célebre por sus sentencias que el mismísimo Pedro Lombardo, dijo en tono irónico:

—Doña Luz es una perla oriental, y la perla no repara en el pescador, ni en si vale ó no vale; lo que pretende es que la pesque y la lleve á lucir en el Olen del Oclaye.

No pocas de tales murmuraciones llegaron á los oidos de doña Luz; pero no hacían mella en su corazon. Nada de lo que encerraban en sí hallaba eco en su limpia y tranquila conciencia. Doña Luz era mujer y tenía alma y sentía necesidad de amor. Su amor, sin objeto visible y humano, había estado como aletargado hasta entónces. Un objeto digno se ofreció al fin á sus ojos, y doña Luz le consagró al punto todo su amor. Cada dia, cada hora que pasaba, afirmaba más á doña Luz en la creencia de que D. Jaime lo merecía. El mismo amor de D. Jaime, la decision con que le había ofrecido su mano, á ella, desvalida, huérfana y pobre, era la garantía mejor y más segura.

En cuanto á que ella se casaba por deseo de ir á figurar en Madrid, doña Luz reia desdeñosamente al oirlo. Doña Luz

tenía resuelto no ir á Madrid miéntras pudiera no ir: quedarse en Villafría viviendo en su casa solariega; tener allí su centro, su cuartel general, su nido; cuidar desde allí de sus bienes é irlos mejorando y aumentando; ahogar en su alma toda propension celosa; y, no ya consentir, sino impulsar á su marido á que fuese él solo á la capital, á brillar en el Congreso de diputados, en las luchas políticas y en los negocios militares. Doña Luz quería imitar en esto á Vitoria Colonna, y esperar á su héroe, á su sol, á su amante, cuando viniese á reposar en aquel rústico asilo, que el amor de ella había de colmar de hechizos y de deleite. No quería, en suma, ser para él carga gravosa en Madrid, sino descanso, refugio, consolacion santa y dulce, en aquella aldea.

En sus amorosos coloquios con D. Jaime, doña Luz desenvolvía todo su plan. Quería para él gloria, poder, influjo en la corte, y esto entreverado de una serie de idilios en Villafría, donde ella había de aguardarle, como Armida benéfica, cada vez que viniese él á reposar en sus brazos, cubierto de frescos laureles. Don Jaime pugnaba porque doña Luz había de ir á Madrid con él; pero doña Luz lo repugnaba con tamaña obstinacion, que D. Jaime tuvo que transigir, concertando que por lo pronto, esto es, miéntras no fuesen ambos mucho más ricos, doña Luz continuaría residiendo en Villafría.

Todo esto era tan poético que de fijo que el lector, pues lo sabe, no ha de censurar á doña Luz como la censuraban las gentes de su lugar, sino, en todo caso, por lo contrario: por sobrado rara y soberbia; porque prefería vivir muchos meses del año separada de su marido á ser en Madrid causa perpetua de dificultades prosaicas y económicas, bastantes á dar muerte al amor más robusto.

Doña Luz, trazado así con firmeza y por su propia mano el porvenir de su vida, no veía en su alma sino motivos de satisfaccion y de contento. Su sér íntimo florecía. El dulce anhelo de ser esposa y madre la conmovía con presentimientos de inefable ternura. Una claridad interior iluminaba su mente, beatificándola; y parecía que, transminando á lo exterior, irradiaba en su semblante y prestaba á su hermosísimo cuerpo mayor beldad que nunca. Así como los campos se cu-

bren de lozanía al llegar la primavera, así como el cielo se tiñe de púrpura y oro cuando el sol va á salir, así doña Luz se mostraba entónces más gallarda y refulgente.

Su alegría era tan noble, tan generosa y tan confiada, y la expresion divina que esta alegría prestaba á su figura gentil era de tal suerte simpática, que la censura quedaba desarmada al cabo, y al mirarla, tenían que bendecirla todos los hombres.

En su ánimo era casi todo luminoso y alegre. Sólo quedaba, allá en lo más hondo, un pequeño rincón, donde no penetraba bien la luz, y dónde, de cierta manera confusa, había como un gérmen, como una semilla apénas perceptible de disgusto y de intranquilidad. Doña Luz, sin darse bien cuenta de ello, por instinto salvador, trataba de arrancar aquella semilla, de ahogar aquel gérmen, á fin de que no brotase de él la hierba ponzoñosa.

Doña Luz pensaba en sus anómalas relaciones con el P. Enrique; en aquella amistad vivísima, en aquel afecto que siempre le había mostrado. Claro está que para doña Luz aquello no podía tener ni remotamente nada de comun con el amor. Mas, por lo mismo, su afecto hácia el Padre debía permanecer, y las demostraciones de este afecto no debían cesar ni mitigarse, sopena de que ella se inclinara á creer que eran de la propia esencia que lo que daba de su alma al esposo futuro; que había procedido como veleidosa é inconstante; que había puesto en uno, no lo libre, lo intacto, lo jamás dado á nadie, que atesoraba solícito su corazón, sino algo ó mucho de lo que había ántes dado á otro y quitádoselo luégo.

Así, pues, doña Luz se esforzó, aunque en balde, por estar como siempre de afable y cariñosa con el P. Enrique. Y, como viese que no podía, como viese que del tocarse su alma con la del Padre, ya por la palabra, ya por la mirada, cuando ántes parecía que brotaban calor y magnética lumbre, entónces se formaba hielo, se lo explicó suponiendo que no hay brio ni vigor en los corazones humanos para varios afectos, y que, donde uno impera, los otros decaen y desmayan, aunque sean de muy distinta condicion y naturaleza.

El alma del Padre continuaba siempre para doña Luz

clara, diáfana é impenetrable, como la mar profunda que ciñe y abraza las costas andaluzas. El sol atraviesa muchas capas de agua y todo lo llena de claridad; pero, allá en lo más hondo, se pierde y ofusca la mirada, entre iris, reflejos, tornasoles y relámpagos argentinos, y nada se distingue con exactitud y fijeza. El Padre no había cambiado, en apariencia al ménos. La misma serenidad, la misma dulzura de siempre. No se alteraba su voz al hablar de D. Jaime ni con D. Jaime. Al hablar con doña Luz, mostraba el Padre la antigua afectuosa benevolencia. Ni una palabra donde ni remotamente se sintiese una punta de ironía, de pique ó de despecho.

—O el Padre tiene sobre sí propio un dominio inverosímil, pensaba doña Luz, ó no me ha amado jamás. Sería de ver que la sospecha de Manuela, que yo oí como injuria llena de maliciosa villanía, hubiese sido en el fondo una creacion ridícula de mi vanidad, que, profundizando bien el asunto, me halagaba en vez de enojarme. No; no cabe duda: el bueno del P. Enrique me estima; me tiene en alto concepto, merced á su mucha indulgencia; me quiere como á prójimo predilecto; pero todo lo demas es sueño absurdo; es presumida imaginacion mia. Y más vale así.

Y al terminar doña Luz con estas palabras, suspiraba para desahogarse, como quien se quita grave peso de encima.

En otras ocasiones, ansiosa de descargar más aún su conciencia, de declinar toda responsabilidad, aunque por los raciocinios anteriores se había demostrado á sí propia que no tenía nada disgustoso de que salir responsable, doña Luz iba esfumando en su memoria todos los favores que había hecho al Padre; iba quitando todo valer y significacion á las muestras de afecto que le había dado; y lo iba reduciendo todo á las mezquinas proporciones de una amistad fria y severa, como lo que puede y debe mediar entre un discípulo y un maestro, ahuyentando de sí ó borrando cualquier enojoso recuerdo, falso en su sentir, hasta de la menor coquetería inconsciente, por parte de ella.

Entre tanto, pasaban los días y se aproximaba el de la boda, que había de ser sin ningun aparato.

Don Acisclo y Pepe Güeto, no obstante, habían hecho un

corto viaje á Sevilla para comprar regalos á la novia, cada cual segun sus facultades.

El de D. Acisclo fué magnífico. Consistía en unos pendientes y en un broche de brillantes, que le costaron dos mil duros. El de Pepe Güeto fué un brazalete que le costó diez mil reales.

Don Jaime había encargado á Madrid algunas galas y joyas, que debían llegar de un dia á otro.

Don Jaime mostraba viva impaciencia; parecía enamoradoísimo, y trataba de apresurar la boda.

Miéntras más se acercaba el suspirado dia, más tiernos estaban los novios; sus coloquios íntimos eran interminables: juntos salían á caballo, doña Luz en el suyo, y D. Jaime en otro bastante bueno y bonito, de la propiedad de D. Acisclo; y tambien iban de paseo á pié, en compañía de doña Manolita, muy ufana de haber sido la mediadora en aquella feliz alianza.

El P. Enrique iba siempre á comer en casa de D. Acisclo, pero alegando que tenía que escribir ó que estudiar, se quedaba á almorzar en su casa, donde su criado Ramon le preparaba y servía un frugal desayuno.

Tambien de la tertulia de por la noche, ó ya se retiraba más temprano que de costumbre, ó ya se retraía el Padre: pero esto no era de extrañar.

Don Acisclo y Pepe Güeto le dieron el ejemplo. Ciertamente que la conversacion en voz baja de los novios y su involuntaria abstraccion de todos los circunstantes no convidaban á otra cosa.

El médico D. Anselmo iba y venía permaneciendo poco tiempo en la reunion. Ya no disputaba ni sacaba á relucir sus filosofías, porque doña Luz no prestaba atencion á nada que no fuese D. Jaime.

Resultaba, pues, que la tertulia, tan bulliciosa ántes, se hallaba casi siempre en cuadro.

Don Acisclo, D. Anselmo, Pepe Güeto y el Padre se escabullían; y quedaban solos los novios, en su eterno palique, como decía doña Manolita; ésta, que se resignaba con gusto á hacer el papel de dueña; el galgo Palomo, que se echaba á los

piés de D. Jaime, á quien había tomado mucho cariño por conocer instintivamente el mucho que le tenía su ama; y á veces el cura D. Miguel, á quien los cuchicheos de los amantes producían idéntico efecto que los gritos y discursos de los filósofos, dejándole gratamente dormido, y soñando quizá en el gran papel que le tocaba hacer en aquel drama regocijado, cuando echase á los novios las bendiciones.

Huérfanos ambos novios de padre y madre, y decididos á que la boda se celebrase sin dar partè á nadie y sin ruido, lo concertaron todo tan de prisa que ya no les faltaba sino cuatro dias para verse casados, exentos del cuidado de convidar á nadie de Madrid, y de llamar á amigos ó á parientes para que asistiesen á la boda en aquel lugar.

Al mismo D. Acisclo, agradeciéndole mucho su regalo suntuoso, y las intenciones que tenía de convidar á toda su parentela, y de dar una comilona y un baile, le suplicó doña Luz que no hiciese nada; que ella quería casarse, ya que no en secreto, en silencio.

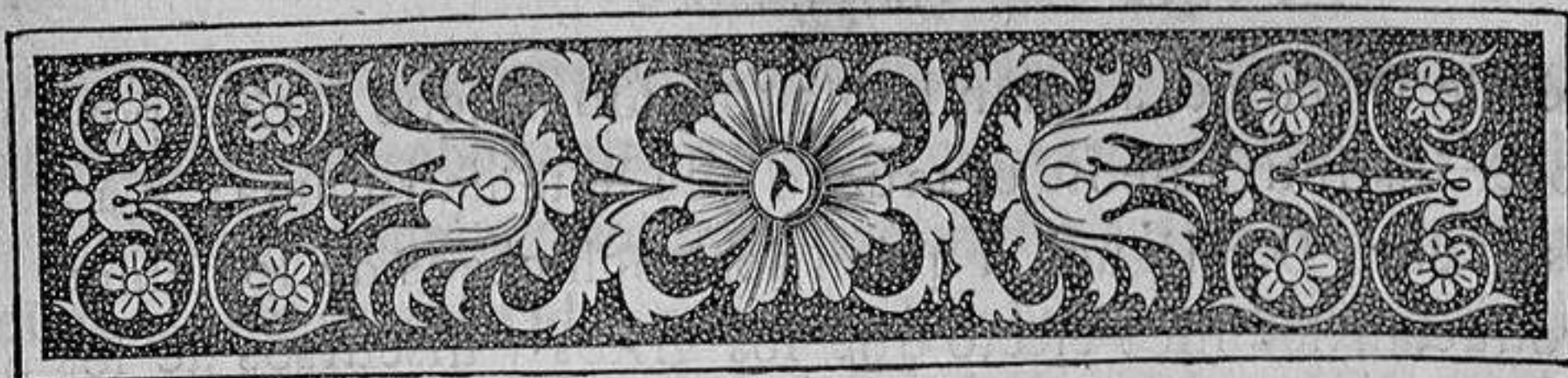
—A cencerros tapados; dijo D. Acisclo, que era muy aficionado á usar en sentido metafórico la palabra *cencerro*.

—Eso es: á cencerros tapados, contestó doña Luz.

JUAN VALERA.

(Se continuará.)






DEMONOLOGÍA JUDAICA.

I

(Conclusion.)

s posible al mismo tiempo y se desprende de un sin número de pasajes del Antiguo Testamento, que en una época muy remota, los hebreos, ántes de considerar á las divinidades paganas como seres ficticios sin realidad objetiva, les habían atribuido una existencia real, no siendo para ellos otra cosa que verdaderos demonios, seres de influencia funesta, cuya mision consistía en realizar el mal (1).

(1) Deuter. XXXII, 17; Psal. CVI, 37; Levit. XVII, 7; II, Chron. XI, 15; Baruch, IV, 7.—Los primeros cristianos participaban de la misma opinion, segun se desprende de I, Cor. X, 20, y Apoc. IX, 20. Consult. á Baudissin. *Studien zur semitischen religionsgeschichte*, 1876, p. 47.—177.—Esos seres misteriosos y siniestros llamados en el Antiguo Testamento שְׂדִים ó שְׂעִוְרִים y δαιμόνια ó πνεύματα πονηρα, ακαθαρτα en los Setenta y el Nuevo Testamento, se consideraban desde muy antiguo como la causa de ciertas enfermedades (I, Samuel, XVI, 23); idea que veremos muy extendida durante los dos siglos anteriores á la era cristiana. Creo que no debe rechazarse, como hacen algunos críticos, la asercion de Josefo (Antiq. VI, 8, 2), fundada sin duda en el pasaje citado poco há, segun la cual, la enfermedad del rey Saul se atribuía á una posesion demoniaca. Lo que es de todo punto inexacto y carece de valor histórico, es afirmar (Antiq. XVIII, 2, 5) que Salomon fuese el inventor de las fórmulas mágicas empleadas en tiempo de Jesus para exorcisar los poseidos.

Las últimas investigaciones de la Asiriología, ciencia modernísima y de un porvenir inmenso, sin duda para el estudio comparativo de las religiones semíticas; vienen en apoyo de la antigüedad de las ideas hebraicas sobre los espíritus malos y hasta si se quiere, de la creencia en un príncipe de los demonios (1). La sorprendente semejanza que se ha notado entre el relato mosaico y algunos episodios contenidos en las tablitas cuneiformes, se observa asimismo comparando la rebelion y combate del monstruo Fiamat contra los dioses, con los caracteres de que suelen acompañarse las descripciones de la caída de Satan (2). La circunstancia de haberse encontrado

(1) El descubrimiento de la biblioteca de Aosaurbanipal por Layard, proseguido por el eminente asiriólogo del British Museum, Jorge Smith, excede en importancia é interes á todas las investigaciones que ántes hicieran Rawlinson, Hincks y Oppert, sobre las inscripciones asirias. Los fragmentos de tablitas que ascienden próximamente á diez mil, encontrados en la parte ocupada por la sala de los archivos y de la biblioteca del palacio real de Nínive llamado por los habitantes actuales, Koyoundijk construido durante la dominacion del último conquistador asirio, nos permiten apreciar de una manera segura y directa el estado religioso, científico y literario de aquella antigua civilizacion del pueblo de los Soumirs y Accads, los inventores de la escritura cuneiforme y los más antiguos astrónomos del mundo. Esos fragmentos provienen de obras, en las que se trataban los asuntos más variados, tales como gramática, historia, derecho, mitología, historia natural, astronomía, astrología y matemáticas. Mas una gran parte de ellos versa sobre religion y consisten en largas listas de dioses con la enumeracion de sus títulos, atributos y templos, oraciones, conjuraciones contra los malignos espíritus y leyendas. George Smith: *The chaldean account of genesis, containing the description of the creation, the fall of man, the deluge, the tower of Babel, the times of the patriarchs, and Nimrod; babylonian fables, and legends of the gods, from the cuneiform inscriptions*. London, 1876. Véanse tambien la traduccion alemana de este libro por Fr. Delitzsch (*Smith's Chaldæische genesis 1876*) y el tomo II de la obra de Lenormant, *Les Premières civilisations*, 1874.

Una gran parte de los pueblos semíticos, los hebreos entre ellos, despues de haber salido de la Arabia, su patria primitiva, y no la Armenia, segun hasta aquí se había generalmente creído, residieron durante mucho tiempo en Babilonia viviendo en contacto con la civilizacion accadiana ántes de continuar su marcha hácia el Norte y el Oeste. Schrader: *Die Abstammung der Chaldæer und die Ursitze der Semiten*, en la *Zeitschrift der deutschen Morgenländischen Gesellschaft XXVII 397-424*. *Semitismus and Babylonismus zur Fragenach dem Ursprunge des Hebraismus* en los *Jahrbücher für protestantische theologie I Jahagang* (1875) p. 117 y sig.

(2) Véanse Smith, *op. cit.* y la traduccion de Delitzsch, p. 77-92.

en un antiguo silabario asirio, escrita la palabra *ha-au-vu* (serpiente) al lado de la palabra *ai-ub-ilu* (el enemigo de Dios) es de mucha significacion y puede considerarse como un comentario al capítulo III del Génesis (1). Muchos críticos se han obstinado en negar á la serpiente que aparece en el Paraíso tentando á Eva, el carácter de una personificacion mítica, creyendo que sólo despues del destierro, y por efecto de la leyenda zenda sobre la serpiente *Augra-mainyas* pudo interpretarse de una manera alegórica el relato bíblico. Un apócrifo alejandrino, el libro de la Sabiduría, es el primer documento en que la serpiente del Paraíso aparece identificada con el espíritu del mal (2). Mas, el encontrarse la misma iden en tiempos muy posteriores, en uno de los escritos más importantes de la edad apostólica (3), en el Talmud y otros documentos rabínicos, indica que no era esta una opinion particular y aislada, sino que por el contrario contaba con bastantes partidarios. De todos modos, despues que los últimos estudios han demostrado de una manera irrecusable la inmensa influencia ejercida por la civilizacion accadiana sobre los hebreos durante el largo tiempo que hicieron vida comun con los antiguos pobladores de la Babilonia (4); es indudable

(1) En uno de los textos cuneiformes en que se habla de la caída del hombre, atribuyéndose ésta al pecado, figura un dragon. En el Apocalipsis, Satan es llamado indistintamente el dragon y la antigua serpiente (ὁ δράκων ὁ οφίς ὁ αρχαίος.)

(2) II, 24.

(3) Apoc. XII, 9.

(4) Mr. Schrader ha podido establecer una distincion muy marcada entre los pueblos semíticos, por este concepto. Los que residieron en Babilonia (Caldeos, Asirios, Arameos, Cananeos, Hebreos), constituyen el grupo que llama del Norte, y se distinguen profundamente de los semitas, del grupo sud (Árabes, Himyaritas, Etiopes). Aunque distintos entre sí, las lenguas semíticas del grupo Norte, forman una verdadera unidad respecto á las lenguas de la Arabia y la Etiopía. Entre las ideas religiosas, y hasta entre las leyendas de los pueblos de uno y otro grupo se han notado diferencias muy notables. El sistema de numeracion sexagesimal que, sea dicho de paso, desconocen completamente los Árabes, la division del año en doce meses, del mes en cuatro semanas, de la semana en siete dias con sus nombres; el carácter sagrado atribuido al núm. 7 en literatura, el paralelismo de los miembros y las estrofas, el empleo de ciertas figuras poéticas y determinadas formas de lenguaje en religion, los restos evidentes de po-

que la serpiente del Génesis, léjos de tener un sentido puramente poético y ser un simple juego de la imaginación, tenía para el que redactó el escrito un carácter simbólico y era una personificación del espíritu del mal.

En la época posterior al destierro, las ideas sobre los espíritus malignos se desarrollan de una manera prodigiosa, y en los libros del Antiguo Testamento que datan de aquella fecha, aparece ya completamente definido y caracterizado el príncipe de los demonios. En Zacarías y en el primer libro de las Crónicas (1). Satan se presenta como un contradictor y un enemigo declarado de Dios y de Israel; y en el libro de la Sabiduría al cual hace poco hemos aludido, al paso que se le identifica con la serpiente del Eden, se le considera como el introductor de la muerte en este mundo (2). Como se ve, Satan, el príncipe de las tinieblas, según se le llamará más tarde, ha alcanzado en este documento el período de su virilidad. Independiente de todo yugo superior, realizando el mal por iniciativa y cuenta propias, sólo falta atribuirle un poder semejante al de Jahweh para que comparta con él su dominación sobre la tierra. Sea cual fuere la importancia que deba concederse á las ideas persas para aplicar el origen de un príncipe de los demonios entre los judíos, es innegable que el Satan de la Biblia, lo mismo que todas las personificaciones del mal que en ella se presentan, tiene su carácter propio, individual, semítico, en una palabra. Satan no tiene de común con Ahriman, sino que como él representa un principio negativo, una idea antitética al espíritu del bien; mas ninguna relación es posible descubrir entre uno y otro en lo que se refiere á los rasgos característicos que determinan su individualidad. La idea de una potencia enemiga

liteísmo que se encuentran en algunos libros del Antiguo Testamento, y multitud de circunstancias que sería largo enumerar, todo indica y confirma que no en vano los hebreos permanecieron tanto tiempo en contacto con una nación de distinta raza, de ideas religiosas diferentes; si no que la antigua y refinada civilización accadiana, dejó huellas muy profundas en sus ideas y en su manera particular de ser.

(1) Zach. III, 1 y sig.—I, Chron. XXI, 1 y sig.

(2) Sab. II, 24.

y rival de Jahweh, ha debido seguir en el seno de la conciencia religiosa de los hebreos todo el proceso de evolucion necesario hasta poder presentar una fisonomía propia y definida.

El nombre de Satan aparece por primera vez aplicado á una individualidad determinada en uno de los libros más bellos y más importantes de la literatura hebraica, el libro de Job. En este poema, clasificado con mucho exactitud en el número de los didácticos, se discute el eterno problema del dolor y el sufrimiento, y revelándose en él un período de profunda transformacion en las ideas religiosas y morales del pueblo, en cuyo medio se escribió; representa el momento histórico de duda, intermedio entre la antigua creencia hebraica, segun la cual, el justo y el impío reciben aquí en la Tierra su recompensa y su castigo, y la aspiracion á la inmortalidad y á un premio en la vida futura. Job, el varon más justo y más irreprochable á los ojos del mismo Dios, ve de pronto eclipsada la prosperidad con que el Eterno premiaba sus virtudes, y se encuentra sumergido en la más terrible desgracia. A pesar de verse privado repentinamente de sus hijos con todos sus bienes, herido más tarde por una enfermedad asquerosa de la piel, abandonado de todo el mundo, gimiendo y lamentándose de su suerte en un muládar, no se entrega á la desesperacion, sino que bendice al Dios justo. Sus tres amigos que han venido para ofrecerle un consuelo, despues de permanecer espantados á su vista, llorando sin hablar una palabra durante siete dias y siete noches, no aciertan á explicar las calamidades que le afligen sino interpretándolas como el castigo de faltas cometidas. Job protesta repetidas veces de su inocencia, y al separarse de su lado sus amigos, en dos discursos admirables, en los cuales revela lo que existe en el fondo de su corazon, no obstante reconocer conforme á la opinion corriente, que la desgracia es el castigo del hombre impío, insiste en afirmar su inocencia, declara que es incomprendible para el hombre la sabiduría divina, y comparando su triste y miserable estado á la felicidad que le sonriera en otro tiempo, concluye diciendo que espera ardientemente ser justificado por Dios. Al terminar la discusion que constituye el fondo de este

admirable poema, triunfa la antigua doctrina sobre la recompensa de las virtudes y la expiación de las faltas en esta vida. Job, libre al fin de su dolencia, recobra por duplicado cuanto había perdido, y después de haber visto, dice el texto, sus hijos y los hijos de sus hijos hasta la cuarta generación, muere «viejo y *harto* de días» (1).

El poema está escrito en verso, y en una introducción en prosa que le precede, nos entera el autor del motivo por el cual cayeron sobre el varón justo tantas calamidades. Habiéndose presentado cierto día los *Beni-haelohim* ante el trono del Señor, encontráse también Satan en medio de ellos (2). El Señor le preguntó: ¿de dónde vienes? y contestando él, que acababa de recorrer la tierra, repuso Dios: ¿has reparado en mi siervo Job, hombre sencillo y recto, temeroso de Dios y que se aparta del mal? No hay en toda la tierra uno semejante á él. Satan observa que su virtud se explica perfectamente por el bienestar y la tranquilidad de que goza; mas que el día en que las adversidades se desencadenaran sobre su cabeza, tal vez entonces dejaría de alabarle y bendecirle. Dios concede permiso á Satan para que aflija á Job por todos los medios que estén en su mano, pero prohibiéndole terminantemente herir su cuerpo; y en un mismo día, recibe aquel la noticia desconsoladora de la muerte repentina de todos sus hijos, la pérdida de todos sus bienes y la ruina de todas sus posesiones. Job, rasgando sus vestiduras en señal de sentimiento adoró y bendijo á Dios que le quitaba lo que ántes le había concedido. Viendo Satan que á pesar de una desgracia tan terrible é inesperada persistía en su virtud, y afirmándose en ver en el hombre justo siempre miras interesadas y egoistas, otro día que se encontró de nuevo con los *Beni-haelohim* delante de Jahweh, instó para que se le concediera facultad de atacar su persona, y una vez obtenida esta concesión, hirió á Job con una enfermedad terrible y repugnante en la cual se ha visto, desde hace tiempo, la elefantiasis, una de las dolencias más temibles de la piel.

(1) XLII, 17.

(2) I, 6 y sig.

Esta introduccion tiene una importancia extraordinaria para el asunto que constituye el objeto de este estudio. Por más que la crítica no puede todavía establecer de una manera cierta y positiva la época en que se escribió el libro de Job, es indudable, y nadie puede negar sino dejando en pié un sinnúmero de objeciones imposibles de resolver, que la redaccion del poema data del período anterior á la cautividad de Babilonia. La opinion de los que sostienen que fué compuesto con posterioridad al destierro, es hoy tan absurda, despues de los profundos estudios de que ha sido objeto el libro de Job en nuestros dias, como la opinion de aquellos que en otro tiempo lo consideraron de fecha antiquísima, inclinándose algunos hasta en ver su autor en Moisés. El libro de Job es un modelo acabado de poesía didáctica, y aunque es la única produccion perfecta de este género conservada en el Antiguo Testamento, él sólo es bastante para probar que el pueblo de Israel estaba suficientemente dotado para unir la más exquisita y admirable concepcion poética, á su más perfecta realizacion en la forma. Tanto en lo que se refiere á la ejecucion del plan general y á la perfeccion del conjunto, como en lo que pertenece á los más insignificantes pormenores, brillan en el poema bellezas de imponderable valor y revelan en el poeta un consumado maestro. Dejando aparte una multitud de pruebas y razones en que se funda la crítica moderna para determinar en general la fecha de una composicion semejante (1), diremos tan solo, que una obra de arte tan perfecta, sólo pudo escribirse en el período más floreciente de la literatura hebraica. La mayor parte de los críticos contemporáneos indican como fecha aproximada el siglo VIII ántes de nuestra era. Ninguna influencia de las ideas persas es lícito, por consiguiente, suponer para explicar la personalidad de Satan que figura en la introduccion.

Segun puede verse á primera vista, va una inmensa distancia de este Satan al de los libros apostólicos y hasta el de Za-

(1) Véase el notable prefacio de M. Renan puesto al frente de su excelente traduccion del libro de Job (*Le livre de Job* traduit de l'hebreu par Ernest Renan. Paris. Michel Levy, 1859.)

carías, al cual más arriba hice referencia; pero no cabe duda que es el mismo individuo, jóven todavía, en uno de los primeros períodos de su evolución. Muchos críticos se empeñan en no ver en el Satan del libro de Job, mas que uno de los ángeles de que se servía Jahweh para realizar sus designios de castigo. Su nombre mismo, ántes de servir como nombre propio, se había empleado como un nombre comun (1). El hebreo שטן significa literalmente *adversario*, y tratándose de una guerra un Satan es un enemigo (2), y en el tribunal de un juez ó de un rey es un acusador (3). En el libro de los Números (4) se lee que siguiendo Balaam, hijo de Sphor, montado en una jumenta, á los enviados de Balac, rey de Moab, un ángel del Señor se le puso delante (*obviam illi*) en el camino. La palabra que en el texto hebreo equivale al latin *obviam* es שטן, y algunos versículos más abajo (5) el ángel apostrofando al profeta le dice: «he venido para *oponerme* á ti» lo cual se expresa en el texto diciendo literalmente: para ser *satan*.» El Satan del libro de Job, por consiguiente, debe considerarse segun la opinion á que ántes me refería, como uno de los *Beni-haelohim*, como un ángel del mal, de la misma naturaleza que los mencionados en el libro de Samuel y otros puntos del Antiguo Testamento (6). Mas en mi concepto, un estudio atento y libre de todo prejuicio sobre el primer capítulo del libro de Job, conduce á conclusiones enteramente opuestas. En los versículos, en los cuales se expresa que comparecieron ante Dios los *Beni-haelohim*, se establece por la simple forma del lenguaje una diferencia profunda entre estos y Satan. «Y vino *tambien* Satan en medio de ellos» dice el texto original (7). Esto sería suficiente, á falta de otros datos, para asegurar que en concepto del autor, Satan

(1) Ps. LXXI, 13; XXXVIII, 21; CIX, 4, 20, 29.

(2) I, Sam. XXIX, 4.—I, Reg. XI, 14, 23.

(3) II, Sam. XIX, 22.

(4) XXII, 22.

(5) XXII, 32.

(6) II, Sam. XXIV, 15 y sig.; Ps. XXXV, 5; I, Chron., XXII, 14 y sig.; II, Reg. XIX, 35, y sig.

(7) ויבוא גם-השטן בתוכם I, 6; II, 1.

pertenecía á una categoría distinta de los *Beni-haelohim*. Los mensajeros de que se habla repetidas veces en varios documentos, sólo bajan á la tierra cuando tienen encomendada una mision particular; mas el Satan de que aquí se trata tiene por residencia la tierra, y por ocupacion habitual el discurrir por ella. El papel que desempeña y el hecho de comparecer de cuando en cuando ante el trono del Señor, revelan en él un acusador público, un encargado de velar por el orden y seguridad, que tiene obligacion de presentar informe: y no hay duda que su escepticismo para con la virtud, la malicia que le inclina á considerar el hombre justo movido sólo por impulsos interesados y egoistas, su insistencia pertinaz en querer afligir á Job confiando de una manera firme en salir victorioso de sus objeciones, son circunstancias que acusan en él un cierto grado de malignidad que ningun ángel ofrece, y que es opuesto completamente al carácter y naturaleza de los *Beni-haelohim*.

La creencia en un espíritu del mal existía por lo tanto, aunque de una manera embrionaria, digámoslo así, en el antiguo hebraismo. La personalidad de Satan aparece delineada con rasgos característicos ántes que el soplo de la Persia pasará por encima de la religion de Israel. Ahriman no hará más que impulsar el desarrollo de este Satan jóven en completa vía de formacion, y acelerar su desenvolvimiento hasta llegar á ser un verdadero adversario opuesto tenazmente á Jahweh. ¿Cómo pudo nacer en el seno del monoteismo judaico la idea de un principio antitético opuesto á la divinidad? ¿Cómo puede conciliarse la idea de un Dios absoluto de quien procede todo bien y al cual hay que referir el mal, porque él lo absorbe todo y fuera de él nada existe ni puede existir, con el dualismo que determina la creencia en un principio independiente, introductor del pecado y de la muerte, y del cual previene todo el mal que se realiza aquí en la tierra? Hé aquí las dos cuestiones que importa ahora resolver.

La excesiva importancia que se ha dado generalmente á la accion ejercida por las ideas persas sobre la religion de Israel, ha impedido por largo tiempo que el problema pudiera plantearse en su debido terreno; y de ahí que la crítica

esté muy léjos de haber pronunciado sobre el mismo su última palabra. Siendo esto así, todo el mundo tiene el derecho de formular la solución más ó menos exacta, más ó menos aproximada que se le ocurra. Establezcamos ante todo que la idea de un principio antitético al espíritu del bien, *eterno*, no podía caber en la conciencia religiosa de los hebreos. Satan, considerado como adversario, como enemigo de Jahweh y de Israel nació en el tiempo. No es siquiera anterior á la creación del mundo, sino que es muy posterior á ella. Mas Satan, considerado como ángel, es tal vez tan antiguo como el mismo Jahweh. Los ángeles, los *Bene-haelohim* son anteriores á la existencia del universo y ellos fueron quienes con Jahweh asistieron á la creación del mundo. El Génesis no empieza por las palabras «en el principio creó Jahweh el cielo y la tierra» sino que el texto dice: «en el principio creó *Elohim* el cielo y la tierra.» Este nombre implica efectivamente una pluralidad de seres celestes contribuyendo de una manera activa á la obra de la creación, y éstos no son otros que los *Beni-haelohim*. Los hebreos, por otra parte, no confundían en modo alguno los ángeles con la divinidad: el nombre colectivo *Elohim* allí donde se emplea designando al mismo tiempo una y otros, indica solamente la estrecha relación que establecían entre Dios y los seres supraterrrestres, órganos de su voluntad. Los *Beni-haelohim* estaban sometidos á Jahweh y eran los encargados de ejecutar sus órdenes, teniendo algunos de ellos, como hemos visto más arriba, la misión de realizar el mal proveniente de la iniciativa de aquél. Satan no debía distinguirse al principio de ninguno de estos últimos; mas andando el tiempo va revisitiéndose de un carácter especial y acaba por hacerse independiente. Así considerado el origen del príncipe de los demonios, puede atribuirse un fundamento real y positivo á la explicación que del origen de los espíritus malos y de su príncipe encontramos en el libro de Henoch, del cual nos ocuparemos en el siguiente artículo. Según este documento, en efecto, los demonios no son más que ángeles caídos.

Si se pregunta ahora cuáles fueron las causas á que obedeció el desenvolvimiento de la creencia en un representante

del espíritu del mal, entre los judíos, creo que no es muy difícil poderlo determinar, si no todos, al menos los principales. Como se dijo más arriba, para el antiguo hebreo, el mal lo mismo que el bien, proceden de Jahweh, creencia íntimamente unida con la idea primitiva de una remuneración terrestre. La preocupación constante del pueblo judío, su aspiración suprema, era su propio porvenir. La eterna esperanza de este pueblo en la futura realización de sus destinos, llega casi á ser una locura en determinados períodos de su historia. La fe en la inmortalidad del alma, la idea de una vida ulterior más allá del sepulcro, es completamente extraña á la religión primitiva de Israel. El concepto vago de una existencia ultraterrestre que se revela en el *Scheol*, implica la idea de una pura negación. El *Scheol* no es la mansión donde gozan nueva vida aquellos que fenecieron; es un segundo sepulcro. Allí no hay pensamiento, no hay sensibilidad, no hay recuerdos; según las indicaciones que respecto á él se encuentran en los documentos, el *Scheol* es, ni más ni menos que un lugar imaginario donde vagan las sombras de los que fueron vistiendo el mismo traje, y las mismas armaduras que usaron durante su vida. Más adelante, en virtud de causas que no son de este lugar, la idea de la inmortalidad empieza paulatinamente á desarrollarse entre los judíos (1). La creencia en la resurrección de los cuerpos señala el primer grado de su desenvolvimiento. En el *Scheol* se reunían todos los que dejaban de existir; virtuosos é impíos, todos iban á parar al mismo punto. Pero luego que empezó á abrirse camino entre los hebreos la creencia de una segunda vida, una región estaba reservada á los buenos y otra región distinta pasaban

(1) En un estudio sobre las ideas escatológicas de los judíos, próximo á publicarse en esta REVISTA, se dará completo desarrollo á lo que ahora no hago más que apuntar. Me complazco en consignar aquí, asimismo, que algunas de las ideas expuestas en el curso de este estudio las he formulado con el concurso de excelentes observaciones que á este objeto ha tenido á bien hacerme mi particular amigo D. Pompeyo Gener, quien trata extensamente este asunto en una obra que está actualmente en prensa y que saldrá á luz en París con el título *La Mort et le Mal. Contribution á l'étude de l'évolution des idées humaines*.

á ocupar los malvados, más allá del sepulcro. Ya entónces no era en esta vida donde la remuneracion y el castigo se encontraban. ¡ Cuántas veces se había visto perecer de una manera inicua los que eran justos, y al impío, rodeado de toda clase de prosperidades !

El premio á la virtud, la sancion divina de las acciones humanas no se encontraban, no, en esta vida, sino en la eternidad. Una vez establecida esta creencia y durante el período lento de su desarrollo ¿qué explicacion tenía el mal en esta tierra puesto que continuaba afligiendo al hombre de la misma manera? ¿Cómo se concebiría que el pueblo de Dios, á pesar de ser fiel á sus preceptos fuese víctima las más de las veces de las terribles vejaciones de sus enemigos; y por qué razon el hombre justo se veía atropellado con frecuencia por el huracan de la adversidad? Por fuerza debía residir la causa en un enemigo de Jahweh. Un Satan independiente, no sujeto ya á las órdenes de Dios y asistido de una multitud de ángeles sublevados, han declarado eterna guerra contra Jahweh y contra su pueblo.

JAIME GRES.





CARTAS DE CHINA.

IV.



EL día designado para la marcha á Pekin, nos hicimos á la mar en el Hongkwang, vapor de la compañía china, perfecta y lujosamente acondicionado. Si la cocina de estos barcos no se resintiera del gusto yankee de sus capitanes, el trato á bordo no dejaría nada que desear.

A los dos dias de navegacion avistamos á Chefú, en cuya bahía nos detuvimos el tiempo suficiente para poder saltar á tierra.

No se encuentran allí los magníficos edificios de Shanghai, pero sí cierto aseo y bastante regularidad en las casas de construcción chino-europea. Su magnífica playa, la dulzura del clima y el no haber otro punto en China donde tomar los baños de mar, hacen que todos los europeos acudan á su costa durante el verano, razon por la que se le ha denominado el Granville de la China. Goza tambien la ventaja de ser una poblacion completamente europea, de construcción reciente, y que evita á los allí residentes el demasiado roce con la

gente del país. La ciudad china se encuentra á más de una legua de distancia, es el verdadero Chefú, y allí es donde debió haberse construido el puerto, comercialmente hablando.

A las diez y ocho horas de haber salido de Chefú, llegamos á la desembocadura de Pei-ho, cuya barra no pasamos sin haber introducido la quilla del Hongkwan más de un pié en su fondo fangoso.

Dominando la entrada de la ria, se encuentra la fortaleza de Takú, construida bajo la direccion de oficiales europeos, poderosamente artillada y verdadera llave de Pekin y las provincias del interior; pero segun opinion de alguno de los marineros encargados de estudiar estas costas, parece que hay algun punto á cubierto de sus tiros, por donde en caso de necesidad, se podría hacer un desembarco.

Apénas pasada esta fortificacion, cuyos terrenos y baterías altas se siguen viendo durante largo rato, aparecen inmensos y numerosos montones de sal procedentes de las salinas del Estado, expuestos al sol y cubiertos con una ligera capa de tierra para secarse bajo sus ardientes rayos.

Como hubiésemos entrado en el Pei-ho ya cuando la marea había empezado á bajar, tuvimos que detenernos á las dos horas de marcha por falta de agua, hasta que la pleamar nos permitiera continuar para Tientsin. Viendo pasar durante el tiempo que estuvimos anclados sinnúmero de lorchas que aprovechando la marea, bajaban hácia el mar, así como gran número de vapores pertenecientes á la compañía china, que cargados de arroz habían llegado y partían inmediatamente con otros cargamentos.

Dormíamos tranquilamente la siesta, cuando á eso de las dos fuimos despertados por el ruido de varios cañonazos. Apresurándome á subir sobre cubierta, ví que eran disparados por un buque de guerra, en cuya popa ondeaba la bandera china, al que precedía un aviso y seguía una cañonera de la misma nacion. El cañoneo era motivado por venir en dicho barco, debidamente escoltado, el Gran Secretario Ly-ongchang, virey de esta provincia, que había ido á revistar la fortaleza del Takú y regresaba á Tientsin, donde tiene su residencia.

Como era el momento de aprovechar la corriente, levamos anclas y echamos á andar con tan buena suerte para mí—que deseaba observar las maniobras de los marinos chinos, bisoños en el manejo de barcos de vapor,—que salimos detras del bergantin que llevaba al virey, llevando por consiguiente á nuestra popa la cañonera que le seguía. Así colocado, tuve ocasion de ver cómo cogían las rápidas y estrechas revueltas del rio, que segun el escritor que no ha estado en China y á quien en mi primera carta he hecho alusion, no se podían tomar sino enviando un bote á tierra para que fijara un cable que cobrado desde abordo permitiera hacer la cia-boga casi completa que algunas veces hay necesidad de verificar en un espacio más que insuficiente. Algo exagerado es esto, en cuanto á la necesidad de mandar una amarra á tierra, pero no en el resto. Verdad es que nuestro capitan era un intrépido y entendido yankee procedente de esa marina americana cuyo atrevimiento é inteligencia causan la admiracion hasta de los osados ingleses: y sin embargo, recibió una leccion de los marinos de la víspera, que yo como observador noté para mis adentros, con gran disgusto del capitan, que sofocado por recibirla de cualquier procedencia, lo estaba mucho más al ver eran chinos, y casi aprendices sus maestros. Es necesario ser un marino atrevido completamente para decidirse á atravesar un paso difícil ayudado por la corriente, porque hay entónces que jugar el todo por el todo y lanzarse á toda máquina á fin que el timon pueda gobernar, pues de ir despacio en tales momentos se arriesga, como á nosotros nos sucedió, que el agua al llevar la misma direccion que la nave no tenga la salida suficiente por la popa para que el timon sea el que marque su rumbo. Los chinos que iban en el primer vapor, tomaron á toda velocidad una de las más difíciles revueltas y siendo su marcha mayor que la de la corriente, pudieron doblar la punta sin ningun contratiempo, miéntras que nosotros empezamos á disminuir la nuestra á medida que nos acercábamos, de tal manera, que al llegar al recodo sólo teníamos un poco de la arrancada adquirida; pues el hélice había cesado completamente sus revoluciones. Llegado el momento de virar, grita el capitan á los timoneles, valientes y prácticos manilos

que todos los capitanes de estas costas exigen en los buques de su mando; «toda la caña á babor» y naturalmente el barco que sólo á impulsos de la corriente andaba ya, no obedeció, y continuamos en línea recta hácia la costa, que felizmente no era de roca, donde abrimos un surco de más de tres metros, quedando nuestra proa completamente á seco, sin que bastara á evitarlo el toque de «todo atras» comunicado inmediatamente al maquinista y consiguiendo únicamente que al rasar su popa en la ribera opuesta, hubiese el buque perdido casi todo el impulso dado por las aguas, que nos habían atravesado, y no quedar suspendidos en el aire por los extremos, expuestos á que el peso de la carga y del maderámen buscasen un punto de apoyo de mayor resistencia. Detenido el vapor por falta de fondo, y no estando la popa tocando tierra más que lo suficiente para impedirnos cambiar completamente de direccion, pudo al fin el hélice hacerse dueño del buque y sacarnos del atolladero justamente por los mismos pasos que en él nos habíamos metido; maniobra que fué hábilmente dirigida por el capitan, acostumbrado sin duda á estas aventuras, que deben ser por demas frecuentes, á juzgar por los surcos trazados en estas riberas, tan numerosos en todas sus hondonadas que hacen punto ménos que imposible calcular el número de quillas que se han asomado á ver lo que sobre la tierra pasa.

Gracias á nuestra buena marcha y á haberle al capitan aprovechado la leccion, aunque sin darse por entendido de ello, llegamos á Tientsin al mismo tiempo que el virey, y pudimos presenciar los honores regios que los varios buques de guerra chinos allí anclados le tributaban segun los usos y costumbres en Europa establecidos.

El campo de esta provincia, que ántes de llegar á su capital habíamos podido ver, me recordaba bastante el de Castilla, tanto por el color de sus habitantes, como por ser casi idénticas sus habitaciones, en cuanto á su construccion exterior. La única diferencia consiste en que sus casas están rodeadas de algunos árboles; por lo demas el cultivo de la tierra y sus producciones son las mismas; empleando para trillar, en vez del tablero con cabezas de clavos y otras asperezas por su parte

inferior que allí se usa, exigiendo un peso considerable encima que difícilmente arrastran dos vigorosas mulas; un cilindro de piedra, de mayor ó menor magnitud, y por consiguiente, pesantez, que girando con facilidad, le basta con un esfuerzo insignificante para hacer en un día bastante más trabajo que nuestras trilladoras comunes en dos.

Antes de desembarcar pudimos observar por nuestra derecha innumerables barracones de estera, á cuyas puertas se mostraban escuálidos y andrajosos chinos, cuando no completamente desnudos, en cuyas personas se veían las trazas de la más espantosa y repugnañte miseria.

Eran los fugitivos del hambre, que huyendo de las provincias de Shansí, Honam y Pi-chili-li, habían invadido á Pekin y Tientsin en busca de socorros. Ya la mayor parte habían recibido auxilios y con éstos la órden de ausentarse de dichas capitales donde su presencia no infundía la suficiente tranquilidad, tanto por el número de los hambrientos, como por las enfermedades que les acompañaban.

Causa horror el pensar solamente á los extremos en que las provincias invadidas se han visto reducidas. El origen primitivo de esta calamidad no ha sido más que la rapacidad y codicia de los mandarines, de cuya venalidad nunca podré dar una idea, por mucho que escriba, consintiendo mediante ciertas sumas, en que se fuesen talando los bosques tan necesarios á los campos que necesitan de la lluvia para madurar sus productos. La falta completa de arbolado determinó el año pasado una sequía, cuyos funestos resultados se han tocado este invierno y principalmente en la primavera.

No había medio humano de hacerles llegar las provisiones necesarias á su sustento, por la falta de comunicaciones pues sólo se puede hacer el transporte por medio de caballerías (1), cuyo máximo de carga, no basta para el sustento de la bestia en tan largo viaje. Es imposible calcular los millones de seres que han sucumbido á estos estragos, debiendo su salvacion los restantes á haber buscado un socorro en Pekin ó en

(1) Por los canales hubieran tardado tal vez años.

Tientsin, ó á haber cometido todo género de horrores, como desenterrar los cadáveres, robarse mutuamente los niños de tierna edad etc., con el objeto de calmar las angustias de sus famélicos estómagos. En Honam se establecieron carnicerías, donde se vendía públicamente la carne humana. Por demasiado horribles, suprimo más detalles sobre lo que en aquellas desgraciadas provincias pasaba, y me concretaré á relatar ligeramente lo ocurrido en Pekin y Tientsin.

Más de un millon de almas había acudido á esta última capital. Acampados ya al aire libre, ya en inmundos barracones de estera, muchos hallaban la muerte ántes que el turno de recibir el auxilio le correspondiese. No pocos misioneros pagaron con sus vidas la caridad evangélica que hacía sus barracones les guiaba. El tífus hacía víctimas sin cuento entre estos desgraciados, que contagiaban á los que en su ayuda iban. No había enfermedad miserable que no hubiese sentado sus reales entre estos séres, como si no fueran ya bastante desdichados.

Por poco que de las concesiones se alejaran, los europeos encontraban hombres completamente desnudos, tendidos por el suelo, aguardando con impaciencia la hora de la muerte libertadora, sin que á pesar de cuantos ruegos se les dirigiera se consiguiese hacerlos levantar, siquier estuviesen atravesados en un camino, expuestos á las pisadas de los caballos. Resueltos á dejarse morir allí de hambre, tan desmoralizados se hallaban, que ni siquiera la perspectiva del alimento bastaba á hacerles mover, y únicamente cuando éste se les traía y se les daba un taël (poco más de 20 reales), entónces veíase retratada en sus ojos la alegría del hombre, que próximo á morir en la fuerza de la edad, se encuentra volver á ella con medios de vida para varios meses, que no ménos les significaba esta cantidad.

Mayor número de miserables aún, dirigió sus pasos hácia Pekin, donde asaltaban materialmente las Legaciones y toda vivienda de alguna apariéncia exterior, siendo muy comun al abrir la puerta por las mañanas, ver caer á los piés el cadáver de alguno de estos desventurados. Al principio se les mandaba enterrar, pero habiendo visto que al exponer el cuerpo de

los muertos en las puertas de las Legaciones se conseguía al ménos que éstas sufragasen los gastos de la inhumacion, dieron en aparecer todas las mañanas cadáveres en sus dinteles. Cansados los ministros extranjeros de estos manejos, dieron parte á la policía para que ésta los hiciese recoger, la que respondió negándose á ello, por corresponder esto á las personas ante cuyas moradas morían. Establecióse una especie de juego horrible entre los porteros, que consistía en llevar por las noches ante las puertas de los puestos de policía, los cuerpos que tendidos delante de las de las Legaciones por la mañana se habían encontrado. Al dia siguiente encontrábase de nuevo en los portales exteriores los fúnebres restos que los porteros habían trasladado á los de la policía. Cadáver hubo que hizo cuatro ó cinco veces este viaje.

Los aficionados á las carreras de caballos, tuvieron que renunciar á ir de mañana al campo de carreras, por encontrarse los caminos siempre obstruidos con los cadáveres.

Por las tardes se podía ir en la seguridad de encontrar, á lo sumo, los restos de sus esqueletos; los perros y los hombres se encargaban de comerse la poca carne que adherida á sus huesos quedase. El gobierno chino dió un taël á cada uno de los indigentes, y los que pudieron vivir hasta recibir el auxilio, se apresuraron, segun la órden que con la limosna recibían, á volver á sus hogares, libertándonos así de la vista de tanta miseria, más dolorosa aún, por la imposibilidad en que nos hallábamos de socorrer á tanto y tanto pordiosero. La poblacion de Pekin ha pagado bien cara la presencia de estos forasteros; no pocos de sus habitantes han muerto víctimas de las enfermedades que aquellos les trajeran, sin que todos los europeos aquí residentes se hayan librado de su contagio.

Mucho se temía que esta calamidad no determinase una revolucion en el pueblo chino, que diese al traste con su vacilante monarquía; felizmente no ha sido así, gracias al socorro acordado y á haber degradado á los miembros del gobierno, degradacion puramente ficticia, pues continúan rigiendo los destinos del imperio, y no tuvo otro objeto que calmar á sus vasallos con las medidas aparentes de rigor, tomadas por las Emperatrices regentes.

Después de haber anunciado nuestra visita con la oportunidad debida, fuimos el día indicado á ver al virey de esta provincia; el Gran Secretario Ly-ong-chang, negociador de muchos de los tratados que las Potencias extranjeras tienen con China, y general de una division compuesta de 80.000 hombres, cuyos jefes y oficiales son todos suyos, es decir, que puede contar con ellos para todo cuanto quiera, incluso para derribar esta débil monarquía, lo que si ya no ha intentado, es tal vez por tener enfrente á Tso-tsong-thang, general en jefe de las tropas que operaron en el Kashgaar, y que tambien tiene ejército propio, procedente en su gran mayoría de la provincia de Honam, el pueblo más guerrero de la China, del que es hijo tambien Tso-tsong-thang. La rivalidad de estos dos generales, es la que sostiene á la monarquía, pues si cualquiera de ellos intentase usurpar el trono, tendría la seguridad de encontrarse al otro enfrente. Pero si alguno de ellos llega á faltar, es probable que el sobreviviente lo intente, y con éxito casi seguro, por no haber en China, á pesar de cuanto en contra se diga, más que dos ejércitos que tal nombre puedan llevar, y son los de estos dos generales. Miétras ambos existen, el gobierno de Pekin vive en la tranquilidad relativa de que goza el marido que deja á su mujer entre dos rivales. Pero á la desaparicion de cualquiera de ellos seguirá la desaparicion moral de sus tropas, que ó entrarán á formar parte de las del que quede, ó se dispersarán. Digo dispersarán, porque á tanto monta el que ingresen en las filas de otras divisiones cuyos soldados y generales han dado buenas pruebas de no servir absolutamente para nada, por falta de disciplina en los primeros, de inteligencia en los segundos, y de valor en ambos.

Recibiéonos Li-ong-chang con todos los honores correspondientes, y terminados los saludos de rigor nos sentamos entorno de una ancha mesa; el Ministro de España á la izquierda del virey, puesto de preferencia en China, y el que escribe estas líneas á su derecha, estando ocupados los sitios restantes por Mr. Detrin, director de la Aduana de Tientsin, que nos hacía el favor de servirnos de intérprete, y los ayudantes del general.

Después de hablar largo rato sobre generalidades, revelando en ellas el chino un talento agudo y nada comun, se le presentó como regalo un magnífico sable procedente de nuestra fábrica de Toledo y mandado hacer con este objeto. Llevábamosle también los planos de nuestros cañones Plasencia. Obedecía esto, á que en una visita hecha á mi jefe por Li-ong-chang, se había mostrado muy sorprendido el último, al oír que en España podíamos fabricar armas, y ofrecídole el primero una muestra de lo que podíamos hacer.

Admiró largo rato el arma que se le regalaba, preguntando privadamente al director de Aduanas, el precio de la joya, y paso luego á examinar los planos de los cañones. Hasta entonces, debo confesar, que no encontré nada en sus preguntas y observaciones, que no corroborase la opinion que de su inteligencia tenía formada por cuanto anteriormente me habían dicho, siendo el incidente del precio un pequeño detalle del carácter chino; pero no así, al oírle preguntar, después de conocer el calibre, peso, dimensiones y detalles de los cañones «si los disparos se hacían sin bajar los cañones del lomo de las mulas.»—Hasta aquel momento, persuadido, como estaba, de que hablaba con un genio militar, había sido tímido en mis respuestas sobre algunas preguntas que referentes á detalles de artillería nos hacía; pero después de su dicho, no me quedé nunca indeciso, respondiendo lo que me parecía más probable, cuando ignoraba la aplicación de algun tornillo ó correa de los dibujados en los planos.

¡Y sin embargo, este hombre que de simple coolí (peon) ha llegado al puesto más elevado del imperio y aspira á la supremacía, debe toda su carrera á sus cualidades personales. De suponer es, que entre éstas sea la del valor la que más poderosamente le haya ayudado, y que la instrucción figure en última línea. Aunque también puede ser que ésta haya contribuido, porque la instrucción en China se aprecia de una manera completamente distinta, y así como ellos no pueden juzgar sobre nuestros conocimientos, nosotros no podemos juzgar en qué consisten los suyos.—Un hombre de ciencia aquí, se gradúa por el número de caracteres que conoce, y como esto es cuestión de memoria, creo que el ejerci-

cio exagerado de esta facultad, impide el desarrollo de todas las otras.—Sus exámenes para adquirir los grados de bachiller, licenciado, doctor y académico consisten simplemente en composiciones sobre algunos libros, consistiendo su mérito, no en la idea expuesta por el examinado, sino en el número de caracteres distintos que en ella ha empleado y el número que de estos se exige es naturalmente mayor para cada grado. Todos ellos constituyen la clase de los letrados, que tan poca simpatía tiene por los europeos, de la que forzosamente proceden todos los mandarines civiles, y en la que todo chino tiene derecho á ingresar sin que haya preferencias de ningun género. Unicamente su número es bastante limitado. El Gobierno designa el contingente que cada provincia del imperio debe dar á la *ciencia china* y restringe ó dilata su número en cada una de ellas, segun la mayor ó menor afeccion de sus habitantes por la dinastía. Pero no se crea por esto que el resto está compuesto de gente ignorante como en Europa generalmente se asegura. Raro es el chino que no sabe leer y escribir aquellos caracteres que conciernen á su oficio ú ocupacion. Todos conocen la geografía del imperio y ligeros principios de astronomía que aprenden en su tierna infancia. En cuanto á su historia, no hay coolí ni aldeano que la ignore. Esta la aprenden ya en los teatros, ya en las calles y plazuelas, donde á cada cien pasos se encuentra un charlatan, rodeado siempre de un gran número de curiosos, que gana su vida recitando más ó ménos amenamente la historia de una dinastía, en vez de dar saltos mortales ó enseñar un perro-sabio como en Europa se acostumbra.—Con estos principios generales, de que, como ya he dicho, ningun chino carece, van unidas supersticiones y absurdos sin cuento, que tambien dominan á las clases llamadas instruidas, ó sea la de los letrados. Vese, pues una amalgama de instruccion é ignorancia en todos los súbditos del Celeste Imperio, bastante embarazosa para poder determinar el calificativo que sobre este particular deba aplicarse á las masas. En otra carta me ocuparé detenidamente sobre este asunto, dejando á mis lectores la designacion del que crean más apropiado de los dos, pues yo no sé cuál es el que les

corresponde; y volvamos á Li-ong-chang en cuya casa estábamos.

Algo habituado el virey á los europeos, nos hizo poner cubiertos europeos con que pudiéramos comer, en vez de los palitos que ellos usan; sirviéndonos tambien vino de Champagne, en vez del aguardiente de arroz que ellos beben hirviendo. Frutas de todas clases, pastelillos y dulces componían la colacion que en estos casos es de rigor. Todo partido en pedacitos, lo que hace que el cuchillo sea innecesario entre los cubiertos chinos. Pepitas de sandía tostadas y almendras, completaban el refresco que se nos ofrecía.

La habitacion en que se nos recibía, consistía sencillamente en un cuarto grande, compuesto de dos paredes, una enfrente de otra, adornadas con inscripciones y grandes tarjetones, y de dos enrejados de madera, caprichosamente entrelazadas sus varillas. Pequeñas cortinillas de papel hacen las veces de cristales, que se recogen cuando el calor aprieta, del mismo modo que los transparentes entre nosotros, pero todo en miniatura, pues los de mayor tamaño son apénas como un pliego de papel. Entre los incidentes de esta visita, que más me chocaron, citaré el de la guardia que nos había recibido formada, la que tan pronto como nos vió sentados y en conversacion, dejó las armas á un lado y vino á apostarse en derredor nuestro para escuchar lo que se decía y vernos de cerca. Los que no pudieron entrar en la sala, debieron contentarse con asomar sus oidos y ojos por agujeros practicados con la ayuda de los dedos en el cristal-papel, que componía una parte de los muros laterales. No dejó de llamarme la atencion este detalle, pero más tarde he tenido ocasion de convencerme que es costumbre general en China, pues hasta en el mismo Tsung-li-Yamen (Ministerio de Negocios extranjeros), donde se recibe á los Ministros extranjeros en una especie de pabellon, cuya forma afecta la de un gran cenador ó glorieta, con la única diferencia de tener el techo cubierto con tejas y los muros de papel en vez de verdura, innumerables agujeros atestiguan la presencia de otros tantos observadores que no pierden una palabra de cuanto en las conferencias se trata, revistan estas el carácter que quieran.

Al vernos levantar, salieron corriendo los soldados para formar de nuevo. En el primer patio nos esperaban las sillas de mano que nos habían traído; pero no así la del director de Aduanas, quien tuvo que continuar á pié hasta verse fuera del edificio, de donde salió por una puerta pequeña practicada al lado de la principal por donde salió la Legacion de España. La etiqueta china, complicada hasta el punto de exigir un Ministerio, no permite más que á ciertas personas el paso por la puerta principal y el entrar en sillas en los palacios. Este honor sólo corresponde á los que tienen derecho á la silla verde, derecho que varía segun la importancia de la poblacion. Así por ejemplo en Pekin, sólo pueden usarla los Ministros nacionales y extranjeros, mientras que en un pueblo de segundo ó tercer órden puede servirse de ella un mandarin de segunda ó tercera clase.

Para ir de nuestra casa al Yamen del virey situado al otro lado del rio, tuvimos que atravesar casi toda la ciudad china, que aunque fuera limpia parecería sucia, por ser de barro sus casas, y estrechas, tortuosas y sin empedrar sus calles, si este nombre se puede dar á inmundos pasadizos, de una suciedad sin igual, desnivelados, tanto porque nunca se intentó lo contrario, como por los montones de basura que por todas partes se ven, y todavía podría darse por contento el transeunte si la porquería estuviera hacinada en montones, que si tal forma cogieron al caer de los canastos que donde quiera los depositan, los ganchos de los traperes y las excavaciones de los estercoleros se encargan de extenderlos; y si esto no bastase, vienen en su auxilio los perros, los cerdos y las gallinas. A las inmundicias depositadas en grande y en pequeño, pues los chinos, sea porque no conocen en esto el pudor, sea porque saben que ninguna mujer regular los ha de ver, no eligen sitio cuando la necesidad llega; debe añadirse cierta lóbreguez en sus angostas calles, producida por la prolongacion de los aleros de los tejados y las muestras, algun gato ó perro muerto, varios lodazales en que se revuelcan ciertos animales, escombros y muros derruidos que nadie levanta, mucha gente, casi desnuda en verano, de cuando en cuando algun pordiosero, completamente desnudo la mayor parte de las veces, cubierto de llagas

y de una miseria tan repugnante que sólo se puede comprender habiendo habitado en China; un polvo capaz de nublar el sol ó un barro que hace el tránsito á pié imposible para un europeo, y se tendrá una idea bastante aproximada de la ciudad donde tuvieron lugar las matanzas de extranjeros en 1870, cuya relacion haré en mi próxima carta.

Durante el camino nos vino contando el Sr. Detrin los detalles de una ceremonia á que ningun europeo le es dado asistir y que él había presenciado por ser amigo particular, y muy apreciado de Ly-ong-chang. Eran estos los honores que le habían tributado los generales á sus órdenes, al ir á revistar la fortaleza de Takú. Despues de pasar en revista á todas las tropas, pasó á una habitacion donde había preparado una especie de trono; cubrióse el virey de un manto real, y despues de decir al director de Aduanas que pasase á una pieza inmediata, desde la que podría ver todo sin ser visto, sentóse indolentemente en el trono y dió principio lo que pudiéramos llamar besamanos. Los generales iban entrando por turno y arrodillándose á los piés de Ly-on-chang, quien conociendo personalmente á cada uno, les dirigía la palabra y conversaba con ellos permaneciendo los generales prosternados hasta que el virey tenía á bien interrumpir el coloquio.

Son tan rigoristas los chinos en estas cuestiones de etiqueta, que ni por el más amigo se accede nunca á la más pequeña infraccion, como lo prueba el caso siguiente:

Un general, cuyo nombre no recuerdo, gran escritor, y muy querido del difunto emperador, vino á Peking con objeto de ser recibido en audiencia por su soberano, quien deseaba felicitarle por una obra de mérito que había terminado. Apénas llegado á Peking, cayó el general gravemente enfermo, y no fué sino durante su convalecencia cuando pudo ir á palacio. Recibióle afectuosamente el monarca, y estuvo hablando con el todavía enfermo más de tres horas, que debieronle parecer siglos, pues tuvo que mantenerse de rodillas todo este tiempo. Al levantarse para marchar, sea por debilidad ó porque su túnica se enredaba con las botas, volvió el general á caer de rodillas contraviniendo así á la etiqueta, á los piés de su señor, á quien dirigieron la mirada los allí pre-

sentes, curiosos sin duda, por ver si en este caso se infringía la ley, á la par que pedían con ella indulgencia. A pesar de todas estas circunstancias, se oyó inmediatamente la voz del emperador que fríamente decía «cúmplase la ordenanza» y en efecto fué condenado, sin que bastaran para obtener su perdón, ni sus prolongados servicios, ni su avanzada edad, ni la obra que había terminado, ni aún siquiera la consideración de la debilidad natural en un convaleciente, ya que la amistad y afecto de su emperador no entraran en la balanza.

EMILIO DEL PEROJO.

Pekin y Enero 1879.





LAS CAUSAS DE LO BELLO

SEGUN LOS PRINCIPIOS

DE SANTO TOMAS

VIII.

FACULTAD ESTÉTICA.

SUMARIO.

1. La facultad estética es el complejo de las facultades cognoscitivas.—
2. Inutilidad de invocar otra facultad.—3. Consiste en el perfeccionamiento de aquéllas.—4. De aquí nace primero simpatía proporcionada á la simetría externa.—5. Análisis de esta simetría en la música.—
6. Proporciones entre la fibra sonora y la fibra sensible.—7. Idem entre una composición musical y el hombre que la escucha.—8. Facultad de sentir y reproducir lo Bello.—9. Del perfeccionamiento arriba dicho nace en segundo lugar la facultad de reproducir la Belleza.—10. Esta reproducción se obtiene mediante la reflexión sobre la analogía.—11. A la cual debe unirse la erudición, la velocidad y el criterio.—12. En qué sentido el arte sea imitativo.—13. Se vitupera la pedantería y la licencia en la educación del artista.—14. La imitación de los grandes maestros debe servir de guía en la imitación de la naturaleza.—15. Necesidad de ejercicio.—16. Se da una Belleza *per se*.—17. Sus caracteres é indicios.—18. Aplicaciones: Apolo y Hércules.—19. Artes cristianas —20. Influencia que ejercieron sobre Alfieri.—21. Idem sobre los protestantes americanos.—22. Consecuencias.—23. Razon natural de la Belleza corpórea.—24. Fecundidad de la naturaleza en la esfera de lo Bello.—
25. Cuán varia sea en las diferentes naciones.



LA FACULTAD ESTÉTICA ES EL COMPLEJO DE LAS FACULTADES COGNOSCITIVAS.—No faltan ciertamente entre los que tratan de la materia que nos ocupa, quienes para contemplar lo Bello forman una facultad especial realmente distinta de las otras, como algunos también creen necesario regalar al hombre, para que éste pueda obrar moralmente, lo que han dado en llamar *sentido moral*,

distinguiéndolo de la razón', de la inteligencia, de la voluntad, etc. Mas, si hemos de hablar con franqueza, esta manía de querer introducir una nueva facultad para cada una de las operaciones, nos parece más cómoda que filosófica; porque el verdadero filósofo no debe poner en escena nuevas causas cuando las ya conocidas bastan para explicar los varios modos de operación respecto á un mismo objeto.

Ahora bien, de todo lo dicho hasta este punto de nuestra cuestión, habrá podido comprender el lector, que no sólo las facultades cognoscitivas pueden por sí solas dar plena razón del sentimiento de la belleza, puesto que este nombre se da á aquello en que reposa ó halla placer la vista, ó sea la facultad cognoscitiva, sino que también repugna dar á la belleza sentido diverso del que es propio de las mencionadas facultades.

2. INUTILIDAD DE INVOCAR OTRA FACULTAD.—Y en realidad de verdad, ¿quién no ve la superfluidad, decimos mal, el absurdo que hay en pretender que una tendencia cualquiera que se mueve hácia un objeto, necesite de otra facultad para reposar en él cuando llega á su término? El ojo tiende al color, y tanto más, cuanto más límpido y esplendente sea éste; ¿qué otra facultad se necesita para que la vista se deleite en estos esplendores de las tintas cuando topa con ellas? La inteligencia está ávida de abrazar con su mirada un amplio sistema de bien coordinados y evidentes teoremas; presentádselos, pues, y á semejanza de Arquímedes quedará extática al contemplarlos, sin que una facultad, que podríamos llamar parásita, venga á advertirla que aquel *orden es bello*.

3. CONSISTE EN EL PERFECCIONAMIENTO DE AQUÉLLAS.—Luégo la facultad estética no puede ser *realmente* diversa de la facultad contemplativa.

Sin embargo, bien podrá hallarse, lógicamente hablando, diversidad entre el ojo estético y el tosco y vulgar, así como puede haber diversidad entre una cuerda y una flauta entonada y una cuerda y una flauta desentonada. En uno y otro caso, tendremos que existe la facultad de sonar, mas cuando el cañon de la flauta sea perfectamente cilíndrico, sus respiraderos estén perfectamente coordinados, sus llaves muy dispuestas á cerrarse bien, etc., dará sonidos agradables, mién-

tras que, faltando estas condiciones, los sonidos serán más ó ménos desagradables. Del mismo modo la facultad cognoscitiva, sea cual fuere, más ó ménos orgánica, más ó ménos intelectual, tiende á producir con satisfaccion el acto del conocimiento á presencia del objeto que le es proporcionado; pero si las proporciones de la facultad y de su correspondiente órgano están en perfecta conformidad con las leyes del orden universal, hallará reposo en lo verdaderamente Bello, es decir, en los objetos que representan este orden, así como por el contrario, si sus proporciones son disonantes para ese orden, la facultad no hallará reposo en los objetos perfectamente ordenados, mientras sí lo hallará en otros objetos á que falta alguna de las debidas proporciones.

De esto, á ser verdadera la observacion, podrá hallarse una prueba, ó al ménos un símbolo, en aquel hecho fisiológico de que en otra parte hemos hecho mencion, observado por Jobard, segun el cual, la razon porque una persona siente la belleza de la música y otra huye de ella ó la desprecia, está en la perfecta ó imperfecta consonancia de los dos tímpanos fabricados por la naturaleza en los dos aparatos auditivos de cada hombre. ¿Dónde reside en este caso el sentido estético? En el órgano del oido. ¿Y el que está falto de oido musical, ha de estar por ende sordo? De ninguna manera, sino que en su oido solamente faltan las debidas proporciones.

Aplicad, os ruego, teoría semejante á todas las otras facultades cognoscitivas y vereis primero que el sentido estético reside en la debida proporcion de todas estas facultades, y comprendereis, en segundo lugar, la razon por que una persona puede estar dotada de sentido estético en un arte y ser del todo insensible para las otras, pudiéndose, por consiguiente, darse la union de una vista perfecta con un oido tardo, y una fibra de la fantasía apta para recibir imágenes é inepta para repetir sonidos.

4. DE AQUÍ NACE PRIMERO SIMPATÍA PROPORCIONADA Á LA SIMETRÍA EXTERNA.—Ahora bien, ¿cómo llamaremos á esta exactitud de proporciones para las cuales nuestro sensorio se halla en armonía con las impresiones del orden universal y responde á él con todo género de suavidad?

El esclarecido Buchez, ántes mencionado, la denomina, y á nuestro juicio con bastante exactitud, *simpatía*, dote que los fisiólogos y los físicos observan de consuno difundida en toda la inmensidad de la naturaleza viviente, y que no es otra cosa en sustancia, sino una forma especial de la correspondencia general de las partes en el orden universal; correspondencia que en la materia inerte se llama *simetría* y en el mundo viviente *simpatía*; correspondencia, en fin, que, como al principio notamos, debe necesariamente resultar en el universo, no sólo en cada uno de los dos órdenes parciales (material y espiritual) de que aquél se compone, sino también en las entrelazadas relaciones de un orden con otro.

A medida, pues, que el alma esté bien ordenada para informar los propios miembros y que el cuerpo informado por un alma bella corresponda por consiguiente al orden universal con sus proporciones; así también todas sus respectivas facultades simpáticamente reposan en las partes correspondientes de aquel orden, y esta inclinación simpática á reposar en ellas es el sentimiento estético, el sentimiento de la belleza, sentimiento, que, como podrá bien observar el lector, ha de encontrarse más ó menos en todo sér cognoscitivo, siendo moralmente imposible en este ordenadísimo universo dar con una criatura que no tenga muchas partes proporcionadas, aunque supongamos que existan en ella otras defectuosas ó monstruosas.

5. ANÁLISIS DE ESTA SIMETRÍA EN LA MÚSICA. — Pero para que mejor se comprenda esta simetría y simpatía, suplicarémos al lector observe con nosotros que, contemplándose toda belleza por órgano compuesto de dos principios, uno material y otro vital, debe también entrañar dos elementos á aquéllos proporcionados.

En la parte vital del senciente se produce ó simpatía ó antipatía, mientras que en la parte material se producen movimientos (1) ya alícuotos ya discordes, lo cual puede principal-

(1) Tomamos aquí la palabra *movimiento* en sentido latísimo, y hoy día casi metafórico, comprendiendo en ella cualquier mutación de las substancias creadas.

mente observarse en la música, en la cual los estudios de los físicos han podido penetrar bien adentro á causa de la gran facilidad para contar y parangonar las vibraciones de los cuerpos sonoros.

Véanse aquí claramente tres especies de proporciones requeridas para la belleza material de los sonidos, á saber: 1.^a, la proporción entre la materia del cuerpo sonoro y la del nervio acústico, de donde nace sea diversa la belleza del sonido en los instrumentos de viento y en los de cuerda, y la del sonido del arco cuando con él se percuten, ó, si es lícita la frase, cuando se pellizcan las cuerdas; 2.^a la proporción entre los movimientos del cuerpo sonoro, y los movimientos correspondientes de la fibra viviente, de donde nace, que, faltando esta proporción, las vibraciones del cuerpo sonoro, irán á dar contra las vibraciones sensitivas, y se cruzarán desagradablemente con ellas; 3.^a finalmente, en la multiplicidad de los sonidos, ó contemporáneos ó sucesivos, su proporción relativa, de la que depende su consonancia ó disonancia, es á saber, lo que suele llamarse *proporción armónica de los sonidos*, de cuya ausencia nace choque y confusión en las vibraciones relativas de los mismos sonidos.

Empero como la proporción de que acabamos de hablar será quizá poco accesible á muchos de nuestros lectores, dejaremos que los que deseen más pormenores, acudan á la obra de Majocchi, dada á luz con el título de *ELEMENTI DI FISICA* (1) ó á la palabra *Harmonique* en la obra francesa de Montferrier conocida con el nombre de *DICTIONNAIRE DES SCIENCES MATHÉMATIQUES*, en la cual se establece en ecuación la ley fundamental de la armonía. Allí observará el lector que la coincidencia de las vibraciones constituye la consonancia de los sonidos, y que tanto más agradable es la unión de dos sonidos, cuanto más sensible es la relación entre el número de sus vibraciones.

6. PROPORCIONES ENTRE LA FIBRA SONORA Y LA FIBRA SENSIBLE.—Hay, pues, triple proporción material entre la fibra sonora y la fibra sensible, entre los movimientos de aquélla y

(1) Vol. 1, pág. 586 y siguientes.—Torino, Pomba, 1856.

los de ésta, y entre lós movimientos sucesivos ó contemporáneos con que se producen ó son acompañados muchos sonidos; proporcion que, cuando llega á ser perfecta, suministra al principio vital un elemento simpático, del cual aquél saca la sensacion del placer.

Adviértase tambien, que, existiendo en este placer, como en otro lugar se dijo, trabajo de las fibras que á largo andar llegan á cansarse, éstas requieren de cuando en cuando reposo y lo obtienen, ya de la variedad producida por la disonancia, ya de la inercia producida por el silencio.

Las disonancias son un excitante, un amargo, digámoslo así, que vuelve á dar temple á la fibra para que mejor saboree la dulzura sucesiva, y las pausas son como el reposo total, una especie de sonido en que suspende la fibra todo ejercicio.

7. IDEM ENTRE UNA COMPOSICION MUSICAL Y EL HOMBRE QUE LA ESCUCHA.—Adviértase por otra parte, que como el sensorio es parte del hombre, así tambien lo es el sonido para el artista de una composicion musical cualquiera. De donde, así como la belleza de los sonidos exige isocronismo entre las vibraciones sonoras y las vibraciones orgánicas, así la belleza de un trozo de música exige proporcion rítmica entre la cadencia de los sonidos y los movimientos maquinales de la persona, en los que, como nadie ignora, es muy natural la proporcion, segun se tiene continua y evidente experiencia en la constancia del paso militar y la inclinacion á la danza acompasada.

Ahora bien, si en todo hombre existe esta tendencia á las proporciones numéricas entre movimientos y tiempos, claro es que una música que violase estas proporciones produciría naturalmente antipática repugnancia en todo el organismo de quien se viese obligado á escucharla.

De aquí nacen precisamente las leyes del ritmo musical, de aquí la variedad de los movimientos, de aquí, en fin, la relacion ya del ritmo, ya del movimiento con los afectos que pretendamos imitar ó excitar.

8. FACULTAD DE SENTIR Y REPRODUCIR LO BELLO.—De estas proporciones materiales y de las proporciones simpáticas que á ellas corresponden, resultan en el artista dos facultades;

facultad de sentir lo Bello y facultad de conmover á otros reproduciéndolo.

La primera de estas dos facultades, depende principalmente de la proporcionadísima perfeccion de las facultades aprensivas con los objetos externos: la segunda, añade á la anterior una reflexion sobre los movimientos internos, mediante cuya observacion se llega poco á poco á comprender cuáles sean los caractéres que producen los movimientos simpáticos en el humano corazon, llegando á adquirirse hábito y destreza para reproducirlos.

En efecto, cuando por primera vez llega á nosotros un canto de ternura ó de dolor, tanto el oido como el afecto, queda, indeliberadamente y aún sin daros el tiempo necesario para advertir internamente vuestra conmocion, penetrados y conmovidos. Empero, pasado el éxtasis, rebuscando en nuestro ánimo las impresiones, recordando sus causas en todas y cada una de aquellas notas, comprendemos que la dulzura de la impresion orgánica nace de la cualidad de aquellos instrumentos, del acompañamiento, por ejemplo, de los de viento con los de cuerda; que aquel oboe acompañado por violin y violonchelo, modulando sobre una tercera menor, nos trajo una involuntaria lágrima á la pupila.

Esta observacion fijó el precepto, y en adelante ya sabremos cómo excitar en otros aquel mismo sentimiento que aquellas flebiles notas habían arrancado de lo más profundo de nuestro corazon.

Ahora podrá saberse por qué los artistas noveles estudian con fruto las obras de los grandes maestros, especialmente cuando se trata de la música vocal, imaginándose primeramente por medio de las palabras y con la direccion del profesor cuáles debieron ser los sentimientos que el autor quiso expresar, y considerando despues en cada una de las partes qué medios puso él en práctica, como por ejemplo, cuál es el movimiento de toda la pieza, cuál el tiempo, cuáles las frases musicales en que aquélla se divide, cómo entrelazó los papeles de los diversos instrumentos, cómo manejó las melodías, los acordes, etc., y cómo, en fin, con tantos medios obtuvo su objeto.

Lo que hemos dicho de la simpatía musical, debe aplicarse por entero á la simpatía pictórica. EL ECCE HOMO de Guido excita en quien lo mira un sentimiento simpático de dolor sublime; el de Rubens nos presenta el dolor, pero menos sublime, menos divinizado; y la piedad de Curacci supo expresar otra especie de dolor mezclado á la vez de inmensa ternura.

Estas primeras impresiones son las que nos asaltan apenas nos vemos delante de aquellos lienzos parlantes; pero el mismo efecto que sentimos al contemplarlos, imprime en la fantasía de tal modo las respectivas imágenes, que siempre que queramos nos será fácil repetir las impresiones y conducirnos á la reflexion, que nos enseña cuáles sean los rasgos de aquellas fisonomías que encantaron nuestros ojos, que excitan simpáticamente el dolor, que subliman y casi divinizan su idea, y, estudiando las líneas, los gestos, las tintas aprendemos á repetir todas estas cosas, á transformarlas, á combinarlas, en fin, de tal modo que se produzca en otros el mismísimo efecto ántes en nosotros producido.

Por esta razon leemos en las historias, que actores y oradores de nombradía, ántes de representar sus papeles ó pronunciar sus discursos, hacían repetidos ensayos delante del espejo, considerando muy detenidamente las impresiones producidas por sus propias imágenes al tomar tal ó cual actitud, ó poner en juego otro cualquier gesto del rostro ó de toda la persona, seguros de que excitarían en los otros aquellos mismos sentimientos que en sí mismos experimentaban.

Como veis, el primer sentimiento nace de la bien proporcionada conformacion de los órganos y de la simpática virtud que les da vida; mas el hallar en aquellas líneas, en aquellos sonidos las causas del sentimiento, nace de la perspicacia de la reflexiva investigacion, no menos que del buen criterio al observar los resultados que le son propios.

3. DEL PERFECCIONAMIENTO ARRIBA DICHO NACE EN SEGUNDO LUGAR LA FACULTAD DE REPRODUCIR LA BELLEZA.—Mas esta simpatía hace relacion á la impresion de las cosas sensibles sobre las facultades sensitivas. Ahora bien, tales impresiones no son más que un principio rudimental de la Belleza, la cual,

como en otro lugar dijimos, no puede ser objeto digno de la contemplación humana si no asciende á la representación de una verdad inteligible.

Por consiguiente, la facultad estética deberá ser perfección, no sólo del órgano sensorio y de la fantasía imaginativa, sino también de la facultad intelectual, haciéndola apta para una cierta intuición espontánea para aprehender con gran presteza las proporciones que median entre conceptos inteligibles é imágenes sensibles, en cuyo parangón siempre saldrá deslucido quien no posea justísimos principios, con que filosofar sobre las ideas, y poderosa imaginación unida á vasta erudición para recoger de todos los ángulos del mundo los necesarios emblemas.

Sin recta filosofía sería imposible verificar la comparación de la idea con las imágenes, estando basada esta comparación en abstracciones muy espirituales. Así, para dar un ejemplo muy fácil, ¿cómo podríais pronunciar aquella metáfora *rectitud de voluntad*, si no comprendéis que la esencia de la *rectitud* reside en la *constante* dirección de un movimiento que jamás diverge de la meta; y que entonces la *voluntad* es honesta cuando *dirige constantemente* sus movimientos á su verdadero fin sin declinar jamás á la diestra ó á la siniestra?

Sin estas dos ideas metafísicas de lo *Recto* no hay razón para dar el epíteto de recta á la voluntad, no pudiendo comprenderse de qué manera puede hallarse rectitud fuera de la materia.

Esta facultad y prontitud de entrever las proporciones existentes entre el mundo material y el mundo inteligible se producen en el filósofo por medio del análisis ontológico más perspicaz y se adquiere con lento y grave meditar.

Empero, aunque mucho pueda ayudar el estudio del artista, éste deberá espontánea y muy principalmente ver los relámpagos procedentes de la vivacidad del ingenio; puesto que, sólo cumplida esta condición, puede llamarse aquélla perfeccionamiento del entendimiento y facultad verdaderamente estética.

IO. ESTA REPRODUCCION SE OBTIENE MEDIANTE LA REFLEXION

SOBRE LA ANALOGÍA.—Nos ocurre preguntar: ¿esta facultad podría acaso ser ejercitada sin la existencia de la materia en que contempla las imágenes abstrayendo de ella las ideas, y parangonándolas con las universales ya conocidas? Desde luego se ve ser necesaria copia de tipos imaginarios, en los cuales puedan hallar los conceptos filosóficos proporcionado ejemplar; se necesita fantasía que corra presto en busca de ellos; se necesita, en fin, agudeza de criterio que columbre al instante los puntos ensamblados para confrontarlos. El que está en posesión de semejante facultad topa en todas partes con imágenes sensibles que reproducen los conceptos espirituales; la historia le suministra ejemplos, símbolos la mitología y la naturaleza emblemas; el sentido del animal da imagen de la inteligencia; la simpatía parece remedar la sensación en la planta; la atracción da vida á los seres no vivientes; las fuerzas magnéticas dan actividad á la inercia de la piedra; todas las criaturas, marcadas con el sello de la omnipotencia creadora, nos presentan puntos de contacto, haciendo que una sea imagen de la otra, como todas lo son de la causa ó idea creadora.

Solamente se necesita una mente, en sí misma y en sus órganos bien proporcionada, que sepa entrever estas semejanzas del mundo moral con el mundo material y encontrar de este modo en el segundo las imágenes que representen al primero.

II. A LA CUAL DEBE UNIRSE LA ERUDICION, LA VELOCIDAD Y EL CRITERIO.—Las justas proporciones de todas las facultades cognoscitivas con el mundo sensible é inteligible constituyen, por lo tanto, lo que ha dado en llamarse *sentimiento estético*, produciendo en ellas simpática correspondencia con cuanto aparece en justo orden en el universo, mientras que la reflexión sobre estos movimientos simpáticos engendra el arte que enseña á reproducirlos.

Hé aquí por qué el arte es esencialmente imitador en el mismo acto en que puede llamarse creador.

Es creador, porque intenta expresar un concepto propio suyo; y es imitador, porque debe buscar en la naturaleza la imagen análoga y representarla de tal modo en la materia por

él trabajada, que haga resplandecer en ella á los ojos de la inteligencia el concepto.

Y puesto que para que esto último se consiga es necesaria la belleza que atrae las miradas, y esta belleza debe extraerse, digámoslo así, de la naturaleza, necesitamos por consiguiente echar mano de la imitación.

Empero esta imitación no debe ser servil; porque no siendo todas las naturalezas bellas á los ojos del hombre, se necesita elección, deliberación, y la mera imitación podría darnos algo contrario á la verdadera belleza.

La fidelidad de la imagen respecto al tipo sensible constituye la belleza material: la eficacia de aquella imagen para reproducir el concepto, constituye la belleza que más propiamente puede llamarse artística.

12. EN QUÉ SENTIDO EL ARTE SEA IMITATIVO. — De lo que hemos dicho acerca de las dotes que forman al artista, comprenderá el lector con cuánta sabiduría los mejores filósofos y maestros han reprobado siempre, tanto cuando se trata de otros géneros de educación como cuando se trata de la formación de los artistas, la exclusiva rigidez de ciertos teóricos, entre los cuales unos pretenden dejar á la naturaleza todo pensamiento de educarlos, mientras otros, esperándolo todo de las instituciones, querrían encadenar la naturaleza toda.

De lo poco que sobre la materia hemos dicho podrá el lector comprender que tanto una como otra doctrina es de todo punto inadmisibles.

En realidad de verdad, por una parte es imposible transformar en artista al que no obtuvo de la naturaleza justas proporciones y fibras simpáticas para sentir, agudeza de observación y criterio en el determinar las causas de las imágenes y de los afectos, y finalmente valor de mano para trabajar en la materia la imitación de las causas que deben reproducir imágenes y movimientos.

Empero, de ser necesaria la predisposición natural ¿puede inferirse que sea superflua la instrucción? Habría que ignorar completamente la historia de todo humano progreso para llegar á tal consecuencia, puesto que no hay ningún ramo de

aquél que no presuponga el trabajo tradicional de las pasadas generaciones.

Ahora bien, si es necesaria la instrucción para una sociedad entera, si sería absurdo y ridículo decir que el siglo XIX poseería vapores y fotógrafos, electromotores y telégrafos eléctricos, aunque no hubiese heredado del siglo precedente la electricidad de Beccaria y de Galvani, la química de Lavoisier y de Fourcroy, las matemáticas de Euler y de Lagrange, etc., mucho más absurdo es decir que el ingenio de un hombre abandonado á sí mismo sea capaz de ensalzarlo al ápice del arte á que llegaría ayudado por las tradiciones de sus mayores y por el magisterio de los peritos.

Justamente, pues, porque tan absurda sería esta doctrina, nadie podrá sostenerla en toda su plenitud y mucho menos actuarla en la ejecución, puesto que en definitiva no existe artista alguno que no sienta las influencias de la atmósfera en que vive, aún cuando afecte repudiar el ejemplo de los maestros.

13. SE VITUPERA LA PEDANTERÍA Y LA LICENCIA EN LA EDUCACION DEL ARTISTA.—Por esto con mucha razón, tanto Ranali como Venanzio, infieren la necesidad que tiene el arte de estudiar á los grandes maestros, sin abandonar el estudio de la naturaleza, pudiendo ver el lector la lógica de este precepto con sólo tener presente lo anteriormente por nosotros dicho.

Dado solamente que el arte deba reproducir *las bellezas de la naturaleza*; dado que en los objetos naturales no todo sea belleza con respecto al hombre; dado que las representaciones artísticas de lo Bello deban exhibirlo al ojo humano; deberemos deducir ser necesaria elección entre los objetos que deben ser reproducidos.

Ahora bien: ¿quién nos servirá de guía en esta elección? Ciertamente ha de serlo el criterio del artista. Pero este criterio, al par que toda otra facultad humana que reciba de la naturaleza la forma rudimental, necesita asimismo de un guía que lo perfeccione. Y ¿quién mejor podrá guiar en la formación del criterio que aquellos sumos maestros que entre todas las bellezas supieron elegir con tanto tino que lograron conquistarse la admiración de todos los pueblos y de todas las generaciones?

Empero la direccion de aquellas eminencias no ha de dispensarnos de que sigamos á la naturaleza, y cuando el discípulo haya aprendido con el ejemplo de sus maestros dónde se encuentra la mina del oro por ellos bruñido, á sus filones deberá acorrer si quiere adquirir riqueza propia y no pedir á otros á título de préstamo la moneda que hubiere menester.

14. LA IMITACION DE LOS GRANDES MAESTROS DEBE SERVIR DE GUIA EN LA IMITACION DE LA NATURALEZA.—Y así como es necesario el magisterio, así tambien en las artes es necesario el *ejercicio*, como que éste ayuda igualmente tanto á la parte espiritual como á la sensitiva y á la material.

El espíritu no adquiere sin ejercicio clara comprension de los conceptos que debe representar; la simpatía no adquiere hábito de discernir ciertos delineamientos más delicados de aquel placer simpático producido por impresiones bien proporcionadas; el mismo órgano material, segun observa Morel y confirma Buchez en su curioso tratado de filosofía que mejor debería llamarse *fisiología* (1), el mismo órgano material, decimos, adquiere, mediante el ejercicio, amplitud y robustez tal que lo habilita para producir efectos que sobrepujan con hartura á su nativa condicion.

15. NECESIDAD DE EJERCICIO.—Mas todos estos medios deben mirar á un fin, es decir, á reproducir la verdadera Belleza, y justamente por esto se necesita una *buena* instruccion, pudiendo ser que una instruccion defectuosa llegue á alterar el ingenio artístico.

(1) «L'ouvrage de Morel, cité précédemment, établit également comme principe que la répétition d'un même effet mélodique, plus généralement, que l'imitation et par conséquent l'habitude, est aussi une source de plaisir.

»Le même auteur donne encore pour l'éclaircissement des questions qui nous occupent, des détails physiologiques auxquels on ne saurait prêter trop d'attention; ainsi, d'après lui, la perception nette d'un son ou d'une série de sons coordonnés exige une certaine préparation de l'oreille, une certaine tension préalable et convenablement appropriée, des membranes de l'organe auditif. D'où il résulte qu'une phrase musicale, qu'une suite mélodique ou un ensemble harmonique que l'on n'a jamais perçu, auquel on ne s'attend point, quand'il ne produit pas une sensation désagréable, ne saurait du moins occasioner tout le plaisir qu'est apte à produire son audition répétée.» (REVISTA DE ARQUEOLOGÍA, 15 Febb. 1858, p. 671-72).

Consecuencia es esta también de todo lo que antecede, puesto que, habiendo ya demostrado que gran parte del sentimiento estético se forma en los sujetos naturalmente predispuestos, infundiendo la verdad en los entendimientos, adiestrando á la simpatía á gustar lo Bello en sus tintas más delicadas, y robusteciendo, en fin, los músculos que favorecen la observación y la ejecución, claramente se ve que la viciada dirección de estos tres elementos puede formar hábitos contrarios á la Belleza verdadera, como se forman las otras malas costumbres contra la natural higiene, contra las afecciones domésticas, contra la probidad moral, etc.

Esto puede darnos razón de las rarezas que nos llaman la atención en algunas poblaciones, ya toscas, ya corrompidas, en las cuales pasan por tipos de belleza cosas y personas que en todas las demás partes del mundo se tienen por verdaderas monstruosidades.

Pongamos algunos ejemplos.

Entre los botogutos y muzzulanes pasa por belleza el colgar del cartílago inferior de la oreja estirada y forzada con pesadas arracadas á tocar los mismos hombros. Para los chinos es bella la mujer cuando no puede regirse por sus raquíuticos piececillos por fuerza estropeados. Hay salvajes que llevan el cuerpo abigarrado con todos los colores de una paleta. Otros, en fin, hienden con ingenioso artificio el labio inferior por donde va asquerosamente corriendo la baba.

Estas y semejantes monstruosidades, de que no hay necesidad de aducir nuevos ejemplos, ¿cómo pudieron ser tenidas por bellezas entre tribus enteras?

Ya lo hemos dicho: el hábito y el ejercicio tienen gran parte en el sentimiento estético, y pueden hasta cierto punto alterar los juicios que á él se refieren.

16. SE DA UNA BELLEZA PER SE.—¿No podría, sin embargo, suceder que fuese el europeo el que yerra cuando llama deformidades á las que son bellezas para el salvaje? En otros términos que reduzcan el problema á toda su generalidad, ¿podemos decir que en la naturaleza existe un tipo absoluto de belleza? Y si lo hay, ¿por qué caracteres podremos reconocerlo?

También hemos resuelto ya este problema con la teoría escolástica.

En efecto, si lo Bello no es otra cosa que el objeto en que reposa la intuición humana; si la intuición humana abarca todas las facultades cognoscitivas desde la ínfima del órgano externo hasta la suprema del entendimiento; si esta suprema facultad posee ciertos principios eternos é inmutables, ciertos deberes y derechos absolutos á que todo lo demás se subordina; necesario es, por consiguiente, que exista para las facultades cognoscitivas un elemento constante, cuya omisión ó violación arguya en la obra verdadera esencial deformidad, de suerte que quien en ella viese una belleza exhibiese por ende ante la humana razón y la verdad inmortal el vicio de la facultad correspondiente.

A más de este elemento, como los órganos sensorios tienen ciertas proporciones con sus respectivos objetos, según arriba se dijo, y las imágenes fantásticas poseen relaciones con las ideas inteligibles, según ántes también explicamos; y como estas proporciones tienen fundamento en la naturaleza, también de estos elementos inferiores se puede deducir en muchos casos razón para distinguir la belleza *verdadera* de la *facticia* ó *ficticia*.

Así, por vía de ejemplo, el pié de la china no puede ser bello, porque se convierte en inútil para el fin; deforme es el labio hendido, porque es inepto para contener lo que la naturaleza quiso dejar encerrado en la boca; deforme es, en fin, el cuerpo abigarrado, puesto que los colores artificiales ocultan los naturales con que representa la naturaleza la salud y el sentimiento.

Y puesto que siendo la naturaleza, como decían los escolásticos, universal en todos, en la pluralidad debe ser también verídica, ya que el indicio externo de la verdadera belleza, como de cualquier otro efecto de la naturaleza, es su universalidad, aunque este vocablo se tome en toda su amplitud, no sólo de lugar sino de tiempo, no sólo de naciones sino de individuos.

Con esto hemos asignado los caracteres é indicios de la verdadera belleza.

17. SUS CARACTÉRES É INDICIOS.—En efecto, tomad la que más os plazca de esas bellezas artísticas que desde muchos siglos atrás vienen llamando á Roma la inmensa turba de espectadores que diariamente se extasían ante ellas, y en todos sus detalles echareis desde luégo de ver una verdad de concepto, un estro de fantasía, una copia de expresiones, una material perfección de medios que cada una de esas bellezas será suficiente para absorber á todo el hombre cognoscitivo.

18. APLICACIONES: APOLO Y HÉRCULES.—Echemos, por ejemplo, una ojeada al Apolo de Belvedere. Habla á la mente y recuerda el hecho de la victoria contra Piton; habla á la fantasía y le muestra en aquella fisonomía la majestad del númen, el enojo resolutivo, pero tranquilo; en aquel movimiento el último golpe del divino arco habla á los sentidos, y en las esbeltas proporciones de las formas, en la morbidez de los músculos presenta cuanto de más atractivo tiene la beldad y juventud del cuerpo humano.

Por otra parte, toda esta belleza está fundada en la belleza material del cuerpo humano y en la mentira mitológica, que habiendo hoy perdido todo crédito, quita á aquel estupendo mármol la mejor parte de su gallardía estética. Porque en efecto, ¿qué diferencia no existe entre la ardiente pasión de la antigüedad y la fría admiración de quien hoy recoge el homenaje y entusiasmo de aquellos necios que en otro tiempo doblaban sus rodillas ante el ídolo?

Lo que acabamos de decir de Apolo puede aplicarse también á aquella obra maestra, el Hércules Farnesio, último esfuerzo del arte griego.

La idea que había de expresarse era una robustez atlética unida á toda la nobleza del heroísmo, caractéres dominantes en el terrible hijo de Alcmena.

Para la manifestación de este doble concepto, parece que el artista recurre á una excepción en las formas, representándonos un sér harto extraordinario entre los hombres, y sobre miembros taurinos en que reside la idea de la fuerza, levanta una cabeza y un rostro cuya elegancia y gentileza choca, por no decir es discordante, ante aquella corpulencia atlética. La cabeza, en una palabra, revela al semidios, el cuerpo al atleta.

Expresado así en la imagen el doble tipo del concepto, la fantasía del artífice fué buscando en sus recuerdos mitológicos la clava, la piel nemea, las manzanas de las Espéridas para mejor encerrar en el concepto, cuanto interese al espectador y para hacer que la vista de la estatua atraiga no sólo los ojos del cuerpo sino los de la contemplacion; añadió por fin el artista toda la perfeccion de las formas y los últimos ápices de la obra.

19. ARTES CRISTIANAS. — Pasemos á la Pinacoteca y contemplemos la portentosa transfiguracion. Aquí el hecho es pura verdad; en los personajes todo es portentoso, y en la persona de Cristo transfigurado oís hablar á la fe del de Urbino, que en aquellas facciones transfundi6, digámoslo así, una divinidad enteramente cristiana, y por lo tanto enteramente celestial.

20. INFLUENCIA QUE EJERCIERON SOBRE ALFIERI. — Esto nos recuerda un dicho que merece ser conservado para honor de Victorio Alfieri, en cuyas palabras demostr6 con vida, sobre los extravíos del filosofismo, el sentimiento cristiano que le había sido inspirado en su juventud. Andaba Fabre, célebre pintor, ó mejor dicho, colorista frances, puesto que ni tuvo invencion ni expresion; andaba, decimos, rumiando la idea de un crucifijo que tenía encargo de pintar. Habló de ello con Alfieri, á quien trataba familiarmente en casa de la condesa de Albany, y: «¿Sabeis, le dijo, lo que he pensado? Pues ni más ni ménos que tomar el rostro del Apolo de Belvedere y poniéndole barba nazarena trocarlo en Cristo crucificado.» Al cual respondi6 el Astiense: «Si eso os sale bien, habreis hecho un Apolo agonizante, pero un Dios Redentor, jamás.»

21. IDEM SOBRE LOS PROTESTANTES AMERICANOS. — Y así es, en verdad.

El concepto cristiano ha colocado á tanta altura á nuestros grandes artífices y hace tan penetrante la mirada de los espectadores, que un bello cuadro puede transformarse en todo un sermon, y una sala académica en el recinto en que exhorta á las muchedumbres el misionero.

Tenemos buena prueba de esto en aquel lienzo de Murillo que al pueblo de New-York presentaba el misterio de la Concepcion Inmaculada, no ya con conmocion de católicos

sino de protestantes, y que puso en consternacion é hizo palpar á los más fanáticos secuaces de Lutero.

Y ¿de dónde nació tal conmocion? De la viva expresion con que el devoto pintor figuraba en aquella celestial doncella las conmociones de su piedad y hacía vibrar con aquella imágen las cuerdas simpáticas que nunca faltan en las muchedumbres numerosas.

Todo era emblemático en aquel cuadro, porque el misterio no puede expresarse sino por vía de emblemas.

Y sin embargo, ¡cuánta no debía ser la consonancia existente entre la imágen y el dogma en ella figurado! ¡Y cuánta imitacion de perfecta belleza debía haber en aquella imágen para atraer y absorber en éxtasis al ojo positivo del negociante americano, velado por las nieblas de antipatías heterodoxas!

He aquí, lector benévolo, el poder de lo bello, ó lo que es lo mismo, el poder de una imágen sensiblemente bella y que acertadamente ha conseguido transmitir al pensamiento de los que la miran la verdad inteligible.

22. CONSECUENCIAS.—Vemos que lo Bello tiene su razon de ser en la naturaleza, independiente de los gustos particulares y fundada en principios extrínsecos.

De aquí nace la facilidad con que se respondería á quien desease saber qué derecho tengamos para preferir las facciones europeas, y especialmente las griegas, á la roma nariz de los etiofes y á los dientes prominentes bajo sus abultados labios.

La razon de nuestra conducta estriba en la proporcion que debe existir entre el organismo físico de la cabeza y las funciones cognoscitivas de que depende la perfeccion del hombre operativo.

Ahora bien, los estudios fisonómicos y fisiológicos dan hasta ahora gran fundamento para creer que las facciones más favorables á las funciones cerebrales sean aquellas en que la amplitud del ángulo facial es máxima (1).

(1) No intentamos hacernos solidarios de las ideas de Lavater y Gall, puesto que creemos que, si falso es todo sistema que intente legar á los órganos el arbitrio humano, tanto más lo es el que totalmente quisiera

Cuando, pues, el ojo europeo prefiere la Belleza griega á la etiópica, pronuncia una verdad que, presupuesta la verdad fisionómica, nadie puede negar, es decir, que el rostro del griego posee proporciones más *humanas* ó sea más *racionales* que el rostro del etíope.

Por la misma razon será más bello un ojo vivo y brillante, unas cejas moderadamente arqueadas, una cara que revele los afectos, puesto que los rasgos contrarios, ó son indicios de estupidez ó efectos de disimulacion ú otro vicio.

Puesto, además, que aquellas partes del cuerpo humano que más se ejercitan reciben mayor incremento de mole, el proporcionado desenvolvimiento de todos los miembros indicará la regular andanza de toda la vida moral.

Si, por el contrario, se diese notable superioridad á los músculos abdominales, por ejemplo, presentaríamos al espectador un emblema de glotonería desmedida, y, por consiguiente, una fealdad de cuerpo correspondiente á la fealdad del alma.

Como desde luégo se echa de ver, hablamos de fealdad absoluta, cuya verídica imitacion puede convertirse en belleza relativa.

Un tullido es un sér de suyo feo, porque muestra desórden en los miembros que se han hecho inútiles para la locomocion; mas el pintor que por recordar una verdad histórica se ve precisado á representarlo, dará belleza á su trabajo aunque describa al tullido en toda su verdad.

Verdad, pues, de imitacion que hable á los sentidos; verdad de invencion que reuna en las imaginaciones todo lo probable; verdad de expresion que hable en aquéllas á la inteligencia, son los elementos universales y constantes que determinan una belleza natural en la representacion de cualquier figura humana. Si á ésta quereis añadir sus vestiduras, no os será difícil descubrir las leyes segun las cuales deben aquéllas representarse.

librar al alma de toda influencia del organismo. Si aún las funciones animales se ejercen en el hombre en el órgano, aquella parte de conocimiento semejante á los otros animales que en el hombre suministra materia á las facultades intelectivas, debe naturalmente ejercer alguna influencia en el último resultado de estas operaciones complejas.

En efecto, el vestido está destinado, primero y por primitiva institucion del Creador, á la decencia, y segundo, á divisa jerárquica por institucion social. Empero todo esto debe cumplirse en la figura humana, á quien debe dejar libre el movimiento.

Así, pues, la decencia es belleza en el arte como es regla de costumbres (1). Mas no debe la decencia reducir los vestidos á ocultar los movimientos de la persona, sino que debe dejarlos aparecer, ya que en ellos reside, por decirlo así, la accion y la vida del hombre.

Por último, el género de vestidos debe corresponder á la época, á la condicion, á la edad, etc., del personaje representado, á fin de que se exprese plenamente la verdad.

De aquí se ve manifiestamente que ciertas bellezas de moda recibidas por todos, porque son impuestas por aquella tirana, son todo ménos bellezas, puesto que el traje no corresponde ó á la decencia, ó á los miembros, ó á los movimientos, ó á las condiciones de la persona.

Por esta causa, no sin razon en estos últimos años hemos visto recurrir á los artistas europeos á no sabemos cuál de los congresos que anualmente se celebran, á fin de obtener del despotismo del Figurin de Paris algun miramiento y condescendencia con los derechos de las Bellas Artes, reducidas á impotencia para retratar estéticamente personas y hechos de la actual sociedad.

La cabellera, que tanto favorece naturalmente á la belleza, no recibe de la moda formas más estéticas que las de un tonel. Los trajes de hombre ni se ajustan tanto al cuerpo que afecten formas elegantes, ni son tan sueltos y ondulantes que le añadan variedad y majestad.

Con gran razon, pues, juzgaron los artistas, que no pueden renunciar en sus obras á ir en pos de lo Bello, faltar en los trajes modernos los elementos de toda belleza.

23. RAZON NATURAL DE LA BELLEZA CORPÓREA.—Mas si la belleza tiene un tipo universal en la idea que debe representar y en la naturaleza de los elementos con que la representa, no

(1) Véase lo que dice á este propósito Mengs en sus lecciones de pintura.

por esto debemos creer que no exista la estampa, digámoslo así, de la belleza, ni que tenga ya aniquilada en la naturaleza su inexhausta fecundidad.

Cuantas son las relaciones del concepto con la materia, del mundo metafísico con el mundo sensible, tantas son, queremos decir infinitas, las imágenes que pueden representar aquel tipo.

Infinitas dijimos, porque el concepto universal puede indefinidamente aplicarse á todos los conceptos de que forma el género.

Si, pues, quereis expresar la inmensidad, podreis pedir una imagen á las inmensas bóvedas del cielo, á las ilimitadas llanuras del Océano, á las gigantescas moles de los monumentos, á la capacidad de un entendimiento portentoso, á un desierto que se pierde en el horizonte, etc.

La suavidad de los sabores, las caricias de los céfiros, la suavidad de una voz amable, la ternura de un amigo que os abraza, la armonía, la melodía que os encanta, todo esto os suministrará imágenes variadísimas de la bondad.

Decid otro tanto de cualquier otro concepto metafísico; si la esencia de éste es la abstracion y la universalidad, todo el mundo ve que á cada uno de estos conceptos responde un número indefinido de imágenes, á las cuales puede acogerse la fantasía del artista sin violar las bases fundamentales del orden.

24. FECUNDIDAD DE LA NATURALEZA EN LA ESFERA DE LO BELLO.— Lo cual explica cómo en las varias naciones pueda la belleza tomar caracteres totalmente diversos, sin perder por ello la verdad en que se apoya.

La música, por ejemplo, pone á servicio de la inteligencia las artificiosas armonías de los alemanes y las suaves melodías de los italianos, y manejando los primeros estudiosamente el contrapunto, y siguiendo los segundos suavemente el afecto, pueden obtener eficazmente conmociones análogas.

Decid otro tanto de la diversa índole de la arquitectura en las diferentes naciones. Cuando ha satisfecho á las condiciones de uso en la disposicion del edificio, de seguridad en la estática, de digna y decente conveniencia en las proporciones,

que son los constantes postulados del hombre racional, ¿para qué suscitar querellas, si al edificar un templo prefiere el arco agudo al semicírculo, la delicadeza de las molduras á la grandeza, la representación de una misteriosa oscuridad á la expresión de la luz del cielo?

Un pueblo meditabundo y taciturno gustará más de la primera; pero un pueblo alegre y de imaginación preferirá la segunda. Empero uno y otro hallarán en estos emblemas imágenes proporcionadas á la idea de la divinidad que quieren adorar en el templo en cuestión, y tanto más proporcionadas cuanto mejor armonizadas estén con la naturaleza del ojo que debe contemplar.

24. CUÁN VARIA SEA EN LAS DIFERENTES NACIONES.—Por último, en las letras, en la elocuencia, en el ritmo poético; cuánto no deberá influir la índole de la mente, la tradición religiosa, la sensibilidad de la fibra, la movilidad de los afectos, el temple del lenguaje en que se encarnen todos estos elementos!

Ciertamente que el genio de la civilización cristiana, que tiende á formar sobrenaturalmente *un rebaño*, tiende por ende naturalmente á limar, digámoslo así, esa aspereza de caracteres é instituciones que se opone á la cohesión de los elementos de la gran familia humana.

Esto, no obstante cierta diversidad hereditaria, subsistirá siempre y aún en los tiempos en que la unidad de lengua católica parecía debía infundir con la unidad de educación literaria cierta uniformidad de pensar en las personas instruidas, sin embargo, el latín de los alemanes no era el de los italianos, el latín de España no era entendido ni en Francia ni en Inglaterra.

Ni todo el cosmopolitismo humanitario conjurado en cancelar el *genio doméstico*, las *mezquindades municipales*, los *celos nacionales*, etc., conseguirá jamás que las naciones no tengan efectivamente individualidad propia, fisonomía hereditaria, como las personas y las familias.

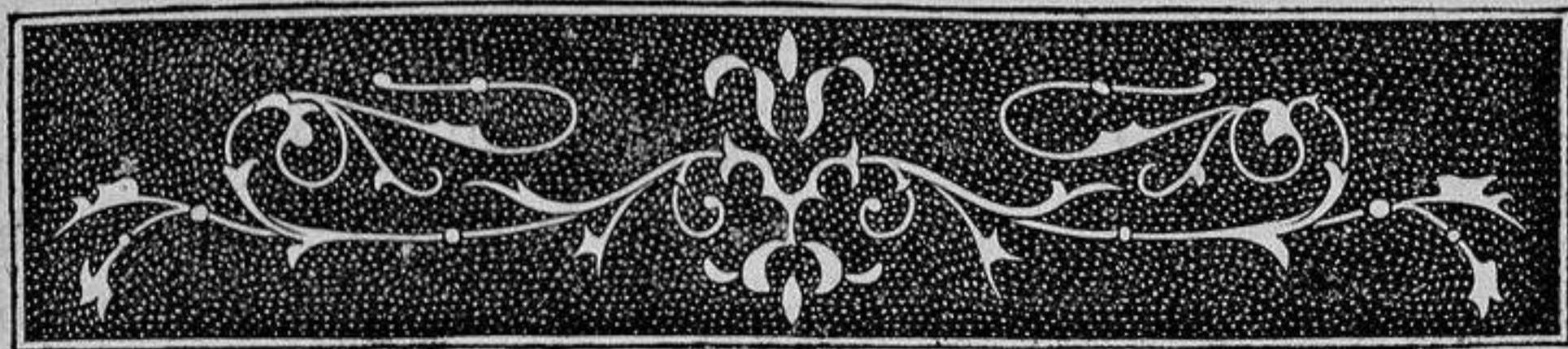
Y como el tipo de la fisonomía romana puede ser bello sin asemejarse al francés, el alemán sin asemejarse al siciliano, así también cada una de las literaturas podrá á su modo y manera ser bella, aunque entre sí sean todas muy diversas.

Siendo la verdad el tipo racional de la belleza, debe éste necesariamente ser uno y constante; mas la correspondencia de las formas imaginarias abre campo á inmensa variedad, dando así ocasion al artífice para hacerse, como arriba se dijo, imitador del gran acto con que la mente infinita quiso hacerse en el Universo creadora de infinita variedad, totalmente ordenada en perfectísima unidad de designio.

LUIS TAPARELLI.

(La conclusion en el número próximo.)





ÚLTIMOS ESTUDIOS

SOBRE HOMERO



uy fundados son los cargos que se hacen al gobierno inglés de haber desoido los clamores de los griegos en los últimos acontecimientos políticos; mas en cambio los particulares parecen haberse encargado de suplir esta falta con su asiduo y fructuoso estudio de los clásicos griegos; suceso muy digno de consideracion atendido el carácter positivo de los ingleses, dado más bien á especulaciones mercantiles que á teorías filosóficas. Este fenómeno honra tanto más á los ingleses, cuanto que no es sólo al estudio de las bellas artes de los griegos, segun las presentan los monumentos hoy existentes, á lo que se dedican, sino aún al de la filosofía moral y política de los helenos, y al de la abstracta metafísica que profesaron, asuntos á que con preferencia se consagran cuantos con recto criterio piensan todavía sobre materias tan capitales. Fruto de tales trabajos son los muchos libros, que perpetuamente ven la luz pública en Lóndres sobre todos los puntos de la cultura griega, y de entre los cuales merecen singularmente examinarse tres recientemente impresos sobre Homero, padre

y fuente de la poesía griega. Dos de estos libros tratan *expresso* de Homero, y son el titulado *Primer* ó Ensayos de Mr. Gladstone, y el publicado por el profesor Geddes con el epígrafe de *Problem of the Homeric Poems*. El tercer libro de que nos ocuparemos será un opúsculo, breve al parecer, y en realidad muy sustancioso, fruto de la elegante pluma del profesor Lebb, quien, no obstante de intitular su trabajo *Primer of Greek Literature*, se ocupa, como no podía ménos, preferentemente de Homero dedicándole la mayor parte de su obra.

La obra de Mr. Gladstone ofrece un precioso sumario de las opiniones por tan eminente escritor defendidas durante muchos años, hecho con la fuerza de expresion é ingenuidad propia del autor, sumario que en adelante será citado como el resúmen más completo de las ideas de tan gran hombre político sobre Homero. Es verdad que un corto folleto se presta muy poco al desarrollo de cuestiones profundas; en cambio ofrece singulares ventajas para el conocimiento de un autor particular ó de alguna época determinada de la literatura; pues sin oscuridad y libre de meras indicaciones puede tratar cuanto una persona, que ya ha abandonado las aulas, debe saber acerca de Homero ó Shakespeare, por ejemplo; y los que frecuentan las aulas podrán hallar compendiadas, ó al ménos indicadas, las controversias que sobre el hombre ó punto en cuestion se han movido, con las correspondientes soluciones.

Son tantas y tan intrincadas las cuestiones que sobre Homero se han agitado, que Mr. Gladstone, siguiendo en ello su gusto particular, ha tenido por conveniente hablarnos del mismo Homero, y omitir casi por completo las disputas que su nombre ha motivado entre los literatos; nosotros, sin embargo, somos de parecer que en las actuales circunstancias hubiera tenido mayor salida, y satisfecho á mayores necesidades, el libro en que las controversias sobre Homero ocupasen oportuno lugar. Ya se ve, es Mr. Gladstone tan decidido partidario de ciertas opiniones particulares, que aún el mentar la gran pugna de opiniones suscitadas despues de la obra de Wolf, no podía ménos de serle sumamente desagradable.

Respetando en lo que se merece la opinion de Mr. Gladstone, debemos confesar es poco honroso (1) que hasta el presente no se haya impreso libro alguno inglés, en que someramente se traten las cuestiones que la literatura de Europa en general ha discutido durante la generacion que nos ha precedido. El anterior juicio es aplicable aún al libro del profesor Geddes, libro tan sobremanera abultado con la explicacion que da de su propia teoría el autor, que por esta razon omite mencionar las obras recientes alemanas, de suma importancia por cierto, que refutan ó corroboran la teoría del autor. En cuanto al profesor Jebble, sería grandísima injusticia negarle el conocimiento teórico de la literatura que nos ocupa y sólido criterio para juzgarla, y á habérselo sus ocupaciones permitido, tendríamos hoy una erudita y entendida exposicion de las cuestiones relativas á Homero. La opinion de este autor es sustancialmente la de Bergk y otros autores alemanes modernos, que no sólo defienden la idea de ser obras de distintos personajes la *Iliada* y la *Odisea*, sino tambien la de no haber tales obras á los principios constado más que de ciertos trozos, despues con el tiempo desarrollados y arreglados. Al hablar Mr. Jebble de la *Odisea*, cita á Wolf como protagonista de la nueva opinion, detalle por demas curioso y sorprendente, si se atiende, á que son por el contrario tan conocidas las notas de Wolf en pró de la unidad de plan y de tiempo en la *Odisea*, que la mayor parte de los críticos posteriores no hacen más que citar al autor aleman. Tan sólo podría salvarse este descuido de Jebble, diciendo que por una especie de natural *prolepsis* había atribuido á Wolf las conclusiones que, á seguir las reglas de la

(1) Acaso se hayan publicado, sin que nosotros lo sepamos, tratados sobre el particular, en cuyo caso retiramos nuestras palabras. Debemos añadir que las disertaciones VI y IX de la obra del Profesor Blackie *Homer and the Iliad*, publicada en 1866, abundan en noticias muy ciertas y evidentes sobre las anotaciones de Wolf al texto griego; pero además de que el Profesor Blackie parece olvidarse por completo de la *Odisea*, su obra quedó terminada hará unos catorce años, de suerte que gran parte de los nuevos materiales ha sido adicionada en los dos sitios citados y en todos los demas puntos de la controversia. Estamos mucho más dispuestos de lo que de este artículo se desprende, á hacer nuestras las conclusiones del Profesor Blackie, y sólo la falta de espacio es la que nos impide entrar en cuestiones que por otro lado no hay para qué.

lógica, resultan de las premisas sentadas por el alemán.

La afición á los estudios sobre Homero se ha despertado en Inglaterra con el libro de Mure: *Greek Literature*, y el de Grote: *History of Grece*. El autor del primero, persona muy leída en cuanto ha visto la luz estos últimos días en Alemania, es acérrimo partidario de las antiguas ideas, ideas que con una instrucción é ingenuidad que le honran mucho, defiende contra los disidentes, ya descubriéndoles los puntos flacos, ya mostrándoles las contradicciones en que incurren, ya exponiendo algunas buenas razones y no pocas malas que dieron por resultado, gracias á la cooperacion de Mr. Gladstone, crear un estado de cosas, que si no ganó terreno, al ménos ha vivido hasta mucho despues. A la sabiduría y habilidad de Mure y Gladstone, debe únicamente su vida la teoría tanto há muerta en Alemania, de que sólo un poeta durante los tiempos prehistóricos, y en que la escritura no se conocía, compuso lo que hoy se entiende por *Iliada* y *Odisea*: este mismo poeta debió crear especiales escuelas, ó se valió de las ya existentes, para que en ellas se aprendiesen sus versos y transmitiesen á las generaciones futuras, hasta tanto que, inventada la escritura, se gravaron y conservaron para siempre. Hemos dicho que la anterior teoría murió hace mucho en Alemania, y la razon es, porque si bien en dicha nacion hay todavía quien cree en un Homero real, y en la unidad de fecha y autor de la *Iliada* y la *Odisea*, sin embargo, todos los defensores de esta opinion, llamados conservadores, admiten tantas y tan largas interpolaciones, tantas adiciones y aún omisiones en cada una de las revisiones hechas del texto, que en realidad de verdad deben mirarse como adversarios de Mr. Gladstone, ya que, al ménos virtualmente, predicán la pluralidad de autores representada por el nombre de Homero.

Otra de las razones que á mucha gente instruida de Inglaterra ha inducido á abrazar la ya anticuada opinion es, la de que el eminente expositor de la moderna, la combinacion de trozos separados para formar grandes poemas épicos, á tales extremos ha sido arrastrado por su teoría, que induce á creer, á cuantos la lean, cavilaciones improbables. Todos los que oigan decir que la *Iliada* y la *Odisea* no recibieron la forma

que hoy tienen hasta los tiempos de Platon, siendo muy probablemente un tal Antímaco de Colofon, oscuro y prosaico rimador, y autor de la segunda edicion de los poemas, el Homero real, exclamarán sin duda al ver el resultado de las cavilaciones alemanas: «La vida es demasiado corta para tales estudios» (Jeble, *op. cit.* p. 35). Aunque la teoría de Mr. Paley rara vez se apoya en argumentos, ántes bien parezca mirarlos con desprecio, todavía pertenece á un autor, hombre de estudios, asiduo y consumado, digno por consiguiente de más que ordinaria consideracion, y que para ser refutado exige se estudie ántes cuanto los griegos de la edad clásica pensaron y dijeron de Homero, y cuanto los sabios de Alejandría pudieron averiguar cuando fijaron el texto tal como en el dia lo tenemos (1).

Entre las dos teorías extremas, de que hemos hecho mérito, existe un término medio que es precisamente el seguido por Grote, quien despues de exponer sus dudas sobre la identidad del autor de la *Iliada* y de la *Odisea*, sin género alguno de hesitacion afirma constar la *Iliada* de dos partes, una, la primitiva *Aquileida* ó poema sobre la «Cólera de Aquiles» y otra varios libros posteriores pertenecientes á algun poema con el nombre de *Iliada*. La primitiva Aquileida debió ser obra de un mismo autor, segun Grote, el cual, aunque no aduzca especiales argumentos para decidir sobre si los libros añadidos son tambien de uno mismo ó de varios, nos parece que más fácilmente optará por lo primero que por lo segundo. Pudiera decirse que absorbida la mente de Grote con la idea del argumento general, no ha querido descender á los detalles, por lo que su teoría ha de considerarse como

(1) Es tan evidente haber Pisistrato nombrado una comision encargada de trabajar por la determinacion del verdadero texto de Homero, que sería inútil empeñarse en negarlo. El argumento en que estriba la teoría de Mr. Paley, sacado de los muchas variantes de las copias antiguas, prueba demasiado; puesto que la incuria al copiar, no sólo no cesó con Platon, sino lo que es más, ni con Aristóteles ni con Esquines; prueba evidente de que el texto legítimo no quedó fijado hasta los tiempos en que Alejandría floreció por las artes y ciencias, por más que Platon gustase mucho de la version que hoy tenemos. Añadimos aquí estas notas á los apuntes del profesor Geddes en el pár. 20 y en el apéndice A. de su libro.

un análisis extremo de la composición de la *Iliada* en que se atiende muy poco á las adiciones ó correcciones particulares.

Hablando Mr. Gladstone de la tercera teoría dice: «El eminente historiador dista mucho de haber formado escuela» (página 26); mas este juicio ha encontrado solemne refutación en el opúsculo de Geddes. Verdad es que el citado opúsculo vió la luz posteriormente al fallo de Mr. Gladstone; mas ¿cómo responderán al hecho de haber sido la teoría en cuestión adoptada por Friedlander y por Düntzer, autor este último que se jacta nada ménos que de ser el primero que la expuso y defendió? y ¿qué diremos de la nube de críticos que dividen la *Iliada* en dos partes, la primitiva *Aquileida* y los libros añadidos, como lo ha hecho el profesor Jebb? Diremos que lejos de no haber formado escuela, la ha formado tan vasta, que casi no se distingue de la aceptación general.

La mayor parte de los críticos que adopten la teoría separativa ó de la diversidad de autores, no se contentarán solamente con llegar á donde llega Grote, ni limitarán á dos solos el número de autores de la *Iliada*, dado caso que admitan la unidad para la *Odisea*, poema que en nuestros días no ha hecho más que empezar á llamar la atención de los críticos, y que leído lo bastante para excitar dudas científicas, no ha ocupado aún la atención de los escritores consagrados al estudio de Homero, pudiéndose decir que su literatura queda aún intacta y por analizar. Este es uno de los defectos notados en el excelente libro de Geddes, quien, no sabemos por qué razón, en un tratado de controversia como es el suyo ha seguido el sistema de Grote, y por lo tanto el de Wolf, que fué el primero en seguirlo, de admitir con pasiva indiferencia la tradicional unidad de la *Odisea*, sin advertir en que el crítico escéptico puede ser conservador, y en que el crítico más hábil puede descuidarse y dormirse no estudiando problemas estrechamente relacionados con aquellos cuya resolución más fama le proporcionaron.

El profesor Geddes refiere con un tono al parecer despreciativo (pág. 34), «los ensayos de críticos como Rhode y otros, destinados á buscar remiendos en la *Odisea*, y los trabajos de

Düntrér y otros para responderles.» Bien está que se desprecie á Rhode y comparsa, ¿mas es este buen modo de hablar, hallándose entre los disidentes del parecer de Geddes personas que se llaman Bekker, Kochly, Kirchhoff y Hartel, para no mentar á los no menos ilustres, «defensores de la unidad» por cierto, Lehrs, Bergk, y una docena más, todos los cuales sustancialmente juzgan de un modo contrario? Con relacion á tantas y tan autorizadas oposiciones, ha habido quien nos ha asegurado no dejar nada sobre el particular el fallo de Grotte (pág. 33). «Si por una casualidad solo la *Odisea*, con exclusion de la *Iliada*, hubiera llegado hasta nosotros, soy de opinion que jamás se hubiera planteado la cuestion de si Homero representa uno ó varios personajes.» Perfectamente bien, responderemos á esta sentencia, más ¿queda así zanjada la cuestion? Nosotros creemos que no. ¿Cuántos criminales hubieran quedado encubiertos por no recaer sobre ellos sospechas, sino despues de convictos sus cómplices? ¿Y deberá de esto deducirse que son inocentes? Desde 1850 acá, ha existido un espíritu de crítica siempre creciente, y que en la obra de Kirchhoff *Composition der Odyssee*, libro que no llegó á la cumbre de la perfeccion, tiene superior, fuera del importantísimo de Wolf titulado *Prolegomena*. Al sostener este espíritu de crítica, que el texto de la *Odisea*, por más que aparezca de estructura compacta, ofrece, sin embargo, detenidamente considerado, sus zurzidos y remiendos, hay que ver, si tales afirmaciones tienen por fundamento el haberlo así dicho Wolf y Grote ó un exámen detenido de las razones y detalles en que la crítica se apoya.

Grande es la importancia de la obra del profesor Geddes, por cuanto tiende ingeniosamente á establecer la teoría separatista de un modo nuevo y hasta el presente no oido, á saber, no ya separando la *Iliada* de la *Odisea*, sino apartando la *Aquileida* del resto de la *Iliada* y la *Odisea*. Que haya habido un poema Tésalo sobre Aquíles, de formas muy rudas y primitivas, poema cuyo autor probablemente es uno solo, se prueba con muchos y muy fuertes argumentos. Pero que la *Odisea* no sólo sea una en sí, sino tambien con relacion á los cantos de la *Iliada* que posteriormente se añadieron al poema

primitivo, ó lo que es lo mismo, que sea uno mismo el que compuso estas poesías, y que ese uno fué cierto jonio, llamado Homero, francamente dudamos pueda probarlo el profesor Geddes. Los libros de las ediciones inglesas de la *Iliada* atribuidos á Homero, autor tambien de la *Odisea*, son el B hasta el H, I, K, Ψ y Ω , en los cuales, sin embargo, se encuentran señales evidentes, no pocas en número, de la diversidad de plumas que los compusiera. V. g. El autor de los versos del libro Ψ no sólo no sabe nada de los caballos de Reso, de que se habla en el K, sino que claramente coloca la captura de los caballos de Eneas, punto tratado en el E, en un período anterior á la guerra. Aún los sabios de Alejandría, que tan decididos partidarios se muestran de las ideas conservadoras, tuvieron que reconocer como composiciones muy posteriores los libros K y Ω ; y á nosotros nos parece muy claro que una vez admitido que el poema se formó de algun núcleo primitivo y varias adiciones posteriores, no hay razon ninguna para creer que las últimas pertenezcan á un mismo poema ó sean obra de un solo autor.

Tiene mucha razon á nuestro juicio el profesor Geddes al afirmar, ocupándose del respectivo mérito literario del poema Aquileo y la *Odisea*, ser muy superior la segunda al primero, y deber por consiguiente ser colocada ante la pública opinion en un puesto muy superior al que hasta ahora ha ocupado. En contra de nuestra opinion se halla el fallo general; porque no sólo una gran falanje de críticos, desde Platon en su *Hippias Minor* hasta Mr. Gladstone en su *Primer*, decide abiertamente la cuestion en favor de la *Iliada*, sino que la mayor parte sostiene su opinion aún en vista de lo inferior y ménos estético contenido en versos que, segun casi todos, pertenecen al tétrico y fiero cantor de la cólera de Aquíles.

No esperemos que haya nunca uniformidad de juicios acerca del verdadero mérito de los poemas de Homero. Lo que á un crítico parece grandioso y espléndido, otro lo juzga inferior y vulgar. Así es, que Mr. Gladstone juzga, con razon á nuestra manera de ver, los últimos libros de la *Odisea* en que el justo deseo de la venganza va cada vez estrechando más de cerca los pérfidos amantes, en nada inferiores en gran-

deza poética á cualquier parte de la *Iliada*; en tanto que eminentes críticos alemanes, como Bonitz y Kirchhoff, condenan como endebles y poco expresivos, exagerados é innaturales los mismos libros. Hay, sin embargo, un punto en que la generalidad de los partidarios de la teoría separatista convienen, y es, en que los versos primitivos abundan en originalidad y grandeza, en tanto que los demas son débiles imitaciones, y para algunos de dichos críticos, como Bergk, cuya erudicion sobrepuja y con mucho á su sentido comun, es ya un axioma admitido tener por muy posterior cuanto á ellos les parece endeble y poco enérgico, y al contrario, como si un poeta moderno no pudiera rivalizar con los pasados, y aún sobreponerse á ellos, como evidentemente lo prueba el autor del libro Ω , en que se trata del Rescate de Hector, libro muy superior á la mayor parte de los antiguos trozos de la *Iliada*. Sería pues, muy conveniente apareciese un nuevo crítico que redujese á polvo la referida opinion general, y demostrase que el segundo poeta que intervino en la composicion de la *Iliada*, fué un genio mayor y más profundo que el primitivo vate.

Otro punto hay tan claramente expuesto por el profesor Geddes, que por nuestra parte confesamos flaquea en la opinion que, siguiendo al profesor Jebble y otros autores, habíamos abrazado. De ciertos pasajes que claramente lo dicen, y sobre todo del tono y estilo general que en los poemas se observa, claramente se deduce que la *Odisea* es de fecha posterior á la *Iliada*; en ello convienen todos los autores, por más que al determinar el tiempo que los separa, discrepen mucho los críticos: unos con Emilio Burnouf, y estos con los que más tiempo fijan, dicen separarlos dos siglos; otros como los Alejandrinos, no se atreven á conceder más posterioridad que la existente entre la juventud y la vejez de Homero, opinion á que se adhiere Mr. Gladstone; y los terceros, por último, siguiendo á Mr. Jebble, que, si mal no recordamos, lo toma de Bergk, sostienen la mediacion de dos generaciones. La última opinion es para nosotros la más probable; mas de una gran lista de palabras y usajes comunes á los libros posteriores de la *Iliada* y á la *Odisea*, traídas por el profesor Geddes en apoyo de su teoría, resulta bastante claro que la diction é

ideas de tales composiciones pertenecen á tiempos ó idénticos ó poco diversos. En vez de sacar de este argumento, como Geddes lo hace, la identidad de autor, estaría mejor deducir que la reunion de poetas que completó la *Iliada* fué tambien la que juntó los materiales para la *Odisea*.

Del último modo de sentir es Sengebusch, uno de los más agudos expositores de Homero, quien á pesar de insistir, siguiendo á Aristarco, en la identidad del tiempo en que ambos poemas se compusieron, tambien admite con Lachmann la variedad de vates de cada uno. Al ajustarse Sengebusch en otros muchos puntos á las ideas de Aristarco, se identifica, como no podía ménos, con las teorías del profesor Geddes. Así le vemos defender, por ejemplo, que la primitiva poesía épica no nació en Jonia, sino en Grecia, en Tracia ó en Tesalia, de donde trasplantada á la Ática pasó á la isla de Ios en el archipiélago, y de aquí á Smirna con la emigracion jónica. De este modo pudieron arribar con los emigrantes los primitivos cantos tésalos, de que se ayudaron los poetas jonios que dieron al poema épico forma más acabada y perfecta. Esta explicacion es un término medio entre la teoría hoy reinante, y por cierto fundada, de que Homero vivió en Jonia, y la contraria tan tenazmente defendida por Mr. Gladstone, segun la cual Homero nació en Acaya y vivió en Grecia bastante ántes de la emigracion. Uno ú otro Homero, ya el jonio ya el griego, debe mirarse como autor de los primitivos cantos de la *Iliada*, y otros varios cuyo nombre se ignora, pero que sin género alguno de duda vivieron en el Asia Menor (Geddes, p. 322), hubieron de componer los libros añadidos. Mucho indica y bastante instructiva parece tal uniformidad de pareceres en críticos no ménos competentes que independientes, quienes al fin como hombres no podían ménos de discrepar en algun punto esencial, como es el de negar Geddes los derechos de Aténas sobre Homero, cuando toda la teoría de Sengebusch se dirige á demostrar lo contrario.

Poco ó casi nada es lo que el profesor Geddes se extiende sobre el nombre de Homero, asunto descuidado tambien por Gladstone, que lo considera nombre propio y título simbólico; este proceder extraña no poco en un partidario tan de-

cidido de las antiguas glorias de Homero, especialmente, si, como dice, la balanza de la certeza se inclina marcadamente á su favor. A nuestra manera de ver se asocia Mr. Jebble, corrigiendo á la vez la version de Gladstone «el colector,» pues siendo originariamente intransitiva la raiz $\acute{\alpha}\rho$, segun demostró E. Curcio, á traducirse todo lo que la palabra quiere decir, equivaldría á coleccionado juntamente. La falta de un lugar con el nombre Homarus, lugar que debería existir, hace tener por sospechosa toda derivacion, é inclina á considerar muy prudente y discreta la proposicion de Sangebusch, segun la cual, el ilustre nombre que nos ocupa es un nombre propio compuesto de $\acute{\omicron}\mu$ y de la terminacion *eras*, nombre que nada tendría que ver con la idea de coleccionar expresada por el verbo griego $\omicron\mu\epsilon\rho\epsilon\omega$, del cual se le ha querido hacer venir.

Por lo que á nosotros toca, no abrigamos la menor duda sobre la existencia de un antiguo y famoso vate Jonio llamado Homero, cuya memoria vive en el pueblo griego pura y brillante como la del mas ilustre de los épicos. Los tiempos pasados le han atribuido muchísimos poemas que seguramente estuvo muy léjos de soñar, porque, al modo que despues sucedió con los nombres de Platon é Hipócrates, el suyo fué usurpado por varias composiciones anónimas sobre asuntos parecidos, cuyos autores sòn hoy del dominio de la historia ó están ya perfectamente conocidos.

Si realmente compuso los dos poemas que se le atribuyen, una vez rechazados por la crítica los otros, cuestion es que queda por ventilar. Mr. Gladstone anticipa el juicio de que realmente los compuso; nosotros al contrario sostenemos que no; y que sólo puede demostrarse pertenecerle una parte muy reducida. Si compuestos los poemas antiguamente, permanecieron ocultos hasta el período en que las letras brillaron en Grecia, dándose el título de coleccionador y arreglador de los materiales antiguos al que los presentó cual hoy están, desempeñando un papel parecido al que entre los ingleses desempeñó Sir Thomas Malosy, que tantos poemas viejos ha coleccionado, entónces bien pudiera decirse que ambos poemas son en cierto modo obra de tal coleccionador. Más en este caso ¿no oiríamos hablar de él, como

oimos hablar de Solon, Pisístrato y Onomácrito, á quienes la tradicion adjudica la gloria de haberlos coleccionado? De todos modos, un hombre como el que se supone, concreto y de determinadas propiedades, jamás llegaría á ser el fascinador del pueblo, el ídolo perpetuo de la tradicion, tenido por un acabado modelo de toda perfeccion.

Así como en lo anterior discrepamos de Mr. Gladstone, así tambien nos hallamos dispuestos á suscribir cuantas notas pone este autor sobre la unidad práctica de los dos poemas, en darnos á conocer la mitología de los primitivos griegos, su educacion, la vida doméstica, las costumbres, el arte, la industria, todo de manera, que aún los más escépticos las hallarán acabadas pinturas de una misma época y una misma sociedad, hechas por dos libros distintos. Los acertados rasgos con que Mr. Gladstone llena lo restante del libro, son ciertamente un sumario completo y muy digno de estima, de cuantas observaciones se le han presentado ante la inteligencia durante su larga vida dedicada al estudio de Homero, y no titubeamos en afirmar, que si apreciable es la introduccion, tanto ó más instructivo es el resto de la obra (1).

Nuestro diferente modo de pensar no es tan apasionado que nos ciegue ni por un momento, para no ver el estilo refinado y verdaderamente escolástico usado por los críticos que nos ocupan, y la inmensa habilidad desplegada en el caso presente. Creemos venirles como de molde aquellas palabras:

«Si Pergama dextra
Defendi possent, etiam hac defensa fuisset.»

En los párrafos siguientes exponremos más reflexiones relativas á la controversia sobre Homero, para tener á los lectores al corriente de un poco siquiera de lo mucho que sobre este punto se ha discutido.

(1) Tal es la manera general de ocuparse del asunto, adoptada por Mr. Gladstone, muy bastante tratándose de una Cartilla ó *Primer*, pero inferior y con mucho al verdadero valor del libro de Geddes, en que tan eruditamente agota la cuestion de que, aún dentro de la misma unidad que ambos defienden, existe sobre no pocos puntos dualidad de actitud, dualidad que una vez aceptada por los autores ingleses, dará gran impulso al análisis y recta apreciacion de los poemas.

El mayor argumento en que se apoyan generalmente cuantos afirman la unidad de tiempo y autor con respecto á la *Iliada* y á la *Odisea*, es la supuesta imposibilidad de que los esfuerzos de muchos puedan nunca llegar á formar una obra de extraordinario mérito artístico. Oigamos si no á Mr. Gladstone, en este caso el más temible y autorizado defensor de las creencias populares, quien, además de tener por paradógico y temerario afirmar que en un mismo período histórico pudieran florecer ni dos hombres siquiera del talento y cualidades que los poemas requerían, juzga tan fuerte su argumento fundado en la sobredicha imposibilidad, que según él sería insensato quien intentase ya revolverse y levantar el grito en contra. «Si estos dos poemas, dice, hacen la admiración universal, la mayor y más perfecta producción del genio griego, ¿habrá alguno que todavía ose creer los haya compuesto una reunión de genios tal que nunca después ni en la formación de los poemas formados con ocasión de los juegos seculares apareciese otra semejante?» (pág. 33).

Se halla el origen de la poesía épica griega envuelta en tan densas tinieblas, y su explicación erizada de tamañas dificultades, que ya adoptemos una teoría, ya otra, habremos siempre de responder á las innumerables objeciones que nos opongan. Esta razón ha movido á célebres autores, y entre ellos, el mismo Gladstone, á tener por más oportuno ridiculizar las hipótesis contrarias, que tratar de plantear las propias. Veamos si imitando su ejemplo, podemos volver contra ellos el argumento de que usan.

Concedemos ser la *Iliada* y la *Odisea*, no sólo unos poemas abundantísimos en bellezas de detalle, sino presididos en su formación por un plan vasto é ingenioso, de grande intención y enredo, y de tal contestura, que á no ser así fueran inútiles y no poco pesados los numerosos episodios que la entretejen; mas todas estas mismas propiedades, ¿no están predicando muy alto ser imposible los haya compuesto un solo poeta *desprovisto del auxilio de la escritura*? Es esta imposibilidad, cuando se la considera con detención, tan manifiesta, que aun concedido, cosa que nosotros no concederíamos tan fácilmente, se puedan coleccionar largos poemas en uno solo sin la ayuda

de la escritura, y transmitirlos de una generacion á otra, valiéndose de juntas ó colegios de sacerdotes que los aprendan de memoria; ella sola ha movido á abrazar la opinion separatista á los mejores y más acreditados escritores. Prueba son de esto que decimos, Wolf y Bergk, de los que el primero, apénas se hubo convencido de que los poemas no se trasladaron directamente del entendimiento del autor á la pluma, sino que pasaron por las vicisitudes que los defensores de la teoría unitaria han inventado, luego dió libelo de repudio en su conciencia á la creencia en un extraordinario y remotísimo poeta autor de la *Iliada*, creando, contra sus propias preocupaciones la famosa teoría que lleva todavía su nombre; y el segundo, al pretender en nuestros dias defender á su modo la unidad del autor con tanto rigor, que ni dos autores siquiera se habían de admitir, hallóse tan perplejo en presencia de las innumerables dificultades que ante su vista surgían, si los poemas se habían de tener como formados en tiempos ignorantes de la escritura, que juzgó mil veces más expedito buscar la composicion en la época ya más desenmarañada en que los griegos conocían la escritura, esforzándose en hacer ver que el origen de la *Iliada* debió forzosamente coincidir con la propagacion en Jonia de la escritura, y ser resultado inmediato de aquel hecho. Nunca nos cansaremos de repetirlo; por muy grandes dificultades *à priori* que en contra de la multitud de autores militen, serán siempre más insolubles y fundadas las que á la creencia en un solo vate, y éste ignorante de la escritura, se pueden oponer. Hay muchos países que poseen excelentes cantos populares antiguos; no faltan quienes nos los ofrezcan ya juntos en uno, debido á la intervencion de posteriores poetas; pero mientras no sepamos existe un pueblo en el mundo, que ignorando absolutamente la escritura, es, sin embargo, guarda y custodio de algun poema épico grandioso é inmortal, compuesto en épocas de oscuridad y tinieblas, creemos que nadie tendrá derecho á exigirnos la creencia en tan estupendo milagro, aunque fuese en favor del inmortal pueblo griego.

No faltará quien diga que todo lo anteriormente dicho es mera hipótesis y razonamiento puramente teórico; por esta

razon, vamos á entrar en asuntos más prácticos, y á inquirir ya lo que la tradicion de los griegos enseñaba sobre la cuestion que ventilamos, ya lo que los mismos poemas permiten vislumbrar acerca de los autores que los compusieron. Al citar en su apoyo la tradicion los partidarios de la teoría unitaria, es tal el clamoreo que levantan, gritando hallarse en su lugar las razones que alegan, y no perder en su boca punto alguno de fuerza los argumentos que exponen, que apenas si nos permiten oír otra cosa que frases tan apasionadas como las siguientes: «Al levantarse contra vosotros la tradicion, debierais sellar para siempre los labios. La universal y nunca desmentida opinion pública de los griegos, si se exceptúa la escuela insignificante de Jenon y Hellánico que tan victoriosamente redujo Aristarco al silencio, unánimemente creyó siempre en un Homero, autor de los admirables poemas la *Iliada* y la *Odisea*: y tanto es esto así, que todos los Estados griegos se disputaban la gloria envidiable de haber sido antiguamente cuna del gran poeta, ó de poseer en épocas posteriores su tumba gloriosa.»

Está bien, respondemos nosotros: veamos si falsamente se considera como tradicion de los griegos la que realmente no lo es. Las primitivas tradiciones no sólo atribuían á Homero los dos poemas que nos ocupan, sino una inmensa lista de otros poemas épicos, himnos y juguetes cómicos, que los críticos alejandrinos gradualmente, y despues de mucho discurrir, fueron reduciendo hasta no dejar más que la *Odisea* y la *Iliada*. Esto lo sabe muy bien Mr. Gladstone y los defensores de la teoría unitaria. En tal caso, preguntamos: ¿no es muy bonita ocurrencia citar en apoyo de la verdad de un mismo punto dos testigos contradictorios? Y decimos contradictorios, porque la oposicion entre los críticos que bajo los Tolomeos florecieron y la opinion vulgar no puede ser más flamante. Si porque la antigua opinion de los griegos defendía la unidad del autor en la *Iliada* y la *Odisea* los habíamos de creer, tambien deberíamos creer en la multitud de obras que á Homero se adscribían, y juzgo que nadie se pondrá en este caso frente á frente con los críticos alejandrinos. La materia es tal, que si se ponen ejemplos, no puede ménos de co-

nocerse la arbitrariedad de la opinion que impugnamos, y los fatales resultados á que el seguirla conduciría.

La liquefaccion de la sangre de San Genaro en Nápoles, es hoy dia el único milagro en su especie que sepamos tenga lugar en Italia: pues supongamos que disputando con otros sobre su autenticidad nos pretendiera alguno convencer alegando la antigua y general tradicion que lo aceptaba; ¿no le objetaríamos que las generaciones pasadas creyeron en muchísimos milagros que despues gradualmente se han visto ser falsos, perdiendo, por consiguiente, los que deponían ser verdaderos todo derecho á que se les crea, pues tan ligeramente y con tan poco exámen abrazaron creencias que en ningún fundamento se apoyaban?

Otra cosa hubiera sido si la tradicion primitiva únicamente hubiera afirmado pertenecer á Homero la *Iliada* y la *Odisea*, pues su autoridad entónces hubiera sido considerable; queda empero completamente desvirtuada desde el momento en que le asigna tantísimas composiciones. Omitimos de propósito tratar de las leyendas relativas al lugar y tiempo del nacimiento de Homero, así como esquivamos la cuestion de si efectivamente ha habido ó no un gran poeta que llevase aquel nombre. Una cosa, sin embargo, haremos notar, y es que el mismo hecho de variar tanto las tradiciones en cuanto al tiempo, pues hay algunas que le suponen nacer en épocas separadas lo ménos cuatro siglos, y en cuanto al lugar, siendo doce las ciudades que disputan ser su cuna, ese mismo hecho más bien parece referirse en lenguaje simbólico á muchos personajes y varias generaciones que contribuyeron á la formacion del poema, que no al súbito y espléndido nacimiento de un solo mortal.

Viniendo ahora á las pruebas que los mismos poemas suministran á los partidarios de la teoría unitaria, hallamos que son dos las principales, una la unidad de plan demostrativa de la unidad de autor, y otra la homogeneidad de los detalles, tan improbable, si se la considera fruto de varios poetas ó de una mano nerviosa y correctora, como natural y espontánea en un solo autor original.

Para responder á estos argumentos nos concretaremos á la

Iliada, por ser campo más libre y expedito para entablar la lucha.

Unidad de plan en la Iliada: Sobre este punto se puede discurrir de dos modos, ó le admitimos como reconocido y aceptado ya por el público, ó desentendiéndonos de las opiniones generales, vamos detalladamente examinando la obra para encontrar la tan ponderada unidad.

Primer método: Hay muchísimas personas, no escasas por cierto de luces naturales, para las que la mayor y la más firme autoridad, que en una cuestion se puede citar, es el sucesivo consentimiento de varias generaciones: segun éstas, como desde el siglo quinto antes de J.-C. hasta nuestros días, todos cuantos han leído la *Iliada*, quedaron muy complacidos de su plan, dicho se está ser inútil andar en busca de más argumentos para hacer ver que son infundadas dificultades las que á la obra se oponen, debiendo por consiguiente mirarlas como fruto de una crítica extravagante y desmedida. No diremos, añaden, que la *Iliada* no ofrezca incoherencias; mas, á hacer caso de ellas, tendríamos que admitir, como fruto de varias plumas, aun las mejores obras modernas, compuestas segun las portadas, por eminentes autores.

A los que tal dicen, preguntamos: ¿Tan competente juez es el público tratándose de la unidad de autor de una obra, que su fallo deba mirarse como infalible? Si se tratase de apreciar la *excelencia* de algún poema, somos los primeros en afirmar que el público es omnipotente, y si se quiere omnisciente, pues ninguna obra artística de mal gusto ha sobrevivido muchos siglos á su autor: ésta sí es cuestion en la que el público tiene voto; no así la otra, y prueba son de ello los muchos casos en que, acertando acerca del mérito de un trabajo, se equivoca de medio á medio no advirtiendo las interpolaciones é incoherencias del plan. Citemos sólo un ejemplo.

Hay en la música religiosa un género de composiciones llamadas *oratorios*, del nombre de la Iglesia de S. Felipe Neri en Roma, donde se ejecutó la primera, entre las que merece especialísima mencion una que todo el mundo atribuye á Haudel, escrita sobre la letra del salmo *Israel in Egipto*. Veamos la sorprendente mezcla que en este oratorio se halla de músi-

cas y de autores. La sinfonía que sirve de introducción al coro titulado «El granizo» y casi todas las frases del mismo coro fueron tomadas de Stradella, al que también pertenece todo el canto de aquel otro «Habló el Señor,» y lo más esencial del que tiene por letra «Dios los condujo como si fueran ovejas.» El bello trozo que lleva por título: «El Señor es un hombre de guerra» lo hallará, quien detenidamente lo estudie, tomado de tres autores diversos, á saber Dionigi, Erba y Urió. No son estas las únicas copias y arreglos llevados á cabo por el que ordenó los trozos citados, sino que después de copiar nota por nota en el versículo, «Egipto se hinchó de gozo» la canción que el músico Kerl intercaló en su *Historia* de los Hawkins, modificó algún tanto varios lugares del *Magnificat* de Erba, y los acomodó á los títulos «Tu lanzas lejos tu cólera,» «El es mi Dios,» y «La tierra se los tragó.» De Erba se tomaron también los coros «El Señor es mi fortaleza» y «Tú eres tu ayudador,» no teniendo de Haudel el famoso oratorio más que dos fugas correspondientes á las frases «Rehusaban beber» y «Destruyó á todos los primogénitos.» Ya veis, señores, que la diversidad de autores no puede ser mayor, y, sin embargo, desafiamos á cualquiera, á que de cien personas que oigan el oratorio, habrá unas noventa y nueve á quienes no se ocurrirá siquiera dudar sobre la unidad de autor de la composición, tanto que el mismo Mendelssohn, al editarla para la Sociedad de Haudel, no dió la menor muestra de percibir la discrepancia causada por piezas tan antiguas y diferentes en estilo y frase, de la música de Haudel, como lo son varias de las citadas.

En apoyo de nuestra tesis pudiéramos también citar el error en que la opinión universal incurre al atribuir á Moisés los cinco libros que llevan en la Biblia su nombre, á David el libro de los Salmos, no obstante las terminantes indicaciones en contrario que los mismos textos sagrados nos ofrecen, y sobre todo á Job todo el libro de su nombre, siendo así que en él se halla la más evidente interpolación de origen, inspirado por supuesto, que en tratado alguno podemos hallar. Sin razón, pues, se atribuye á la opinión general, que está en su terreno cuando inmortaliza un libro ó condena á otro al

olvido, competencia para decidir sobre la unidad de autor de una obra; pues cualquier testimonio, la imprudente afirmación de un hombre sabio, ó los accidentes de la edición bastan para inducirlo á pronunciar su fallo sobre la unidad, paso que, una vez dado, le hace mirar como una obligación buscar artificiales razones con que defenderse y encolerizarse contra los que intentan apartarlo de imaginarias creaciones.

Tal precisamente ha sido el método adoptado por las personas instruidas, que dedican su talento á defender las creencias antiguas sobre Homero, el de inventar varias razones sutiles expuestas con no pequeña arrogancia, encaminadas á hacer creer en la oculta y misteriosa unidad que ofrece el poema. A lo ménos, este es el juicio que nos merecen los argumentos de Mr. Gladstone, y con nosotros á muchas personas imparciales, que no sólo los juzgan endebles sino hasta sin conexión con la materia. Y, en efecto, dejando á un lado el poco aprecio en que el jefe del partido liberal inglés parece tener la antigua tradición de los griegos que miraban la *Iliada* como un repertorio de ciencias políticas, filosóficas, estratégicas y cuantas forman los conocimientos humanos, diciendo por su cuenta que no es tanto como ellos decían, ¿á qué alegar, como prueba de la unidad de autor, la gran intención moral de la obra? Si alguno no cree ser este el principal argumento, le remitimos á la ingeniosa y elocuente exposición que del plan de la *Iliada* presenta en los §§ 2-15 de su *Primer*, donde se hallará la combinación de una acción celestial y terrestre, de una moralidad digna de ser descrita con vivos colores; la más perfecta concordia entre las aspiraciones nacionales y las leyes morales; las razones y bellezas artísticas que encierra todo lo que aparece en el poema incoherente, y otras muchas preciosidades que hacen al autor exclamar en la pág. 25: «No se conoce en literatura plan tan consumado como el de la *Iliada*, que es por lo tanto inimitable y mucho mejor concebido que el de la *Odisea*.»

¿Y libro tan admirable pudo ser compuesto por un bardo tan extraordinario, que en tiempos en que la escritura estaba aún desconocida, pudo componer mentalmente y retener á un mismo tiempo en la memoria 15.695 versos?

Vengamos al tan decantado propósito moral del poema, propósito que no pocas veces se oculta, sin duda para que el lector ejercite sus facultades en el noble trabajo de suplir las faltas de la *Iliada*. Sirvan por todos los demas los ejemplos siguientes. Cuando Júpiter toma la resolución de vengar el agravio inferido á Aquíles, se siente impelido, no por el deseo de volver por los fueros de la justicia ultrajada, sino por el recuerdo de cierto antiguo beneficio recibido de la diosa *Tétis*, que nuestros lectores fácilmente adivinarán, y que la diosa tiene buen cuidado de recordarle.

Merece tambien tenerse en cuenta la particularidad de que ni Júpiter ni otro dios alguno encuentra defectuoso el proceder de Aquíles, que con tanta soberbia menospreció la magnífica y liberal oferta de Agamemnon, oferta que sólo relata el libro noveno, por más que en ciertos parajes de los demas libros, no sólo vendría bien recordarla, sino que hasta se hace imperioso y necesario.

Algunos pretenden que la muerte de Patroclo, persona tan querida de Aquíles, fué el verdadero castigo que recibió la tenacidad del último en prolongar la guerra; mas siendo esta explicacion un elemento tan esencial debiera haber quedado consignada en las páginas de la *Iliada*, y lo cierto es que en ninguna parte la hallamos, como no sea en la acalorada imaginacion de los críticos. Muchos casos pudiéramos añadir á los expuestos, pero basta con ellos por lo que hace á la intencion moral del poema.

Pasando á decir algo sobre la estupenda unidad y grandísimo enlace que en la *Iliada* se supone, afirmamos con Grote y el profesor Geddes, que tantas y tan claras pruebas aduce en confirmacion de lo mismo, que el poema no sólo presenta ciertos vacíos bastante notables en la accion, sino lo que es más, repetidas incoherencias en el arreglo, faltas todas que en gran parte proceden de los muchos y varios sucesos que en tiempo relativamente escaso tienen lugar, apareciendo luégo improbable á la vista de un lector estudioso, que tan grandiosos acontecimientos se produzcan en tan breve período de tiempo, hasta el punto de que Aristarco no halló mejor medio de explicar el fenómeno que admitiendo haber sido el poema interpolado.

Nosotros, empero, tenemos por muy conforme á razon el principio fundamental de la crítica, que tan admirablemente explica Kirchoff, y en cuya virtud nunca debemos juzgar interpolada una línea, á ménos que podamos asignar la razon que presidió á la interpolacion. Por más, pues, que á alguno parezca ménos científico, debemos huir de juzgar como interpolados, los lugares, que juzgados con el prisma de la crítica moderna, aparezcan ménos coherentes y relacionados con el plan general.

Esta sería la ocasion de decir algo sobre la unidad de plan de la *Odisea*, punto que el profesor Geddes trata con profusion, defendiendo la unidad de autor y de plan en la obra citada; mas exigiendo algunos pormenores tratarse con difusion, remitimos al lector á la obra citada, y á la que con solidísimo criterio publicó el eminente Kirchoff.

El entrar á discutir la oportunidad y belleza de ciertas coincidencias y detalles, ya sea con el objeto de restablecer los hechos, ya con el de sacar de ellos consecuencias, es de lo más delicado y peligroso; porque hechos mirados por un crítico como incoherencias tratándose del carácter de Diomedes, ó Héctor ó Ulíses, son por otro crítico ensalzados como manifestacion del profundo conocimiento que del revuelto y voluble piélago que llamamos corazon humano hubo de asistir al escritor que tales escenas pintó (1).

(1) Todo el carácter de Héctor parece haber sido confeccionado con los hechos de un héroe real, verdadero, á quien todos los griegos temían, y con el cual sólo Aquíles, el hombre buscado en todo el plan de la obra, podía dignamente medir sus armas; mas tambien debió por otro lado el compositor valerse de los hechos de un capitán de segundo orden, tan cobarde que en todos los encuentros recibía una derrota de parte de los griegos. Las referidas luchas personales parecen haber sido añadidas por bardos deseosos de celebrar las hazañas de los antepasados de aquellos jefes en presencia de los cuales recitaban sus versos.

Diomedes y Ulíses parecen incoherentes en muy pocos puntos, el primero cuando pide á Glauco le revele si es algun dios que ningun mortal puede vencer, en ocasion precisamente en que acaba de herir á dos dioses, y el segundo cuando en la *Odisea* reprende echar vivas á los muertos, siendo así que en la *Iliada* los había él echado. Para más detalles sobre este particular léase al profesor Geddes, que de ellos saca inmenso partido para afirmar que la *Iliada* se compone por lo ménos de dos poemas.

De ciertos pormenores y coyunturas que algunos críticos miran como admirables, debemos nosotros decir, que ó no son tales, ó cuando más se les debe mirar en no pocos casos como meros accidentes nacidos del silencio. Veamos si no algun ejemplo.

Segun Mr. Gladstone, debe atribuirse á coincidencia delicada y singular el que Ulises, el héroe de las afecciones domésticas en la *Odisea*, sea el único entre todos los capitanes griegos en «hablar de su tierno é inocente niño, ausente en aquel entónces en la distante habitacion paterna.» Nada más impertinente que la cita anterior, puesto que Agamemnon dedica en el libro primero palabras nó ménos cariñosas á su hijo Orétes, no haciendo á poco Ulises más que copiar las frases del rey de Argos. El fiero y vengativo Aquíles menciona también á su querido infante en un pasaje, poco leído al parecer, de Mr. Gladstone, y es aquel en que valiéndose de las frases más patéticas nos describe la triste condicion de su anciano y venerable padre, que en el hogar doméstico pasa la vida más desconsolada. Con relacion al último pasaje, debemos hacer constar que para consignar en él el nombre de Neoptolemo, hubo alguna inexperta mano de interpolar el verso en que tal nombre aparece. Conste, pues, haber tres padres en la *Iliada*, que consagran al recuerdo de sus queridos y ausentes hijos sentidos versos, y que si los demas no lo hacen, no es porque en ellos no lata el corazon al compas de tan justos y tiernos sentimientos, sino porque, no siendo sus hijos de los que la historia tomó á su cargo inmortalizar transmitiendo sus nombres á la posteridad, los autores del poema creyeron lógico no dedicarles ningun recuerdo. Este es nuestro humilde sentir acerca de las armonías y coincidencias que algunos pretenden hallar á cada paso.

Mas, aún dado caso que admitamos los hechos y hagamos á los adversarios gracia, no sólo de cierto número de contradicciones, sino aún de las armonías y coincidencias en que sin quererlo convinieron los que compusieron el poema, ¿qué es lo que de tales premisas pretenden deducir?

Seguramente que las incoherencias y contradicciones son perfectamente posibles, y aún si se quiere probables, en las

mejores piezas literarias de nuestros ilustrados y eruditos críticos modernos, cuanto más en la composición de un bardo antiquísimo que recitaba á pedazos sus versos ante un público sencillo y nada ilustrado. Pero en cambio los defensores del antiguo sistema no podrán ménos de conceder que todas las armonías citadas, y otras más, por ingeniosas que aparezcan, no probarán jamás la unidad de autor, siendo, como es posible, el que todas ellas fuesen producidas por un conjunto ó escuela de compositores, que unidos por los estrechos lazos de un mismo propósito y unos mismos sentimientos, resolvieron componer el poema, ó tal vez introducidas por cierta sociedad de críticos, que cogiendo en sus manos los elementos antiguos los arreglaron, los expurgaron y limpiaron de contradicciones, y para que la obra, en fin, pareciese más unificada, intercalaron referencias entre los elementos que destinaron para el fin y los que pusieron al principio.

En honor de la verdad, debemos decir que, segun nuestro criterio, el segundo de los procedimientos explicados presenta ménos visos de probabilidad, y es más expuesto á ser fácilmente descubierto, en tanto que la existencia de una escuela de Homéridas, que despues de fijar los caractéres de los héroes, sacó de los mismos caractéres los materiales del poema, es mucho más natural y probable. De este modo se explica cómo cada armonía ó incoherencia puede citarse como argumento confirmativo de su opinion por los dos diversos partidos. Tan difícil es suponer que un inteligente coleccionador y corrector deje pasar cualquier contradiccion, como el que un autor de imaginacion clara y penetrante no la perciba. Y tan fácil es procedan las verdaderas y sorprendentes armonías, no las imaginarias ó creadas por la imaginacion de los críticos, del natural concurso de una sociedad ó casta de hombres, como de la penetrante perspicacia de un solo mortal.

Lo primero, pues, que debemos determinar, apoyados en sólidos fundamentos, es el género de armonía que puede esperarse de un solo autor; despues el conjunto de incoherencias á que de ordinario da origen la negligencia de un solo entendimiento, y, por último, la falta de conexion de que tiene que adolecer un libro compuesto por varios escritores á un tiempo.

Cuestiones son éstas en las que es muy difícil que convengan en algo los partidarios de las diversas opiniones, pues las dificultades que son capitales para una clase de lectores, son de poco peso para otros, y para lo comun del público aparecerán fuertes ó débiles, no atendiendo á su intrínseca naturaleza, sino al talento y persuasion con que se las presente.

Tócanos, pues, solamente indicar los puntos capitales que, estudiada bien la cuestion, nos han parecido de mayor peso en la materia de que vamos tratando.

La cantidad de coherencia que racionalmente puede esperarse de un poeta aislado es tal que, al abordar este punto, debemos confesar ingenuamente ser incompetentes para apreciar su valor.

Empero refiriéndonos sólo á las incoherencias, y dejando aparte su medida, diremos tambien que hay algun fundamento más sólido para dar acerca de ellas algunas reglas, de las cuales enunciaremos las siguientes:

1.^a El olvido de hechos particulares ya en otras circunstancias referidos, y despues con nueva fase presentados, no siendo frecuente, no debe ser tampoco considerado como fuerte argumento contra la opinion que admite un solo autor. Así, por ejemplo, que el mismo hombre de oscuro linaje sea dos veces muerto, ó que Ulises descargue en la *Iliada* sus iras contra un enemigo ya cadáver, y hablar en la *Odisea* contra semejante práctica, no son hechos que suministran dificultades que merezcan el epíteto de sérias.

2.^a La incoherencia en la pintura de caractéres, al ménos controvertiblemente, no nos parece dificultad de monta contra la opinion que admite un solo autor, porque es muy dificultoso convenir en semejantes incoherencias, siendo así que los mismos ejemplos escogidos por una de las partes litigantes, el de Héctor, por ejemplo, para probar su aserto, es tambien citada por la otra como el más brillante espécimen de delicado dibujo de la humana debilidad y mudanza de carácter.

Al llegar á este punto nos encontramos con dos maneras de faltas, de muy distinto carácter. En efecto, supongamos en primer lugar que encontramos en realidad dos narracio-

nes claras y bien hechas que en su union muestren alguna incoherencia tal como la que podría encontrarse, por ejemplo, en la última línea del canto A y el comienzo del canto B, ó el comienzo del canto O comparado con el canto E.

Esto, sin duda, indicaría falta de coherencia en la concepcion original de los correspondientes versos, pero no negligencia en el compositor aislado.

En segundo lugar, si encontramos los mismos ó idénticos asuntos repetidamente manejados, sin una sola cita que haga referencia á los anteriores casos, puesto que dicha cita es natural y hasta necesaria, podremos inferir que las dos historias son obras independientes de diferentes autores. Así, por ejemplo, en el mismo dia en que los griegos habían consentido en el combate singular de Menelao y París y habían sido engañados y se habían roto sus tratados, vemos que convienen en otro desafío con Héctor sin objetar lo más mínimo y sin hacer la menor alusion á la anterior ignominia. Ni tampoco hallamos mencion de este combate en que fué Héctor vencido en ninguno de los ulteriores encuentros en que moviéndose de él lo desafia Ajax.

Así tambien, tampoco se hace mencion en los pasajes siguientes de la intentada reconciliacion de que habla el canto I, lo cual es tanto más de extrañar cuanto que parece natural que tal hecho viniese á cada paso á ocupar las mentes de los interlocutores.

Tampoco, por último, se hace mencion despues del canto K de los caballos de Rheso, ni aún se recuerdan al hablar de las corridas de carros, donde la alusion á los caballos de Eneas contienen un muy significativo *πότε* que quizas se refiera al dia anterior.

Estos son los géneros de faltas en la composicion que nos inducen á creer que la teoría alejandrina es errónea y que la *Iliada* y *Odisea* no son obra de un mismo genio.

Concluiremos respondiendo á dos argumentos muy especiosos contra esta idea, que probablemente harán alguna impresion en los lectores, de Mure y Mr. Gladstone.

¿Cómo se explica, dice Mure, si se suponen muchos bardos componiendo versos sobre la guerra de Troya, cómo se ex-

plica, repite, que todos los más renombrados entre ellos y que estaban destinados á sobrevivir á su nacion y á la cultura antigua hayan escogido para objeto de sus cantos tan sólo algunos pocos dias de aquella guerra de diez años, y que áun despues de escoger tan escaso período de tiempo hayan cantado los desastres y derrotas de su propia nacion?

La respuesta que hay que dar á esta objecion, al parecer irresoluble, es muy sencilla. Todos los mejores bardos no se limitaron á ese tan corto período, ni cantaron las derrotas de su nacion.

Segun una teoría, es manifiesto que la mano ordenadora que introdujo la trama en la *Iliada*, coleccionó cantos que no sólo convenían á otras partes de la guerra sino que en parte tambien se referían de lleno á sus comienzos.

Tal, por ejemplo, es la vista del ejército desde los muros en que estaban Helena y Priamo, y el duelo de Páris y Menelao.

Ademas, las mismas escenas de batallas que, segun el plan del compilador, debían describir la derrota de los griegos, no son más que himnos en celebracion de sus victorias.

En efecto, por cada griego que es muerto, caen muchos troyanos, y nos parece que el arreglador del enredo debió tener alguna dificultad en el manejo de materiales que en su mayoría debían oponerse á su concepcion dramática.

Mr. Gladstone, arguyendo contra la teoría dualista, despues de hacer notar la próxima conveniencia existente, no sólo entre los caractéres, sino tambien entre las narraciones de la *Iliada* y la *Odisea*, añade en la pág. 37 « que los otros épicos del *Ciclo* difieren en sus narraciones de las de la *Iliada*, » y que en los últimos escritores se hallan rebajados todos los grandes caractéres.

« Siempre podremos, añade, desafiar á nuestros opositores á que nos suministren la respuesta á la siguiente pregunta: ¿Cómo ha podido suceder que haya tan estrecha semejanza entre los dos poetas que se ponen en escena para los dos poemas, y al mismo tiempo tanta desemejanza entre ellos y los otros, que, al ménos por lo que se nos alcanza, practicaron el mismo arte.»

Estos *otros* poetas á que se refiere Mr. Gladstone no pueden ser más que los otros viejos poetas cíclicos. Mas ¿es acaso cierto que difieran tanto en sus narraciones de las correspondientes de la *Iliada*?

Confesamos que esto es cierto en muchos detalles del poema *Cypria*, pero de los demás, según nuestras noticias, no se puede afirmar otro tanto, ántes por el contrario sabemos que el poema conocido con el nombre de *Æthiopsis* conserva los mismos caracteres y los liga á la usanza de Homero.

Por consiguiente, miéntras Mr. Gladstone se complace en poner de relieve los contrastes con los poemas cíclicos, nosotros no nos atrevemos á asegurar que la correspondencia entre la *Iliada* y la *Odisea* fué desde un principio muy próxima y completa.

Así, que cuando los alejandrinos decidieron que éstas eran las dos únicas obras que realmente pertenecían á Homero, no intentaron más que expurgarlas y librarlas de todas las discrepancias, reduciéndolas así á la armonía que justamente admira Mr. Gladstone.

Así, por ejemplo, Aristarco expurgó en el canto Ω los versos comprendidos entre el 25 y el 30, porque aquí se hace mención del Juicio de Páris, desconocido, según parece, por Homero, y al contrario muy conocido por el autor del poema *Cypria*.

Así, pues, las ediciones alejandrinas ampliaron las distancias entre Homero y el poema cíclico, al par que redujeron á Homero á más estrecha coherencia.

Empero insistimos en afirmar, que primitivamente las distancias no fueron tan grandes, porque muchas generaciones de griegos inteligentes *no vieron dificultad alguna en atribuir los poemas cíclicos á Homero*.

Á pesar de todo, había mucha diferencia en el verdadero mérito de estas obras, y si no podemos negar esto, ¿cómo lo explicaremos?

Tocar tan interesante cuestión de literatura en los últimos párrafos de un artículo sería un crimen, y así afirmaremos únicamente que dicho mérito dependía en parte del genio del poeta ó poetas, que forjaban las concepciones que con-

tiene nuestro Homero , concepciones esencialmente dramáticas, si se las compara con el plan analítico de la Cicle.

Tambien puede depender la diversidad de mérito, de que mientras los versos de Homero fueron tomados de la nueva fuente de la poesía épica que brotaba en suelo vírgen, los poetas cíclicos, nacidos en épocas más recientes, compusieron sus poemas á imitacion de los antiguos cantos épicos en un tiempo en que ya había caído la flor y las grandes almas habían vuelto sus ojos ya á la nueva inspiracion de los himnos líricos.

Una palabra más, y terminamos.

Mr. Gladstone y el profesor Geddes repiten el antiguo argumento de la teoría unitaria, que los separatistas y atomistas se hallan inhabilitados para convenir en ninguna teoría. A lo cual se nos ocurre preguntar : ¿Y por qué han de hacerlo? Una teoría mala puede seguramente ser destruida ántes que se conozca la buena que ha de sustituirla.

Tal argumento niega los derechos y valor de la crítica negativa, y al ver á Mr. Gladstone echar mano de él, nos parece contemplar á Héctor lanzándose contra ejércitos enemigos con paso más majestuoso del que convendría. Quizas para vencerle se necesitaría la inteligencia de Aquíles ; mas á pesar de su grandeza, se ha colocado en punto tan débilmente fortificado, que cualquier inferior podrá vencerle, como los débiles griegos vencieron á los poderosos troyanos, mayores en número y más fuertes que ellos.

J. P. MAHAFFY.





LAS CIENCIAS EN 1878

DROFUNDAMENTE impresionados dejaba á los hombres científicos el año 1877, con los admirables adelantos realizados en sus últimos días. Los nombres de Cailletet y de Raoul Pictet se repetían con entusiasmo en las cátedras de ciencias, en las academias y en los ateneos. El primero, ya conocido desde hacía diez años por sus notables trabajos acerca de la influencia de la presión en los fenómenos químicos, y por sus operaciones metalúrgicas en los hornos de Chatillon, acababa de liquidar el óxido de carbono, el hidrógeno y el nitrógeno despues de haber hecho sus principales ensayos con el gas acetileno; el segundo, de la distinguida familia de físicos suizos, había anunciado á la Academia de Ciencias de Paris, la liquefaccion del oxígeno. «Ya no hay gases *permanentes*:» se decía con singular complacencia entre los hombres estudiosos; las teorías de la física del movimiento molecular, las predicciones del inmortal Lavoissier, del ilustre Dumas y de Thomas Graham, se habían realizado.

Con tan digno complemento terminaba el año que, por cierto, ha de ser citado preferentemente en la historia de las

Ciencias. Durante él, Mr. Asaph Hall había descubierto desde el observatorio de Washington los dos satélites de Marte, que han sido bautizados con los nombres de *el Terror* y *la Fuga*; ocho nuevos asteroides vinieron á aumentar el catálogo de los ciento sesenta y nueve ya descubiertos; Draper había ideado una teoría nueva del espectro solar, á consecuencia del descubrimiento de la existencia del gas oxígeno en el Sol; y Janssen en su observatorio de Meudon, Ventosa en el de Madrid y Denza en Roma, estudiaron con detenimiento nuevas manchas solares. En ese año apareció el *teléfono*, la invención maravillosa de Graham Bell, de cuyo aparato se contaba, que había reproducido en Boston, ante un auditorio asombrado, las armónicas estrofas del *The last Rose of Sumper*, que una prima donna cantara en Malden; del cual se dijo que en Londres, en Queen's Theatre, reprodujo en medio de los aplausos del público los compases completos de la canción *Blue bells of Scotland*, ejecutada á gran distancia, en la sala de conciertos de Canterbury-Hall en Lambeth; experiencias curiosísimas que se repitieron bien pronto en todas las capitales de Europa adonde llegó en triunfo el teléfono, modificado más tarde por Gray para la transmisión especial de los sonidos de los instrumentos de música. El uso de la luz eléctrica se perfeccionó notablemente en manos de Jablochhoff que á sus admirables descubrimientos anteriores, añadió el de poder obtener multitud de focos luminosos distintos con una sola pila, resolviendo el problema de la divisibilidad completa de la luz eléctrica, con todas sus ventajas. El deslumbrador arco voltaico, en su segura empresa de destronar al gas, hijo de la hulla, apareció ya este año iluminando en Paris los grandes almacenes del Louvre, las galerías de servicio de la estación del Norte, el gran establecimiento de Breguet, los talleres de construcción de Lemonier y Santers, la fábrica de Menier, y otros centros importantes en las provincias. Con este género de adelantos se relacionaron los del perfeccionamiento de la fabricación de los carbones para la luz referida, hechos por Carré, y por Gauduin y Gramme, y la nueva lámpara eléctrica de reóforos oblicuos de Reynier; Crookes, el autor del *radiómetro*, que á tantas discusiones y estudios dió lugar, amplió su invención con

las variadas formas que dió al otheóscopo; Cailletet, destinado á brillar bien pronto por sus asombrosos trabajos, y firme en sus estudios acerca de las presiones, construía un poderoso manómetro capaz de apreciar gran número de atmósferas; el barómetro aneroide comun se transformó por el ingenio del mecánico Redier, en el curioso «barómetro Hércules;» en Inglaterra un nuevo pirómetro, de mercurio por cierto, invencion de Main, reemplazaba en casi todas las grandes fábricas al eléctrico de Siemens; la higrometría se enriqueció con un higrómetro de condensacion más, debido á Alluard; y entre los curiosos aparatos de aplicacion á la meteorología por todas partes circularon las *flores barométricas* y el *camaleon-Lenoir*. Nuevos y poderosos vuelos tomó en su creciente progreso esta importante aplicacion de las ciencias físicas, bajo el amparo del ilustre periodista S. J. Gordon Bennet, el director del *New-York Herald*, el que envió á Stanley al centro del Africa en busca de Livingstone, y el que ha dispuesto una gran expedicion científica al Polo Norte, quien por medio de sus avisos meteorológicos dirigidos desde la redaccion del famoso periódico á todos los puertos del Norte de América y de las costas de Inglaterra y Francia ha prestado, y presta hoy, inmensos servicios á la navegacion, y ha evitado muchísimas catástrofes. No solamente los meteorologistas americanos, sino cuantos marinos trabajan en el Atlántico, han encontrado una verdadera providencia en el insigne director del diario referido.

La química añadió un cuerpo simple más al catálogo de los que ya contaba: el metal *davyum*, descubierto por Sergio Kern, un cuerpo semejante al rutenio y al molibdeno, procedente de las arenas ó gangas platiníferas. Carnot presentó un nuevo método para analizar cualitativa y cuantitativamente la potasa, operacion ántes tan difícil; se amplió mucho y con gran provecho la útil fabricacion del vidrio templado; Radziszewski descubrió el modo de producir, por varios procedimientos y combinaciones químicas la fosforescencia; Fremy hizo notables estudios y descubrimientos químicos en los tejidos y en la materia verde de los vegetales; y se obtuvieron en los Estados-Unidos por Moss y Naylor dos nuevos productos

de la destilacion del petróleo: la vaselina y la cosmolina, que han de tener gran aceptacion en la farmacia.

Anotó la historia natural entre sus conquistas: el descubrimiento de un nuevo elefante antidiluviano entre los hielos de un rio de la Siberia; la hábil reconstitucion de un mammoth fósil en el rico museo de Berg, cerca de Stuttgart; el hallazgo de plantas fósiles en las regiones árticas; el de un nuevo ejemplar de la curiosísima ave prehistórica *Archæopteryx lithografica*, verificado en las canteras de Solenhofen; los descubrimientos de grandes criaderos de sal en el Estado de Nevada, y de grafito en California; el de la *Phitolocea*, planta eléctrica de extraordinarias cualidades; los estudios de Hugo de Bulach sobre la influencia de la electricidad en la alimentacion de las plantas; y el establecimiento de una estacion zoológica en Leyde, sobre el mar del Norte, en la que varios distinguidos naturalistas, se dedican al estudio de los moluscos, crustáceos, anélidos, etc. Estudió la Agricultura: el empleo de la dinamita en los cultivos, la dorifora, el insecto americano enemigo de las patatas; los nuevos y terribles enemigos de las vides; los positivos y crecientes beneficios que los consejos y las prácticas de la ciencia están produciendo en las Landas, y en la inmensa extension de la Gascuña; y las notables experiencias del sabio agricultor Dehérain sobre los abonos químicos. Multiplicáronse en 1877 en Inglaterra, América y Alemania los telégrafos subterráneos; construyó Remington en Nueva-York la famosa máquina de escribir por medio de un teclado; volvió á tratarse y discutirse detenidamente el proyecto de la formacion del mar interior en el desierto de Sahara; se inauguró el gigantesco puente de Tay, entre Tay-Port y Brouhgtton-Ferry (Escocia), colosal construccion de hierro de 3.200 metros de longitud, compuesta de 85 arcos, de los cuales el del centro tiene 26 metros de luz; discutieron largamente los higienistas sobre si las sales de cobre son ó nó venenosas, y sobre los daños que produce la calefaccion de las habitaciones por medio de estufas de hierro fundido; y regresó desde Buenos-Aires á las costas de Francia el navío *Frigorífico*, ingeniosísima construccion, destinada á traer á los mercados europeos las carnes frescas de las reses muertas en la América del Sur.

Tales fueron, entre otros muchos, los adelantos que honraron la memoria de ese año, el último de la existencia de distinguidos sabios á quienes la ciencia elevó á la envidiable línea de los grandes genios.

Fué uno de ellos, el más ilustre de los hombres científicos, el eminente astrónomo Leverrier que con el poder de su inteligencia y con el manejo de los cálculos sublimes, halló un mundo (Neptuno), en la inmensidad de los espacios interplanetarios, allí donde los astrónomos modernos con sus poderosos aparatos no habían logrado distinguir ningun astro desconocido; insigne é incomparable victoria de la teoría newtoniana de la gravitación. Él estableció el servicio de avisos meteorológicos á los puertos de Francia, el servicio de avisos agrícolas, construyó y reformó multitud de aparatos de astronomía y geodesia, y además de sus grandes trabajos de astronomía y geodesia, y además de sus grandes trabajos de astronomía matemática publicó la inmensa obra *Anales del Observatorio*, capaz por sí sola de inmortalizarle. Murieron también entre otros físicos distinguidos, el famoso Ruhmkorf, inventor de la gran bobina electro-magnética que lleva su nombre; el eminente astrónomo maestro de la mayor parte de los astrónomos alemanes, Carlos de Litrow, director del observatorio de Viena; el doctor Heiss, catedrático de matemáticas y director del Semanario astronómico de Munster; Sir Owe Roland el insigne meteorólogo del observatorio de Highgate (Londres); y el popular y veterano profesor alemán Poggendorff, infatigable físico publicista, fundador de la famosa revista científica alemana vulgarmente llamada *Annalen Poggendorff*.

Año tan fecundo para las ciencias, se completó dignamente en sus últimos días, como he dicho con los grandes trabajos de la liquefacción y solidificación de los gases permanentes debidas á Cailletet y á Raoul Pictet.

**

El día 11 de Enero de 1878, Pictet, que había ya liquidado el oxígeno, comunicó desde Ginebra á la Academia de Ciencias de Paris esta noticia: «Acabo de liquidar el hidrógeno á

la presión de 650 atmósferas y á 140 grados bajo cero. El líquido obtenido se ha solidificado por evaporación. El chorro líquido aparecía, con intermitencia de un color azul de acero. Produce al caer al suelo un efecto semejante al de la granalla de plomo, con un ruido estridente característico. He podido conservar el hidrógeno solidificado durante algunos minutos en el tubo.» Cailletet había llegado también á obtener una especie de liquefacción del mismo gas en el laboratorio de la Escuela Normal de Paris, el día 31 de Diciembre anterior. Desde los primeros días, pues, de este año pudo decirse en las ciencias físicas lo que hasta entónces nadie se hubiera atrevido á asegurar: que no existían ya gases permanentes; que el óxido de carbono, el oxígeno, el nitrógeno, el hidrógeno y el aire mismo podían ser liquidados y hasta solidificados. La teoría mecánica del calor, que asegura la identidad entre el calor y la fuerza; que enseña que *todos* los cuerpos pueden cambiar de estado aumentando ó disminuyendo la fuerza repulsiva de separación de las moléculas, por la adición de calor ó de fuerza de compresión ó por la sustracción de ambos elementos, acababa de obtener uno de los triunfos más trascendentales que recuerdan las ciencias. Sin estar en relación el físico francés con el suizo, siguiendo ambos distintos procedimientos, llegaron á los mismos resultados. Cailletet comprimió los gases contenidos, sobre un cilindro hueco de acero lleno de mercurio, en una probeta de vidrio de gran resistencia, por medio de una prensa hidráulica, á la temperatura de -29° , elevando la presión á 300 atmósferas para el óxido de carbono y el oxígeno, y á mayor presión para los otros dos gases. R. Pictet hizo producir el gas oxígeno por los medios ordinarios en una retorta muy resistente, de la cual pasaba á un tubo, donde se comprimía hasta 320 atmósferas, rodeándole además de una poderosa mezcla frigorífica, formada por la combinación del ácido sulfuroso y del ácido carbónico, impelidos durante mucho tiempo al reducido espacio del cilindro envolvente, y que producían la temperatura de 140 grados bajo cero. Comprimido el gas por sí mismo, expuesto á esa disminución de calor, y producida de repente su expansión, dándole salida al aire libre y evaporada parte de su masa

por consiguiente, se produjo en ella una absorcion de calor tan considerable que apareció el oxígeno líquido en el interior del tubo, y saltó un chorro de él en cuanto se inclinó el aparato. Siendo la cohesion molecular una propiedad general de los cuerpos, sin ninguna excepcion, Pictet trabajaba hacia mucho tiempo en demostrarlo, insistiendo en que si ciertos gases no se podían liquidar, esta ley no sería cierta, y era necesario admitir que sus moléculas constitutivas no obedecían á la ley general de la cohesion. Con gases químicamente puros, pudiendo disponer de grandes presiones, de bajas temperaturas y de grandes superficies de condensacion, y de los efectos de la expansion y de la evaporacion y enfriamiento consiguientes, ó la cohesion no sería tal ley general y los gases llegarían al cero absoluto convirtiéndose en una sustancia sin consistencia é inerte, ó el cambio de estado debía tener lugar. El ilustre físico ginebrino no se engañó en sus apreciaciones. La ley general fué un hecho. Nadie pensó en que pudiera haber rivalidad entre los dos famosos reductores de los gases, que á un mismo tiempo llegaron á obtener tan asombrosos resultados. Como dijo muy bien el eminente Sainte-Clair Deville al explicar en la Sorbona, poco tiempo despues de estos descubrimientos, y al repetir las experiencias de Cailletet: «Pictet es el hombre de las aplicaciones del frio, y Cailletet el de las aplicaciones del calor; estos rivales no lo son, son amigos; ¡que unan sus esfuerzos, y tal vez un dia nos presentarán un lingote de hidrógeno y un pan de aire!»

*
* *
*

Cuando hechos científicos de tanta significacion y valía traían al catálogo de los sabios eminentes nuevos nombres, lloraba la ciencia la pérdida de algunos otros, que habían merecido ya con sobrada justicia, repetidas veces, los laureles que dan derecho á la inmortalidad. Becquerel, Claudio Bernard, Regnault y el P. Secchi murieron en el corto espacio de un mes, á principios del año. A ninguno de ellos les negaron en vida

los hombres científicos la más profunda admiración, el más justo respeto; á todos les considera la ciencia, despues de su muerte, como á hijos inmortales.

Becquerel tenía noventa años; se había templado en su juventud en los campos de batalla, en la titánica lucha de la independencia española, peleando en Tarragona, en Tortosa y en Valencia; dejó, siendo jefe de un batallon, la espada por los libros y bien pronto resonó con aplauso su nombre al enunciar la teoría química de la pila y al redactar sus leyes. En 1829 entró en la Academia de Ciencias; despues descubrió su pila de corriente constante con sus múltiples aplicaciones, especialmente para la descomposicion de los óxidos y sales y para la galvanoplastia; descubrió un termómetro eléctrico, una balanza electro-magnética, un galvanómetro diferencial, y fué en climatología y meteorología general y en los estudios de utilidad inmediata para la agricultura el más eminente de los maestros. Claudio Bernard, el gran discípulo y sucesor de Magendie, fué el que más ha contribuido á la creacion de la importantísima ciencia: la fisiología esperimental, luz y guía de la medicina. Hace treinta y tres años le valieron gran reputacion sus estudios sobre el páncreas, y desde entónces, asombran el número de las sobresalientes obras fisiológicas que dió á luz, y el de sus trabajos experimentales. Logró todos los premios ofrecidos á la fisiología, y se disputaron su palabra todas las cátedras más afamadas de Paris. Empezó la grandiosa campaña que ha de matar al empirismo médico, y deja entusiastas y sabios discípulos que terminen la obra. Fué filósofo dentro del positivismo experimental y luchó victorioso en todos los terrenos con las terribles armas de los hechos prácticos. La juventud médica del mundo entero le seguía entusiasmada; hoy le estudia sin cesar. Dejó escritas entre otras obras las: *Lecciones sobre el gran simpático y sus relaciones con el calor animal*; *Lecciones de fisiología experimental*; *Memoria sobre el páncreas*; *Lecciones sobre los efectos de las sustancias tóxicas y medicamentosas*; *Fisiología del sistema nervioso*; *Propiedades fisiológicas de los líquidos del organismo*; *Lecciones sobre la nutricion y el crecimiento*; *sobre patología experimental*; *sobre el calor animal*; *sobre los anestésicos y la*

asfixia; sobre la diabetes; Fisiología general, y la Introduccion al estudio de la medicina experimental, en fin, en la que «dejó expuesta la doctrina de la solidaridad indisoluble de todas las condiciones necesarias al cumplimiento de los fenómenos vitales,» bajo el nombre de *determinismo*.

Regnault, uno de los primeros físicos contemporáneos, el maestro predilecto de la juventud en las clases de química, ingeniero de minas, catedrático, académico, director de la Manufactura de Sevres, dejó en las ciencias grandes trabajos. A él debe la física la continuacion de las célebres observaciones de Dulong sobre la compresion de los gases; sus leyes en el calor sobre las fuerzas elásticas de los vapores, y sus estudios sobre los coeficientes numéricos, y otras investigaciones de primer orden. Al morir su brillante hijo Enrique, admirable pintor de grandes esperanzas, víctima de una bala prusiana en la batalla de Montretout; al encontrar despues deshecho por los alemanes su rico museo archivo de Sevres, Regnault sucumbió moralmente, viviendo desde entónces hasta 1878 entre la admiracion y el respeto del mundo sabio, como una pobre luz falta de aire saludable en que arder y brillar.

El P. Secchi, ilustre director del observatorio del Colegio Romano, era uno de los astrónomos más eminentes de nuestros dias, y sus memorias publicadas durante cerca de treinta años le habían hecho adquirir envidiable crédito en las Academias más notables del mundo sabio. En los difíciles y transcendentales estudios del Sol, tan en boga hoy, figuraba en primera línea. Su magnífica obra *El Sol*, completada recientemente con la titulada *Las Estrellas*, le han valido una reputacion inmensa, y no faltan en ninguna biblioteca de los hombres estudiosos. Obtuvo en Paris en 1878 la gran medalla de oro por su ingenioso metereógrafo. Sus estudios sobre física, meteorología y astronomía significan una cantidad maravillosa de trabajo, de las mayores y más profundas que nuestro siglo puede ostentar.

* * *

Tambien fué á principios de año cuando Italia, Francia é Inglaterra honraron espléndidamente al gran viajero Enrique Moreton Stanley, el genio práctico de la ciencia geográfica. Cumpliendo el encargo del director del *New-York Herald*, había partido al centro de África en busca de Livingstone; le encontró en Oujidjid, á orillas del lago Tanganyika, y excitada su afición á los descubrimientos, marchó de nuevo, despues de muerto el doctor, á recorrer el inmenso continente, subvencionado por dicho diario y por el *Daily Telegraph*. Su viaje al traves de los desconocidos territorios que hasta aquí no han tenido nombre en los mapas, forma una curiosa y dramática epopeya. Marchando hácia el Norte, desde Zanzibar, llegó al lago Victoria, en la misma línea ecuatorial, despues de haber atravesado los territorios del Ougogo y del Oukibon, despues de haber derrotado á los onatourones, despues de haber cruzado más de veinte grandes rios y de haber perdido 146 hombres. Hizo el estudio completo del lago y de todas las comarcas inmediatas. Penetró en el territorio comprendido entre los tres grandes lagos, Victoria, Alberto y Tanganyika, volvió á visitar á Oujidjid ($4^{\circ} 50' S. 27^{\circ} 30' O.$); exploró el Loukonga, y tras un corto descanso, partió animoso hácia Occidente, treinta y cuatro meses despues de su salida de Zanzibar. Llegó al país de los antropófagos de Manouyema, á Nyangwé, sobre el rio Lualaba, donde se hace la más horrible trata de negros. Cambió su marcha al Norte avanzando por dicho rio al pié de los montes Ouregga, donde la expedición empezó á sufrir indescriptibles trabajos al atravesar las feroces comarcas salvajes y las grandes cataratas. A los $0^{\circ} 14'$ continuó la vía del rio que rápidamente toma la vuelta al SO., formando ya el conocido Zaire de los mapas geográficos, que avanza en una extensión inmensa con una anchura de 5 á 18 kilómetros. Treinta y un combates sostuvo Stanley en este rio contra los indígenas, y tuvo más tarde que atravesar las 62 cataratas de Ntamo, Yella-la, Massasa y Mbelo ($5^{\circ} S. 12^{\circ} O.$). Tocó al fin de su maravilloso viaje en Embomma, sobre la desembocadura del Congo, á un paso del Océano Atlántico, al que había conseguido llegar desde el mar de las Indias, atravesando el África de Este á Oeste. Tal fué la asombrosa expedición del periodista insigne,

á quien á su regreso á Europa se recibió con más entusiasmo y con más cariño que al más invicto de todos los Césares, entre las aclamaciones del mundo sabio y entre los vítores de la inteligencia. Al llegar á Lóndres recibió de su municipio el título de ciudadano de la gran metrópoli; Paris por su parte le tributó los más distinguidos honores que la ciencia puede hacer.

* * *

Continuó el teléfono excitando la curiosidad del público y de los hombres estudiosos, y sufrió multitud de reformas de más ó menos útil aplicación. Garnier y Pollard idearon la colocacion de una pila intermedia de refuerzo para que aumentara la intensidad de las vibraciones de la placa del receptor; Demoget, con objeto de ampliar el efecto útil del aparato, y de dar mayor fuerza al transmisor, aumentó y dispuso ingeniosamente el número de las placas bucales. Trouvé, en su tarea de reforzar también la intensidad de las corrientes de transmision, presentó á la Academia un nuevo teléfono de membranas ó placas múltiples, cuyos efectos son muy superiores á los del primitivo de Bell. Marin Maillet, de Lion, presentó otro proyecto para amplificar muchísimo los sonidos, valiéndose de un espejo acústico reflector, que reproduciendo la voz sobre distintos teléfonos á la vez, multiplicaba extraordinariamente sus efectos. L. Seguin ideó y construyó un interruptor automático, destinado á las estaciones telegráficas para hacer fácil la correspondencia con los teléfonos; Louis Olivier dió á la placa vibrante una forma cóncava de seccion elíptica, inclinada sobre el eje del aparato, y extendida en el punto de su maximum de espesor, con objeto de obtener la reproduccion exacta del timbre de los sonidos sin alteracion alguna; reforma que de conformidad con el proyecto de Moncel se aplicó para cinco teléfonos á otras tantas caras de un cubo, reservando la sexta para hablar. M. Breguet, secundado por el hábil y estudioso

Lippmann construyó el teléfono de *mercurio*, sin pila, sin efecto para los efectos perturbadores en las líneas muy extensas, de sencillísima construcción, y que transmite con fidelidad exacta á la placa receptora todas las vibraciones de la transmisora, condicion que no llena el de G. Bell.

El imperio alemán aceptó con tanta decisión el uso del teléfono para la correspondencia pública, que en Mayo había ya abiertas 68 estaciones telefónicas; 41 completamente preparadas y 111 señaladas para la instalación.

Pero al ruidoso éxito del teléfono sucedió bien pronto el que obtuvo otro admirable aparato que ha hecho de su inventor EDISON, el hombre del año de 1878. Edison, el genio popular de las invenciones, el autor de continuadas y sorprendentes maravillas electro-mecánicas, se dió á conocer hace muy poco tiempo por el *fonógrafo*, el instrumento maravilloso que apunta ó graba las vibraciones del sonido, y que las reproduce despues á voluntad de cualquiera. Todo el mundo conoce su composición: el cilindro horizontal de cobre, rayado en espiral en toda su superficie que gira al rededor de su eje por medio de un manubrio; la hoja de papel de estaño que se fija sobre el cilindro; el volante regulador del movimiento, y la boquilla con su membrana vibrante y su estilete ó aguja. Las vibraciones sonoras se reproducen en la membrana, y con ella vibra al unísono la punta de acero marcando en la hoja móvil de estaño una serie de puntos determinados, que cuando se vuelven á hacer pasar, con la misma velocidad con que han sido producidos, por la punta de acero, hace vibrar ésta á su vez á la membrana, y el oído percibe reproducidas exactamente las vibraciones. Edison inventó este aparato con su ingeniosa penetración, casi por casualidad, distrayéndose un día en hablar dentro de su sombrero de copa alta, al que sostenía por fuera con la mano izquierda, en cuyos dedos percibió el efecto de las vibraciones que su voz ocasionaba en la copa. El primitivo fonógrafo de Edison era muy defectuoso; así es que son muchas las reformas y perfeccionamientos que ha sufrido. Hoy el fonógrafo es casi un instrumento de precisión. Un aparato de relojería le comunica el movimiento de rotación uniforme; un regulador de paletas planas da la nor-

ma de este movimiento, y el tallo anotador ó grabador termina en una punta de ágatas.

A la maravilla del fonógrafo añadió Edison bien pronto la de la *Pluma eléctrica*, aparato de una pila unida á dos electro-imanés, que ponen en movimiento un tallo metálico, merced al paso intermitente de la corriente y á la ingeniosa disposición de los electro-imanés. Escríbese con dicho tallo, como con una pluma, y las letras se forman por una serie de puntos hechos con una velocidad de más de 150 golpes por segundo. El pliego «negativo», así agujereado sirve de calco hueco pasador, para poder reproducir en otro «positivo», colocado debajo de él, todo lo que se ha escrito pasando sobre él un cilindro rodillo empapado en tinta. Después de la pluma vino el *Aerófono*, aparato que permite dar á la voz humana una intensidad quinientas veces mayor que la normal. Compónese de un tubo cilíndrico con una embocadura perpendicular á su eje, y que contiene en su interior dos ó más placas vibrantes. Cada vibración de las placas se refuerza por una emisión simultánea de aire comprimido, en una caja especial unida á un lado del tubo. Fácilmente comprenderá cualquiera las importantes aplicaciones de este instrumento. Edison nos envió á continuación el *Microtasímetro*, aparato que, como su nombre lo indica, hace sensible la cantidad más pequeña de calor ó de fuerza que obran sobre él, basado en la contracción ó dilatación de una barrita de cobre, que comprimiendo más ó menos á un disco de carbon, y aumentando ó disminuyendo por consiguiente su densidad, transmite con más ó menos intensidad una corriente eléctrica que va á parar á un galvanómetro.

En las últimas semanas de este año se ha hablado de otro invento más de Edison, relativo á la divisibilidad completa y al manejo fácil y económico de la luz eléctrica, sin que hasta el momento se hayan recibido detalles; pero como todo cuanto viene garantido con su nombre tiene hoy tanta autoridad en Europa, nada tendrá de extraño que las ciencias registren una nueva conquista realizada por el joven ingeniero de Menlo-Park (New-Jersey), que en su inmenso laboratorio y con sus cinco operarios, envuelto en su bata, hecho un «heredor,» como en el país le llaman, y rodeado de su esposa, de

su hijo *Dot* (punto) y de su hija *Dash* (raya), — así los ha bautizado con los nombres de los únicos signos del alfabeto de Morse; — vive infatigable y retirado, asombrando al mundo con sus invenciones. Trabaja sin cesar, aún habiendo logrado tener ya 500.000 pesetas de renta, y sólo le aburre en extremo el sinnúmero de curiosos que acuden á visitar al «*the papa of the phonograph.*»

Edison es tambien el autor de un teléfono especial que ha sido el precursor de otra reciente y utilísima invencion: *el micrófono*, del cual hay varios modelos. Se ha concedido á Mr. Hughes la gloria de su invencion. El micrófono es para el oido lo que el microscopio para la vista; con él se perciben los sonidos y ruidos más finos y delicados, los que para la generalidad pasan por imperceptibles. El ilustre telegrafista americano, inventor del telégrafo autoescritor que lleva su nombre, despues de continuas y profundas observaciones, construyó el micrófono, el aparato más sencillo, pero por cierto el más sensible que posee la física. Una barrita de carbon de las que sirven para la luz eléctrica está fija verticalmente y en equilibrio inestable delante de una tabla muy delgada, á dos soportes de carbon tambien, en que están los huecos donde la barra mete sus puntas; la tabla vertical se apoya en otra horizontal que sirve de base al aparato, y de los soportes de carbon parten los alambres reóforos á la pila y al receptor, que es idéntico al del teléfono Bell. Parece increíble, que á algunos kilómetros de distancia se oiga con el micrófono, como se oye, el ruido más leve que se produce en la tabla horizontal el paso de una mosca, por ejemplo. Dedúzcase de aquí la sensibilidad del aparato. M. Trouvé ha perfeccionado un tanto este aparato, encerrando el cilindro de carbon en una cajita cilíndrica resonante y haciéndolo portátil. La acústica médica ha hecho inmediatas aplicaciones del micrófono, convirtiéndolo en un aparato estetoscópico de los ruidos interiores del organismo, y que de seguro abrirá grandes horizontes á las investigaciones fisiológicas. Entre otros, el doctor Henri Thompson lo ha aplicado á la determinacion de la existencia de la piedra en la vejiga, uniéndolo á los choques más ligeros del catéter, y cree que será posible tambien investigar por medio

de él la existencia de los proyectiles en el interior del organismo.

Posible es, que la historia científica de este año pueda honrarse con el descubrimiento de un nuevo planeta, *Vulcano*. Hay en los Estados-Unidos, — ¡ parece indudable que está destinada la gran república Norte-americana á llevarse la mayor parte de la gloria de los descubrimientos! — Hay en Ann-Arbor un eminente y sabio astrónomo llamado Watson, que entre otros grandes méritos por sus trabajos, cuenta el de haber descubierto desde su observatorio, en estos quince últimos años, los asteroides: Eurinone, Minerva, Aurora, Hecaté, Helena, Hefa, Climene, Artemisa, Dione, Thirra, Altea, Herminione, Nemesis Etra, Cirene, Tuewa, Nuva, Ator, Sibila y otros tres, que áun no sé cómo ha ba utilizado, total veintidos astros nuevos; pues bien, este sabio con ocasion del eclipse de sol del 29 de Julio último, anunció á las Academias sabias de Europa que *al fin* había logrado descubrir el nuevo planeta Vulcano, cuyos coordenadas son: ascension recta $8^{\circ} 16'$, declinacion $18^{\circ} 23'$, y que el tiempo de su revolucion alrededor del Sol es de 24 dias, es decir, la cuarta parte ménos de lo que tarda Mercurio, que hasta ahora era el planeta más próximo al astro centro. Si el hecho se comprueba, dadas las grandes dificultades para su observacion, tendremos en nuestro sistema solar un nuevo planeta interior más, y los grandes cálculos de Leverrier, que fueron coronados con el descubrimiento de Neptuno, y relativamente á las tablas astronómicas de Mercurio, predicen la existencia de Vulcano, completarían en honor al inmortal astrónomo la victoria más grande que ha obtenido la inteligencia humana. Muy divididos están los astrónomos en este asunto, y es preciso aguardar á que en las venideras ocasiones favorables se hagan nuevas comprobaciones para aceptar definitivamente el descubrimiento de Watson.

Entre otros aparatos científicos nuevos, debemos recordar los siguientes :

La lámpara eléctrica incandescente, de Reynier; de un solo carbon, que arde en el aire, con un sencillísimo regulador, y capaz de ser utilizada en el fraccionamiento de la luz eléctrica y en el servicio doméstico.

El políscopo de M. Trouvé, destinado á iluminar el interior de las cavidades, como las del cuerpo de los animales, los tubos, las galerías subterráneas, etc., y compuesto de una caja-pila secundaria de Planté, provista de un reostato regulador de precision de los electrodos, y de un variado sistema de reflectores para la utilizacion de la luz que produce la incandescencia del hilo de platino que cierra el circuito.

El giróscopo eléctrico de G. M. Hopkins, aparato en que la electricidad obra como agente motor, haciendo el movimiento todo lo continuo posible, y uniéndose para producirlo á la accion de la gravedad, y con el cual se ve y se estudia claramente la persistencia con que se mantiene en su plano rotatorio un cuerpo que rueda ó gira constantemente á pesar de la gravitacion.

El regulador eléctrico de Reynier, ó lámpara eléctrica de reóforos circulares oblicuos, que produce una luz igual, cualquiera que sean las desigualdades que presenten los carbon del arco voltaico, aparato definitivamente perfeccionado este año.

El sacarímetro ó polarímetro Laurent, ingeniosa modificacion del sacarímetro comun, y con el cual, variando á voluntad el ángulo de las secciones principales de cada una de las dos mitades de los diafragmas portadores, «permite estudiar con grandes ventajas diferentes ángulos, á fin de determinar cuál es el que mejor debe adoptarse en casos bien determinados.»

La pila de GaiFFE, de bióxido de manganeso y cloruro de zinc, de corriente constante, que ni produce grandes cantidades de sales que inutilicen ó detengan la corriente eléctrica, ni da vapores perjudiciales, ni exige la renovacion frecuente de líquidos.

Este hábil constructor eléctrico ha ideado y puesto en prác-

tica el sustituir el hierro y otros metales en las preparaciones de la electro-plastia por el antimonio, y ha inventado tambien una *romana manométrica*, que tiene gran aceptación.

El nuevo *plano inclinado* de A. Stevart, con el que puede demostrarse, con una precision hasta aquí desconocida en este género de aparatos, las leyes de la caída de los cuerpos.

La nueva *cámara lúcida* de Pellerin, modificación ingeniosa y útil de la de Wollaston.

El motor eléctrico de Trouvé, de fuerza constante, compuesto de una serie de paralelógramos, que en sus articulaciones llevan varios electro-imanés, y con el cual pretende su autor establecer cierta analogía con las antiguas hipótesis de la contracción muscular.

El logógrafo de Barlow, que convierte las vibraciones que la voz produce en una membrana articulada por medio de una palanca de aluminio con un pincel humedecido en tinta, en una serie de rasgos determinados, sobre una tira de papel móvil.

El *foneidóscopo* de Sedley Tailor, destinado á representar ópticamente los detalles más minuciosos del movimiento vibratorio sonoro.

Merecen citarse tambien, entre la serie de constantes estudios físicos que preocupan y han dado envidiable crédito á algunos sabios, los de los espectros magnéticos llevados á cabo por P. Thomson, de Paris, y Silvames de Lóndres; los de los imanés en general, por Jamin; los de Terquem de Lila ampliando y perfeccionando los conocidos experimentos de Plateau sobre las superficies de equilibrio que afectan los líquidos adheridos á las aristas de sólidos geométricos; las investigaciones de Gaston Planté con sus poderosas baterías secundarias acerca de los efectos de las corrientes eléctricas de gran tension, y entre ellos la producción de la luz *electrosilícica*, la de luz en las láminas y vasos de vidrio y en el cristal de roca, y sobre todo el grabado eléctrico sobre cristal; los estudios de A. Breguet y de Marcel Desprez sobre el empleo de los aparatos electro-magnéticos como máquinas motoras, y como de primera importancia, las incansables tareas de Faye,

Gornu, Jansen Lockier y otros, acerca de la constitucion del Sol.

Entre los trabajos químicos que se han llevado á cabo, figuran : La construccion del aparato *Molteni* para la preparacion de los gases , sencillo invento que permite aprovechar hasta la última burbuja de gas obtenido, siempre que se trate de aquellos que se forman por la accion de un líquido sobre una sustancia sólida. El nuevo método de Haro para la determinacion de la riqueza alcohólica de los vinos , ampliacion ingeniosa del uso del alcoholómetro de Gay-Lussac. Los estudios de monsieur Gaillon, que demuestran que la glucosa inactiva es una mezcla de glucosa ordinaria y de levulosa , en proporcion tal, que esta mezcla no tiene accion sobre la luz polarizada. La presencia de la *ciclamina* , del grupo de las glucósidas , á la que deben los tubérculos del *ciclamen europeum* la cualidad de atontar á los peces cuando se echan en el agua, descubierta por De Luca. El hallazgo del nuevo metal *Mosamdrum*, análogo al cerio y al terbio, y debido á Lawrence Smith. La propiedad que tiene el yoduro potásico de ser el contraveneno del mercurio y del plomo , formando con ellos compuestos solubles fáciles de expulsar, descubrimiento de trascendental importancia, debido al insigne académico belga Melsens. Las nuevas tareas de los Sres. Lecoq y Jungfleisch sobre el metal *Gallium*, descubierto el año pasado, y merced á las cuales han obtenido 60 gramos extraidos de 5.000 kilogramos de blenda, presentándolo en magníficos cristales, en una barra flexible, en láminas cristalinas, líquido por subfusion , y en forma de cloruros, bromuros y yoduros. Los estudios de Debray sobre la disociacion del iridio. Los notables experimentos del fisiólogo Paul Bert sobre la accion fisiológica del oxígeno , y los de Raoult de Grenoble acerca de la relacion simple que existe entre la tension del vapor y el punto de congelacion de las disoluciones alcalinas , y la proporcion atómica de sal contenida en ellas.

En historia natural y fisiología han excitado la curiosidad de los hombres estudiosos : La demostracion hecha por Francisco Darwin de la accion notable de las plantas *carnívoras*, que ha realizado las experiencias con doscientos piés de la

drosera. La demostracion hecha por los imitadores del doctor Gintrac de Burdeos de que la cria, trabajo y explotacion de los gusanos de seda debe hacerse al aire libre y no en habitaciones cerradas. Las experiencias de fisiología gráfica hechas por medio del *odómetro*, sobre los motores animados. Los numerosos y diversos experimentos llevados á cabo por M. Daubrée, «cuyo fin es reproducir las formas de las montañas y estudiar la causa de los pliegues y contornos observados en la superficie del globo; estudios que tambien ha realizado con extraordinaria habilidad, sin tener noticia de los anteriores, el catedrático de Ginebra, Alfonso Fabre. Los hechos por Paul Bert acerca del heliotropismo y movimientos periódicos de las hojas y las flores. La observacion de las erupciones de los volcanes, Hecla, Vesubio y Tanna en Noumea. Las experiencias hechas en la Exposicion Universal con varios ejemplares del *Galactendron* ó Árbol de la leche, cuyo jugo tiene grandes analogías con la leche animal, que expuesta al aire se convierte en una especie de queso muy abundante en una materia crasa parecida á la cera. Los curiosos trabajos del químico de Lille, Corenwinder, sobre la fisiología vegetal, indicando que las plantas nuevas ó recientes respiran lo mismo que los animales. El nuevo procedimiento de Toulet, de emplear en el análisis mineralógico de las rocas, para la separacion de los metales de diferente densidad, la disolucion del yoduro de mercurio en el yoduro potásico. El descubrimiento que asegura haber hecho el capitán Burton de notables minas de oro en la Arabia meridional, y el de grandes criaderos de hulla en Hems Worth, cerca de Barnley (Inglaterra), en la isla Formosa y en el Turkestan.

*
*
*

Al terminar el año de 1878 vuelve á sonar el nombre del famoso Edison, atribuyéndole un invento más, una conquista de mayor transcendencia que las que lleva ya realizadas. La atención de los hombres estudiosos vuelve de nuevo á fijarse en la maravillosa nación norte-americana. Allí, en el Estado de Massachusetts se acaba de crear varias cátedras para que las mujeres estudien la química analítica, industrial y fisiológica; el capitán Howgate, subvencionado por el gobierno, y los marineros escogidos por Bennet se disponen, cada cual por distinto rumbo, á dirigirse al Polo; un pueblo poco conocido, Lokport (E. New-York), utiliza el vapor sobrante de sus fábricas para la calefacción de los establecimientos públicos, ejemplo que siguen inmediatamente otras ciudades; el mecánico W. H. Mallory resuelve el problema importantísimo de la hélice-timon, es decir, el de que la hélice que impulsa al buque, le gobierne obediente, bajo la mano del timonel; y Nueva York ostenta en la calle de Greenwich y en sus múltiples avenidas, y desde Rector Street hasta Central Park, en una extensión de cinco millas, su ferro-carril *aéreo*, á la altura de los pisos principales de las casas, llevando de uno á otro extremo de la incomparable ciudad, nubes de obreros, de comerciantes, de agentes y de curiosos, y ofreciendo un espectáculo admirable, á juzgar por las descripciones del *The Illustrated Christian Weekly*. Pues bien, la noticia del descubrimiento de Edison produce una revolución súbita en el gran pueblo; el genio de Menlo-Park ha resuelto, según noticia del periódico *New-York Sun*, el problema de alumbrar toda la parte Sur de aquella metrópoli (10.000 luces), con una sola máquina de 500 caballos. Cunde el pánico entre los tenedores de acciones de gas; cruza la noticia el Atlántico, y el papel-gas baja también en Europa. Edison, tomando por base el ya viejo sistema del alumbrado por la incandescencia de hilos de platino, inventa el medio de que la temperatura del metal no llegue nunca á la de la fusión. El adelanto es grande en efecto, pero no para que el alumbrado de gas corra inmediato peligro de desaparecer. Tal vez Edison y Jablochhoff, tal vez los hijos eminentes de las ciencias, resuelvan definitivamente la cuestión de la desaparición radical del alumbrado del gas; pero requiere el problema

tiempo, y tiempo suficiente para que no se dé valor absoluto, ni mucho ménos, á los anuncios estupendos de los periódicos diarios. Así ha sucedido ahora: pasado el primer momento, la alarma cesó. De seguro, sin embargo, que no se hará esperar Edison sorprendiéndonos con alguna nueva y positiva victoria de sus estudios sobre la naturaleza y sus fenómenos, y que bien pronto obtendrá ese sobresaliente galardón á que aspiran los físicos eminentes, como una de las muchas glorias que la ciencia les reserva, el de obtener uno de los grandes premios que la Real Sociedad de Lóndres otorga anualmente á los que más se distinguen por sus trabajos. En el año de 1878 han merecido tan alta recompensa: Cailletet y Raoul Pictet, honrados con la medalla Davy, por la liquefaccion de los gases; Cornu, que ha obtenido la medalla Rumford por su método de la medicion de la velocidad de la luz, verificada en el observatorio de Paris; Boussingault, la medalla Copley por la larga serie de sus no interrumpidos trabajos de química agrícola; y Mr. Allen Brown y el doctor Alberto Gunther, premiados con dos medallas reales, el primero por sus estudios magnéticos y meteorológicos, y el segundo por sus trabajos sobre la anatomía de los reptiles y de los peces.

Tambien han honrado, no sólo las academias científicas, sino la Inglaterra entera, al ilustre Mr. John Penn, el más eminente de los ingenieros mecánicos del Reino-Unido en el momento de su muerte (Octubre). Hijo de un mecánico de Greenwich, se distinguió desde tan jóven en la construccion de máquinas navales, que ya á los veinte años surtía de ellas á numerosos buques. El almirantazgo le confirió bien pronto el encargo de trabajar para la armada. Desde entónces la casa Penn, continuada por sus hijos, ha provisto de máquinas á setecientos treinta y cinco navíos, que resúmen una fuerza total de más de medio millon de caballos. Durante la campaña del Báltico y de Crimea (1854), hizo enormes esfuerzos de inteligencia y de trabajo, y suministró por sí solo las máquinas necesarias para noventa y siete chalupas cañoneras. Penn ha trabajado al frente de sus fábricas sesenta años, y ha muerto de setenta y tres, sosteniendo dos mil obreros, y dejando un nombre que honra á su patria y al mundo entero.

Y la pérdida de este hombre eminente nos trae á la memoria otra que la ciencia ha sufrido casi en los mismos dias, la del veterano é ilustre mineralogista G. Delafosse, el discípulo del inmortal Haüy, el sabio cristalógrafo, autor de tantos notables principios y demostraciones en la ciencia de los cristales, y de tantas curiosísimas memorias. Hacía cincuenta y seis años que era catedrático. Sucedió á Haüy en el método, á Beudaut en la cátedra, y á Elie de Beaumont en la Academia; con esto está hecho su elogio. Como catedrático fué una gloria de la Francia; como escritor, la juventud de todas las naciones le debe la vulgarizacion de muchos y muy difíciles conocimientos. Ha muerto en el teatro de sus trabajos y de sus glorias: en el Jardin de Plantas, en la casa de Buffon.

* * *

Los estudios astronómicos de Hermann Klein en Colonia, confirmados por Nelson, selenógrafo inglés, y por Hell, de Washington, acerca del descubrimiento de un *nuevo* cráter volcánico en la Luna, no observado hasta aquí, y que aparece situado en una vasta llanura, cerca del centro del disco y al Oeste del antiguo cráter Higinius, ha dado ocasion para que vuelva á suscitarse la cuestion de si nuestro satélite está habitado ó no. El eminente vulgarizador de la astronomía, Camilo Flammarion, ha publicado un estudio muy razonado y curioso, inclinándose á sostener que no hay dificultad alguna en admitir habitantes en la Luna. Es indudable, segun los astrónomos observadores, que en la Luna se están produciendo notables movimientos geológicos, que su superficie ofrece cambios muy determinados de masas como humeras, vapores ó brumas, y es seguro, aunque no lo dictara desde luego la razon, que aquel astro tiene su atmósfera especial, de muy distinta densidad que la nuestra, y de distinta composicion tal vez; no es irracional, pues, el admitir que exista en ella la

materia en estado líquido, dada la de los estados sólido y gaseoso; y de seguro también, hallándose los cuerpos en los tres estados, nada se opone á que al mundo inorgánico acompañe al orgánico en sus manifestaciones vegetal y animal.

Klein sostiene, en vista de sus observaciones, que la mancha general determinada en la Luna con un color blanco verdoso más ó ménos pronunciado, se debe á una inmensa sábana vegetal, cuyos componentes no se han podido determinar aún. El análisis de los cambios de colorido que se observan en el disco lunar, no se puede explicar en la hipótesis de que la luna sea un astro muerto, puramente mineralógico, y en cambio se explica satisfactoriamente admitiendo la existencia de masas vegetales. Lo que ocurre para no poder llegar hoy por hoy á una solución positiva, es que los telescopios que aún posee la ciencia no son suficientemente poderosos para poder distinguir en mayor escala que la actual los detalles de la superficie de la Luna, dificultad que los sabios constructores ópticos harán desaparecer muy pronto. Cuando se logre ampliar algo más la visualidad de los accidentes de tan estudiado y solicitado suelo, cuando esos grandes donativos que impelen á las ciencias de observación á entrar por grandiosos caminos, por medio de costosísimos aparatos, permitan la construcción de algún telescopio de mayor alcance que los que hoy muestran los observatorios americanos como verdaderas maravillas de audacia óptica, la cuestión se aclarará en términos que á las deducciones teórico-prácticas que hoy se hacen, sustituirá un argumento definitivo: se verá. Se verá, de seguro, que la superficie lunar ostenta grandes masas de vegetación, y se comprenderá que como la vegetación existe, existirán también seres animados muy distintos de los de la tierra, como es natural, dadas las condiciones de aquella ligerísima atmósfera; pero seres animados al fin. Y de seguro también, la ciencia un día, allí donde ha determinado la presencia de la materia condensada por la atracción, formando asteroides, satélites y planetas, elementos de nuestro sistema solar, y soles y mundos distintos, demostrará también la existencia necesaria de la vida en sus variadas formas, desde la del hongo y la del infusorio hermanos, que parecen colosos en el horizonte del microscopio.

pio, hasta la de los árboles y los mamíferos gigantes, que son realmente moléculas casi invisibles cuando se estudian con el telescopio de la razón y se comparan con la inmensidad de la naturaleza, sometida á su estudio y condenada á verse al fin rendida y sumisa ante el poder del trabajo secular é invencible de la inteligencia.

RICARDO BECERRO DE BENGOA.





REVISTA CRÍTICA.

EN el largo período de tiempo que ha transcurrido desde nuestra última *Revista*, escasos han sido los acontecimientos literarios que pueden registrarse. Si prescindimos de la representación del notable drama del Sr. Sellés, resurrección gallarda del arte y del buen gusto por tanto tiempo hollados y desconocidos en nuestro teatro; del triunfo alcanzado por el Sr. Nuñez de Arce con su magnífico poema *La última lamentación de lord Byron*, que le ha colocado—lo repetimos, pese á quien pese—á la cabeza de nuestros líricos contemporáneos y por cima de todos los extranjeros, exceptuando á Víctor Hugo; y de la publicación de la preciosa novela del Sr. Perez Galdós: *La familia de Leon Roch*, cuya terminación esperan con ansia el público y la crítica;—nada digno de especial mención podemos señalar en este período. Consagrandole un aplauso á algunas producciones dramáticas de verdadero mérito, como el *Theudis* del Sr. Sanchez de Castro, y á otras muy estimables como el arreglo de *María Estuardo*, de Schiller, hecho por el señor Campo-Arana, y algunas piezas representadas en el teatro de la Comedia; y otorgando un elogio á los *Cuentos inverosímiles* del se-

ñor Coello, hemos cumplido hasta el exceso nuestro deber de críticos. No es culpa nuestra que la pobreza de nuestro movimiento intelectual no permita más.

*
* *

Fijándonos ahora en las publicaciones literarias que á la vista tenemos, deber nuestro es mencionar en primer término los *Ensayos críticos sobre Goethe*, debidos al ilustrado catedrático del Instituto de San Isidro, D. Urbano Gonzalez Serrano. Muchos de los estudios que forman la obra á que nos referimos, son ya conocidos del público por haber aparecido en diferentes Revistas, entre otras la nuestra.

No era de esperar en el Sr. Serrano un trabajo de esta naturaleza. Conociábasele, y era universalmente estimado, como filósofo distinguido y orador notable, mas no como literato, y motivos había para temer, dadas sus aficiones y tendencias, que no saliese airoso de su empeño. No ha sucedido así, por fortuna. Los *Ensayos sobre Goethe*, revelan en el Sr. Serrano singulares aptitudes para este género de estudios.

Comprendiendo el Sr. Serrano que no es posible conocer á fondo las obras de un poeta sin tener claro y profundo conocimiento de su persona, y que el estudio biográfico es la base del juicio estético en casos tales, ha procurado poner de relieve las íntimas relaciones que existen entre la persona y las obras de Goethe, trazando la biografía del poeta, siguiendo con escrutadora mirada el génesis y desarrollo de sus obras, y penetrando de esta suerte, con recto criterio y notoria perspicacia, en el sentido íntimo y significacion de las mismas. Por tales procedimientos ha logrado hacer el Sr. Serrano un estudio de gran mérito, primero en su género en España, y por muchos conceptos digno de elogio.

Como estudio de la persona de Goethe, nada hay que pedir al trabajo del Sr. Serrano. La educacion del gran poeta, el desarrollo y transformaciones de su genio, las influencias diversas que en él actuaron, sus relaciones con Schiller, puntos son que están tratados magistralmente en este libro, del cual se destaca la persona de Goethe con toda la verdad y el relieve de un perfecto retrato. Pero si el biógrafo sólo merece elogios, no podemos decir otro tanto del crítico.

El libro del Sr. Serrano no es una crítica de Goethe, sino un panegírico entusiasta. Para el Sr. Serrano, Goethe es el primero de los poetas modernos, y nada hay en él que no sea perfecto y acabado. Cegado por este entusiasmo (fácil de comprender en un filósofo á quien necesariamente ha de parecer inmejorable el poeta más profundo de nuestros tiempos), el Sr. Serrano no cuida de distinguir en Goethe lo que merece elogio de lo que es digno de censura, y re-

nuncia gustoso á su mision de crítico para convertirse en adorador del poeta aleman.

Goethe es, sin duda, un gran poeta, un verdadero genio; pero no es igualmente grande en todas sus obras ni por igual domina en todos los géneros poéticos. Como dramático no puede compararse con Schiller; sus dramas carecen de todas las condiciones que el género exige, pues no hay en ellos verdadero interes, movimiento escénico ni fuerza dramática. Sus novelas, admirables como estudio psicológico, son pobres de accion, faltas de intriga y con frecuencia de fatigosa lectura. Ningun español soporta las languideces del *Wilhem Meister* y de *Las afinidades electivas*. El *Fausto*, concepcion colosal de un genio titánico, es en su segunda parte un enigma ininteligible que no produce interes ni emocion, y áun en la primera ofrece el grave inconveniente de todos los poemas alegóricos, que sólo deleitan á condicion de hacer caso omiso de la alegoría. La boga de que disfruta débese únicamente á que el lector se olvida del sentido metafísico del poema, y tomando la alegoría al pié de la letra, ve en Fausto, Margarita y Mefistófeles, no las personificaciones abstractas que concibió Goethe, sino los séres de carne y hueso que imaginó la antigua leyenda en que el *Fausto* está inspirado. Ó lo que es lo mismo, la popularidad del primer *Fausto* se debe al olvido de lo que, á juicio de los filósofos que lo admiran, constituye su mayor mérito.

Hay en Goethe dos personalidades distintas: el filósofo y el poeta; y segun prepondera la una ó la otra, crecen ó menguan los méritos de sus obras. Cuando predomina el poeta, produce esas páginas admirables, llenas de pasion, de sentimiento, de rica inspiracion y de verdadera poesía que se llaman *Werther*, *Hermann y Dorotea*, el episodio de Mignon, el primer *Fausto* y la mayoría de sus composiciones líricas. Cuando el filósofo impera, engendra las páginas soporíferas del *Wilhem Meister* ó los jeroglíficos del segundo *Fausto*. Esta distincion no está bastante determinada en el libro del Sr. Serrano. Si lo estuviera, su culto hácia Goethe no sería tan entusiasta, y ántes de colocarle por cima de todos los poetas de este siglo, tendría en cuenta que si ninguno de ellos compete con él en elevadas y profundas concepciones, no pocos le aventajan en inspiracion y sentimiento.

No es Goethe una de esas naturalezas apasionadas y vehementes que comunican al lector el incendio en que se abrasa su alma. Verdadero Júpiter Olímpico de la poesía, áun cuando refleja en ella sus recuerdos y afectos personales, conserva siempre el dominio de sí mismo y de los materiales que maneja, y nunca pierde aquella serenidad que tanto le aproxima á los poetas clásicos. Hay por esto en sus obras, áun las más sentidas, cierta falta de calor y de entusiasmo, que difícilmente se oculta, y es causa de que rara vez produzcan

en el lector aquella emocion hondísima, que otras, quizá ménos valiosas, engendran. Esto se advierte, sobre todo en las que pertenecen á la época en que Goethe había llegado al apogeo de su genio y de su fama; y por eso el público preferirá siempre las que produjo en su primera juventud.

A nuestro juicio, Goethe llevó á cabo en su propia persona una de las más culpables empresas que pueden acometerse. Quiso hacer de su genio una especie de divinidad, asegurarse una independendencia olímpica y una serenidad inalterable, sacrificarlo todo al culto del arte, y para esto no halló medio más adecuado que ahogar en su alma todo sentimiento humano, secando así, sin darse cuenta de ello, las fuentes de la inspiracion. Llegado á este punto, ¿cómo había de comunicar á sus producciones el sentimiento de que carecía? ¿Cómo había de hacer llorar á los hombres el que no tenía lágrimas? ¿Cómo había de obtener los aplausos de la humanidad el que fuera de ella, ya que no por cima, quería colocarse? Si el Sr. Serrano se hubiera fijado en esto, comprendería que por grande que sea el genio de Goethe, no es bastante para suponerle superior á los que no sólo han sabido, como él, ofrecer á los hombres el deleitable espectáculo de la belleza, sino además infundir en las almas de éstos los hermosos sentimientos en que abundaban las suyas.

Por tales razones, la persona de Goethe no es simpática. Por más que haga el Sr. Serrano, siempre habrá mucho de repulsivo en aquella naturaleza olímpica, devorada por el más frio egoismo y la más satánica soberbia, y cerrada á todo afecto humano. Napoleon dijo de Goethe que *era todo un hombre*, y dijo verdad si por tal entendía la entereza del carácter y la energía del sentimiento personal. Pero es necesario, para llamarse hombre, abrir el pecho á todo afecto humano y á toda inspiracion generosa, y no sacrificarlo todo, incluso el corazon, al culto de un ideal abstracto ó una personalidad egoista. El verdugo de Federica Brion, el que no supo comprender ni sentir la Revolucion francesa, el que jamás se interesó por su patria, ni aún en el momento del peligro, el que por amar el arte y la belleza nunca supo amar á los hombres, el que, endiosándose á sí mismo, se apartó voluntariamente de la humanidad, podrá ser *un hombre* para Napoleon; para la conciencia humana será un gran poeta, pero tambien *un mal hombre*; y las grandezas del genio no rescatan ni compensan las deformidades del carácter moral. En la inflexible balanza de la conciencia de la humanidad las lágrimas de Federica Brion deben pesar más que las grandezas del *Fausto*.

Fuera de este excesivo culto á Goethe, nada hay que reprochar en la obra del Sr. Serrano. Acaso hubiera convenido que la biografía del gran poeta fuese más metódica y detallada y que el Sr. Serrano narrase con mayor detenimiento los episodios

amorosos en que la vida de Goethe abunda; acaso podría exigirse al Sr. Serrano mayor amenidad y elegancia en el estilo, harto árido para un trabajo de esta índole; pero estas leves faltas no oscurecen los méritos de la obra, ni impiden á la crítica conceder al Sr. Serrano el merecido aplauso.

La edicion de este libro, tipográficamente considerada, es indigna de la obra, del autor y de los editores.

* *

Además del trabajo del Sr. Gonzalez Serrano, debemos citar con encomio un libro del Sr. D. Salvador Sanpere y Miquel, titulado: *Las costumbres catalanas en tiempo de Juan I*, y premiado en público certámen por la asociacion literaria de Gerona. Es un erudito y curioso trabajo, en que se da cuenta del estado social y político, de la cultura científica y literaria, y de las costumbres y vida privada del pueblo catalan en la época de Juan I. Algunos reparos podrían ponerse al método adoptado en este trabajo y al estilo y lenguaje del mismo, que no suelen pecar de castizos; pero la copia de datos que contiene y el sano criterio que en él domina hacen disculpables estos ligeros defectos.

Mencion merecen tambien los *Apuntes para la historia de la caricatura*, por D. Jacinto Octavio Picon, obra que acaso sea la primera de su género en España, y que abunda en curiosos y notables datos; la traduccion del importante libro *Leon XIII y la Italia*, de Rugero Bonghi, debida á la laboriosidad de D. Hermenegildo Giner y notable, no sólo por las acertadas observaciones que contiene, sino por incluirse en ella tres pastorales, una alocucion y varias poesías del actual Papa, que demuestran su vasta instruccion, su espíritu de tolerancia y sus dotes de poeta, y revelan cuán superior es á Pío IX; la coleccion de artículos críticos, morales y humorísticos del Sr. Martinez Pedrosa, titulada: *Sombras*, más digna de aplauso por la intencion que por el desempeño, y merecedora de censura por su espíritu reaccionario, pero en la que no faltan atinadas observaciones y felices rasgos de ingenio; y la version castellana de las *Reflexiones sobre el arte teatral*, del célebre actor Talma, hecha por el Sr. Sanchez de Leon, actor estimable del teatro de Apolo, que merece aplauso por dedicarse á tan útiles tareas. Y á esto se reduce el movimiento literario de este período, por lo que á publicaciones respecta. Veamos ahora lo que han dado de sí las corporaciones científicas y literarias.

* *

Verdadero acontecimiento ha sido la recepcion en la Academia Española del Sr. D. Eduardo Saavedra, y no tanto por los indudables méritos del nuevo académico, ni por la valía de su notable y erudito discurso sobre literatura aljamiada, como por la circunstancia de haberle contestado el Presidente del Consejo de Ministros, D. Antonio Cánovas del Castillo.

Amigos y adversarios convienen en reconocer las relevantes dotes del Sr. Cánovas, y siquiera los segundos no llevan su entusiasmo hasta apellidarle como aquéllos: *Monstruo de la edad presente*, no niegan que es hombre de vastos y sólidos conocimientos y dueño de elocuente y poderosa palabra, ni desconocen sus eminentes cualidades de historiador y literato. Como político y hombre de Estado párecesle acaso harto imbuido en rancias ideas, poco apegado al espíritu moderno, sobrado empírico, bastante fatalista, adorador fanático del principio de autoridad y un tanto hostil al de libertad, y más semejante á los grandes políticos del absolutismo y á los discípulos de Maquiavelo que á los hombres de Estado de nuestros tiempos. Pero nadie niega que aún con tan desfavorables condiciones es hombre notable y de talla, que alcanza consideracion y respeto hasta de sus mismos enemigos.

No es maravilla, por tanto, que su intervencion en la solemnidad académica á que nos hemos referido excitase poderosamente la atencion pública y que su discurso, historico-político más que literario, haya dado origen á los comentarios más apasionados y contradictorios, siendo considerado por unos como portentoso esfuerzo del ingenio, y por otros como produccion censurable y desdichada. Ajenos nosotros á esos odios y esas adoraciones, procuraremos juzgarlo con aquella imparcialidad severa que debe ser distintivo constante de la crítica.

Desde luégo afirmamos que el discurso era inoportuno en la ocasion y el lugar en que fué pronunciado. La Academia Española es una corporacion puramente literaria, y en ella no deben tener cabida los debates políticos, siendo legítimas las disquisiciones históricas sólo en cuanto se relacionen directamente con el objeto de dicha institucion. El Sr. Cánovas contestaba á un discurso sobre literatura aljamiada, y de ésta nada más debió ocuparse. Estudiar las causas y consecuencias de la expulsion de los moriscos era tema propio de la Academia de la Historia ó de la de Ciencias morales y políticas, nunca de la Española. El discurso, pues, estaba fuera de lugar.

Difícil es precisar las conclusiones que pueden desprenderse del discurso del Sr. Cánovas. A muchos ha parecido hallar en él una defensa de la expulsion de los moriscos, y por ello le han calificado de reaccionario y ultramontano. En cambio, los defensores de estas ideas lo censuran acerbamente y lo consideran como condenacion

más ó ménos encubierta de aquella medida. ¿Qué hay de verdad en estas contradictorias apreciaciones?

A nuestro juicio, en todas hay una parte de razon. El Sr. Cánovas obedece en sus estudios históricos y en sus doctrinas políticas á un criterio que fácilmente se presta á interpretaciones muy distintas. Su espíritu es profundamente fatalista; tiene poca ó ninguna fe en la libertad y mucha en la fuerza, encadenamiento y accion necesaria de los hechos, y fácilmente confunde lo necesario con lo justo, y lo inevitable con lo conveniente. La historia obedece á sus ojos á una lógica inflexible, en la cual, dado un principio ó un hecho, se siguen ineludibles consecuencias que se imponen forzosamente á todo esfuerzo humano; y el hecho consumado se convierte para él en derecho, con facilidad suma. En materia política, cuídase poco ó nada de ideales y principios, y mucho de necesidades y conveniencias prácticas, costándole escaso trabajo someter el derecho y la justicia á la razon de Estado, al principio de autoridad y á las exigencias del órden social. Estas máximas, que hacen de él un político á la manera romana, y no muy distante de Maquiavelo, dan razon cumplida de sus apreciaciones históricas, y explican perfectamente lo que parece extraño en su discurso.

El Sr. Cánovas no juzga, por tanto, la expulsion de los moriscos á la luz de principios de derecho y de justicia, de suyo invariables, y por eso no puede decirse en rigor que la defiende ni la ataca. Lo que hace es indagar las causas del hecho, y relacionarlo con las circunstancias en que se produjo, considerándolo de esta suerte como inevitable y necesario en aquel momento histórico. La expulsion de los moriscos es para él la consecuencia fatal y obligada de la política inaugurada en el reinado funesto de Isabel la Católica.

En este punto, fuerza es dar la razon al Sr. Cánovas. Proclamada como ley y fórmula de la política española la unidad religiosa (que el Sr. Cánovas identifica acertadamente con la intolerancia), expulsados los judíos, perseguidos sañudamente los protestantes, la lógica, la consecuencia, la fuerza de los hechos demandaba de los gobernantes españoles la expulsion de los moriscos, á la que sólo se oponían, segun el Sr. Cánovas, la razon de Estado, y segun nosotros el derecho y la justicia. Pero violados ya estos últimos en la persona de judíos y protestantes, ninguna razon había para crear un privilegio á favor de los que, hallándose en igual caso, podían, no sin motivo, ser considerados como grave peligro para la paz, seguridad é independendencia del Estado.

El Sr. Cánovas demuestra cumplidamente otra verdad: la de que no son responsables, en primer término, de aquella violenta medida Felipe III y sus consejeros y ministros, sino la nacion entera que la demandaba. Razon tiene tambien en esto el Sr. Cánovas. La intolerancia, la inquisicion, la expulsion de judíos y moriscos, la polí-

tica de aventuras, todos los errores, torpezas y crímenes del período de la dominación austriaca, obra son de la nación española, no sólo de sus gobiernos. Sólo pasajeras tiranías pueden, por breve momento, imponerse á un pueblo y llevarle por caminos contrarios á su voluntad y sus propósitos. Cuando un Gobierno legal y normal prolonga por largos años determinada política sin protesta de nadie, prueba es de que no hace otra cosa que realizar las aspiraciones del pueblo en que manda y en tal caso no es justo cargar sobre él la responsabilidad exclusiva de medidas que adoptó muy á gusto de los gobernados. Si el pueblo español no hubiera sido favorable á la intolerancia, habría luchado contra ella como luchó á favor de sus libertades y fueros; no lo hizo así, ántes fué el primero en excitar el fanatismo de sus gobernantes, y no es lícito, por tanto, excusarle de responsabilidades que pesan sobre él, tanto ó más que sobre los que ejercían el imperio.

Pero ya que el Sr. Cánovas justifique, bajo el punto de vista de la fatalidad histórica, la expulsión de los moriscos, y muestre que á gusto de la nación se llevó á cabo, obligado estaba á mostrar cuán contraria fué á todo espíritu de justicia y á todo principio de derecho y cuántos y graves daños acarreó á nuestra patria. En buen hora que el historiador señale lo que hay de fatal en los hechos; pero cuando esta fatalidad es hija de una injusticia, contra ésta debe protestar enérgicamente. Debió el Sr. Cánovas manifestar cómo no hay razón de Estado que justifique la negación del sagrado principio de la libertad de conciencia y cómo la intolerancia religiosa fué causa de la decadencia y ruina de la nación española; debió, en suma, al lado del hecho exponer el principio que lo condena, en vez de limitarse á demostrar que fué inevitable y á aliviar de una parte de responsabilidad al gobierno de Felipe III. De esta manera habría cumplido á la vez el Sr. Cánovas con sus deberes de historiador y con los que le impone su condición de liberal y de hijo del siglo XIX, demasiado velada en su discurso por sus resabios de político á la antigua y sus tendencias empíricas y fatalistas.

De la forma del discurso del Sr. Cánovas nada tenemos que decir. Todo el mundo sabe que, si bien nunca se libra de ciertas aficiones arcaicas y cierta afectación académica, el Sr. Cánovas maneja con elegancia y gallardía la lengua castellana.

*
* *

Razones fáciles de comprender nos impiden ocuparnos con tanta libertad como en otras ocasiones de los trabajos del Ateneo. Permítasenos, sin embargo, deplorar la decadencia en que actualmente se halla esta corporación. Arrastran sus cátedras lánguida existencia, y los debates de las secciones, emponzoñados por la pasión

política ó perturbados por la intervencion de oradores indoctos é inexpertos, distan mucho de aquella elevacion que en otros tiempos las distinguieran.

Las útiles conferencias del Sr. Vilanova sobre *Pozos artesianos* y algunas, muy notables, dadas por los Sres. Saenz de Montoya, Rodriguez Carracido, Galdo y algun otro que no recordamos, merecen, sin duda, honrosa mencion; pero no han sido suficientes, á pesar del talento y celo de tan distinguidos profesores, para dar á la cátedra del Ateneo el esplendor que en épocas anteriores tuvo. Brillante ha sido, en cambio, la lectura del último y magnífico poema del Sr. Nuñez de Arce, y agradable la que dió el Sr. Campillo, recitando varias producciones líricas muy estimables.

Discute la seccion de ciencias morales y políticas sobre *Organizacion de la enseñanza pública*; ocúpase la de literatura y bellas artes en averiguar si *la belleza es una cualidad real de los objetos ó una creacion de la mente humana*; y versan los trabajos de la de ciencias físico-naturales sobre si *las leyes y fuerzas generales de la materia son las que gobiernan el mundo orgánico*. No nos ocuparemos de la seccion de literatura, de la que tenemos el honor de ser presidente; pero sí diremos que de las otras dos, la que con mayor fruto y brillantez funciona, es la de ciencias naturales. En ella han sostenido con elocuencia las doctrinas del moderno naturalismo los Sres. Rodriguez Carracido, Gonzalez Encinas y algunos otros que no recordamos; el Sr. Santero ha pugnado con más ingenio que razon por la teoría vitalista; el Sr. Vilanova ha opuesto á la doctrina de la evolucion los datos incompletos de la paleontología, y el Sr. Gonzalez Serrano ha declarado el actual estado de la metafísica, aceptando humilde los resultados de la ciencia experimental, renunciando á su tradicional idealismo, y buscando una fórmula conciliadora entre la especulacion y la experiencia, que bien podrá hallarse en una forma superior del panteísmo que se relacione íntimamente con el monismo de los naturalistas modernos.

No ha rayado á igual altura el debate de la seccion de ciencias morales y políticas. Si la escuela ultramontana ha tenido un valioso y elocuente defensor en el Sr. Carballeda, la democrática ha ofrecido el cuadro de las más lamentables divisiones y las exageraciones más funestas. La antigua izquierda del Ateneo está dividida en dos campos separados por abismo profundo. Nada hay de comun entre la democracia conservadora y gubernamental que han representado en el debate el Sr. Alvarado y el autor de estas líneas, y el radicalismo intransigente de que han sido fieles representantes, entre otros, los Sres. Torres Campos y Romero Giron. No hay ya avenencia posible entre los que ni se arrepienten ni se enmiendan y los que aprovechan las duras lecciones de la experiencia; entre los que no renuncian á la utopia, el ensueño idealista y la conducta

revolucionaria y perturbadora, y los que se atienen á lo posible y á lo práctico, prescinden de aventuras y rinden severo culto al orden, á la ley y á los altos intereses de la sociedad y de la patria. Entre unos y otros la guerra está declarada y fuera vano buscar imposibles y deshonrosas avenencias. Las discusiones del Ateneo, y aún algunas de las juntas generales en que se han ventilado cuestiones de gobierno interior del mismo, han sido uno de los campos en que se ha trabado este combate, que cada vez ha de tomar mayores proporciones. Hora era de que así sucediese y de que la democracia excluyera de su seno á los que siempre la comprometieron con sus exageraciones y demencias.

M. DE LA REVILLA.



Madrid 15 de Febrero de 1879.

Propietarios gerentes: PEROJO HERMANOS.

TIPOGRAFÍA ESTEREOTIPIA PEROJO
Mendizabal, 64.